

A romantic couple is shown in a close embrace, nearly kissing. The man, on the left, has a beard and is wearing a dark jacket over a light-colored turtleneck. The woman, on the right, has long brown hair and is wearing a dark denim jacket over a light-colored top. They are standing on a path in a park with trees and a wooden bench in the background. The lighting is warm and golden, suggesting late afternoon or early morning.

Le Sésame DIEZ VECES

KARO LEIVA ARRIAZA

 ROMANCE & LETRAS

Bésame Diez Veces

Karo Leiva Arriaza.

*“Todo hay que volver a intentarlo... el amor, no tiene por qué ser una
excepción”*

Julio Cortazar.

BÉSAME DIEZ VECES

©Carolina Leiva Arriaza, 2017

Publicado originalmente por Carolina Leiva Arriaza.

@Todos los derechos reservados, 2017.

Diseño de Portada: Pamela Díaz Rivera

Novela inscrita en el Registro de Propiedad Intelectual

ISBN: 978956975218-6

Santiago, Chile.

Año Primera Edición: 2017

CAPÍTULO 1

EL COMIENZO DEL FIN

—Quizás aún están estudiando no seas paranoica, Matilde— le dice Josefa, su madre, mirando desde la puerta de cocina cómo su hija se comía las uñas mientras estaba al lado del teléfono esperando la llamada de Agustín, su novio.

Hace más de una semana que no se han hablado y mucho menos visto, desde el miércoles anterior, cuando se vieron para estudiar y él le comentó que iría a casa de Felipe en Quintero a estudiar para el examen de grado que se acercaba de manera insoportable, y claro, tenía mucha lógica... el lugar era perfecto para concentrarse, ella lo conocía habían pasado allí algunos fines de semana juntos.

—Sí, mamá tienes razón, no sé qué me pasa yo no soy así. Pero aunque no me creas tengo algo acá en el pecho que no me deja tranquila, angustia quizás, no lo sé.

Josefa pasó por su lado y depositó un beso en su coronilla dándole algo de tranquilidad, pero no dijo nada, volvió a la cocina a terminar el pastel para el té.

Matilde, estudiante Diseño Gráfico, cursa cuarto año de Universidad, y con Agustín, están juntos desde el primer año, se conocieron cuando ella entró a la facultad y él fue el encargado de “mechonearla” en la bienvenida a los novatos, le habían arrojado un balde con vinagre y otras sustancias de las que no se sabía su procedencia, pero sí el aroma, y era repugnante.

En ese entonces, Agustín no supo por qué, pero la apartó del montón de novatos escondiéndola en un pasillo de la facultad, en donde con sus ropas le limpió los ojos y el rostro del líquido asqueroso... fue química inmediata, Matilde sentía que su corazón iba a explotar y Agustín, tuvo todas las intenciones de besar en ese momento exacto sus labios hinchados, rosados y

brillosos, pero temió asustarla, más que mal aún eran desconocidos y ese un muy mal momento.

Tiempo después siguieron viéndose hasta que se hicieron inseparables, ella se enamoró como una idiota, pero lo mejor fue lo cómplices que se convirtieron... estudiaban juntos y tenían muchas cosas en común, como los gustos musicales y literarios, eran una pareja de enamorados bellísima, se les veía siempre muy compenetrados.

Agustín Miller, era un joven tranquilo muy inteligente y con unos ojos maravillosos, no eran verdes ni azules, pero eran hermosos, color miel decía ella, tenían luz propia, algo que a Matilde le fascinaba. Desde que se vieron por primera vez no se separaron más. Por lo que la relación se basaba al cien por ciento en la confianza, nunca hubo celos ni aprehensiones por parte de ninguno de los dos. Pero aquello habría cambiado de pronto hasta hace poco más de un par de semanas en donde Agustín, actuaba de manera extraña con Matilde y cada vez que podía esquivaba su compañía. Ella entendía que los nervios de un examen de grado conllevan querer aislarse del mundo y lo dejó, no quiso ser la típica novia obsesiva e histérica, esos no eran rasgos de su personalidad, sino todo lo contrario.

—¡De pronto es mejor que salgas a tomar algo de aire, Mati!—gritó su madre desde la cocina—. Quizás el encierro te esté agobiando.

—Sí, puede que tengas razón, iré a buscar a Irene, para que me acompañe un rato al río.

—Está bien, pero ten cuidado, y relaja la mente hija tal vez si haces eso que tanto te gusta hacer para bajar las revoluciones, te sientas mejor. Te aseguro que no pasa nada Agustín llamará pronto.

—Sí—respondió Matilde con la mirada perdida—. Debo ser yo, no hay nada que el yoga no calme, vuelvo luego.

A pesar de sus angustias y presentimientos Matilde tomó su equipo de yoga y lo metió en su bolso, conectó sus auriculares al equipo de música y salió camino a las faldas del cerro cerca del río, donde acudía normalmente con Agustín, allí llenaba su alma y espíritu de paz, él mismo le había enseñado cómo hacerlo años atrás, cuando sus padres se habían separado y los nervios la tenían vuelta una adolescente neurótica y depresiva. Desde entonces intentaba meditar y hacer yoga cada vez que el cuerpo la traicionaba y la

hacía preocuparse por todo y por nada.

Antes de llegar al claro pasó por la casa de Irene, quien ha sido su mejor amiga desde la infancia, para que la acompañara, aunque fuera a conversar un rato y despejar su mente de los supuestos del porque Agustín no se habría pronunciado, pero está no se encontraba en casa. Le marcó el celular pero saltó el buzón de voz al segundo timbre, no le tomó mayor importancia, no era novedad que Irene no estuviese en casa era una amante de la libertad, lo que la hacía odiar mantenerse en casa por un par de horas, en cambio a Matilde le encantaba la paz de su habitación el silencio y tener su espacio. Eran muy distintas pero muy amigas.

Así, oyendo la música para meditar que emitían sus audífonos siguió su rumbo hasta el lugar en donde acostumbraba a ejercitarse con las energías de la naturaleza, se encontraba sentada en la posición del loto concentrándose en que el aire llegara bien a su estómago, cuando un ruido la sacó del modo « *ommanipadmehum* » unas risas cómplices, los arbustos se movieron un poco más abajo de donde ella estaba, pensó en los chicos del colegio cercano, los había visto antes reunirse en ese lugar; se sintió extraña, no era su costumbre curiosear, pero algo la impulsó a acercarse... Y lo hizo cautelosamente, por un pequeño espacio entre las hojas de los arbustos y maleza los vio.

Felipe e Irene... digamos que « *divirtiéndose* », ella se encontraba sin su camiseta y Felipe disfrutaba de su generosa anatomía. Irene se retorció y gimoteaba como actriz de película para adultos, mientras Felipe ahogaba sus gemidos con besos poco cariñosos, sino más bien desesperados y agresivos. Matilde se quedó de piedra y cuando se dio cuenta que estaba observando a escondidas retrocedió de inmediato, se sintió voyerista y se avergonzó, sabía que su amiga era una loca, y aunque jamás la había juzgado por ello no podía creer que estuviese con Felipe. Conocían a la novia de éste, es más, pertenecían al mismo círculo de amigos de ambos.

Por otra parte se suponía que Felipe estaba en Quintero con Agustín estudiando, había algo allí que no cuadraba para nada. Tomó todas sus cosas lo más rápido que pudo y salió del lugar antes que cualquiera de los dos pudiera descubrirla y pensar que los había estado observando ¡Qué vergüenza! Solo de pensarlo se le subían los colores al rostro, esa tarde estaba siendo realmente extraña.

—¿Y a ti qué te pasa? Ni que hubieses visto un fantasma.

¿O será que tu amado príncipe azul aún no te llama? « Ojaláhubiese sido un fantasma » —pensó—. ¡Y a ti qué te importa! No seas intrusa—. Le respondió de mala gana a su hermana Marcela, una adolescente bastante odiosa y entrometida, como todas las hermanas menores.

Matilde entró directo a su habitación, la tarde de yoga y meditación había sido un completo fracaso, no podía sacarse de la cabeza las imágenes de su amiga con Felipe, y aunque se sacudía la cabeza como sacándose tierra del cabello, no pudo olvidarlas. Se metió en la ducha e intentó lavar su memoria, siendo eso absolutamente imposible.

—¿Mamá?— preguntó con la esperanza de recibir una buena noticia.

—No cariño, no ha llamado, ¿Porqué no vas a su casa y hablas con su mamá? Así quizás te quedarás más tranquila.

—No me gusta parecer una desesperada— respondió, negando con la cabeza y mirando la nada.

—Lo sé, pero una semana sin noticias es un tiempo razonable para acercarse y preguntar.

—Sí, tienes razón, pasaré mañana después de clases.

—Está bien, entonces no te espero a almorzar.

—No, mejor será que no lo hagas, Maritza no dejará que salga de su casa sin comer con ella.

—Está bien, yo me iré a dormir cariño, intenta relajarte. Por favor no pienses tonteras y descansa, cierra bien las ventanas esos malditos zancudos anoche acabaron conmigo.—Musitó Josefa ya bostezando.

—Si mamá, descansa tú también— contestó con voz apagada.

Se besaron como todas las noches a modo de despedida y Josefa fue directamente a su habitación, dejando a Matilde en la sala mirando la nada. Casi ya no le quedaban uñas, tenía un presentimiento extraño y para eso ella era buena, generalmente obedecía a sus voces internas. En fin, al siguiente día terminaría con ello que no la dejaba en paz.

A primera hora se levantó tomó de desayuno lo que su estómago producto de los nervios le permitió digerir y partió a clases, como buen día lunes estuvo intenso y agotador, terminó casi a las 4 de la tarde. Llamó a casa de Agustín para avisar a Maritza, su suegra, que llegaría en treinta minutos más o menos, eso si el tráfico no era mucho. El teléfono de casa sonó y sonó pero no contestó nadie, su suegra tenía un taller en casa, allí se dedicaba a tallar

madera, hacía unas cosas preciosas y cuando trabajaba Maritza no contestaba a nadie ni tampoco abría la puerta, es por eso que, Matilde tenía sus propias llaves, aunque jamás las usaba.

Subió al bus que la llevaría a Valparaíso, ciudad en donde vivía Agustín y su madre. Como supuso el tráfico no estaba muy expedito y demoró cuarenta y cinco minutos en llegar. Tocó el timbre pero nadie salió a abrir por lo que decidió usar la llave para entrar, lo más probable era que Maritza, estuviese trabajando, entró sin problemas y se dirigió directamente al taller, que estaba en el fondo de la casa, pero al pasar por la ventana de la habitación de Agustín sintió música, específicamente sonaba “*Bedshaped*” de *Keane*, ese disco se lo había regalado ella para su cumpleaños recién pasado... Algo, tal vez su sexto sentido le hizo querer devolverse y salir huyendo a su casa, pero el razonamiento y la intriga le empujaban sus piernas a avanzar.

—¿Maritza?... —preguntó, casi en un susurro, entrando al taller que estaba siempre abierto. Estaba todo tal y como Maritza lo había dejado, por ahí no paso nadie. Estaba vacío... Caminó por los rincones del taller y la música de fondo retumbaba en su pecho... Salió y se fijó en la puerta de la cocina que estaba junta.

Entró despacio y la música del disco *Hopes and Fears* bailaba al son de su pulso. Sintió frío a pesar que su corazón estaba a mil, avanzó despacio casi sintiéndose un bandido, pero no se detuvo... En la cocina había restos de comida rápida y envases vacíos de bebida cola.

Acercándose a la sala encontró tiradas dos mochilas grandes, como si acabaran de llegar de paseo y claro, era lógico quizás Agustín ya había llegado supuso, como Felipe ya estaba aquí. Pero pensó en que debió haberla llamado el día anterior... ¿Por qué no lo hizo? Tenía tantas preguntas en su mente, que estaba a punto de explotar, además de su intuición, la cual le gritaba que se alejara del lugar.

La puerta de la habitación de Agustín estaba entreabierta y pudo ver que su cama estaba deshecha quizás se habría levantado recién, después de todo, una semana estudiando a *full* debía estar muerto de ansado. « Pobrecito »

—Pensó—. Cuando estuvo en frente de su habitación sintió ruidos que venían desde el baño, que estaba por ese mismo pasillo y de pronto la puerta se abrió. Salieron a empujones besándose, riendo y desnudos Agustín y Javiera, su profesora de diagramación, era nueva, tan solo había llegado ese año a la Universidad, era joven, claro que unos años más que ellos, muy bella

e independiente.

—¡Matilde, qué mierda haces acá!—Gritó él más que sorprendido, tapándose con una toalla y poniéndose por delante de Javiera, quien a su vez tenía una sonrisa burlona en el rostro.

Matilde no reaccionó, no respondió, hubo un silencio sepulcral, sintió que un balde de agua fría recorría todo su cuerpo y que los músculos se habían entumecido, pensó que su corazón explotaría y que se le secarían los ojos. Era todo tan irreal, el tiempo y el espacio parecía que se hubiesen coludido haciéndola sentir que no pertenecía a ni a uno ni al otro, se aferró a su mochila, la cual colgaba de su hombro izquierdo, como si el colgante fuera lo que la sostenía de no caer en un abismo. Sintió las lágrimas caer, pero por dentro, entre la nariz y la garganta que llegaban a su pecho en forma de cuchilladas... Pero no permitiría que él la viera llorar, menos esa zorra, que últimamente la trataba tan mal en clases y claro, ahora entendía el porqué. —Mati... no es lo que piensas mira yo... te lo puedo explicar... Matilde... ella no... — Intentaba excusarse Agustín, la típica excusa barata y sin sentido.

Como impulsada por un mecanismo desconocido su mano derecha, tomo todo el impulso que pudo y golpeó la mejilla del que decía amarla tanto, incluso el golpe lo hizo retroceder unos cuantos pasos. Agustín sostuvo su rostro con una mano y se volvió a mirar a Matilde, abrió la boca para decir algo, pero ella retrocedió y levantó el dedo índice en señal de que se callara, caminó hasta la sala sin dejar de observarlos y abrió la puerta principal para salir. En ese mismo instante Maritza, la madre de Agustín entraba en la sala.

—Mati ¡Querida! ¿Qué haces acá? Mira vengo llegando de Santiago, volví antes olvidé entregar unos encargos, pero no te vayas aún, ven, come algo conmigo.—propuso encantada Maritza ajena a lo que acaba de pasar.

Matilde no dijo nada, no podía... Por su garganta con suerte entraba aire para que llegara a sus pulmones. Su suegra se dio cuenta y la tomó por el codo, cuando tambaleo al bajar un escalón.

—¿Te sientes bien Matilde? Te ves pálida— la preocupación tiñó la voz de la mujer.

—Pregúntale a tu hijo Maritza, seguro te puede explicar— contestó a su suegra con voz desgarrada—Y volviéndose utilizó la ironía como arma de defensa.

—Por cierto... felicitaciones estoy segura que te irá excelente en tu examen de grado, con clases particulares cualquiera lo lograría, ¡Imbécil!

Levantó el mentón y volvió la cara a su ex suegra, quien por el hombro de Matilde pudo ver a su hijo semi desnudo y a una joven tras de él en las mismas condiciones.

—No te puedes ir así pequeña, déjame y te acompaño. Y tú— apuntando con el índice, dirigiéndose a su hijo.

—No quiero ver a esa perra cuando vuelva, esta es mi casa no un motel, ¡te quedó claro!—Sentenció con rabia y dolor.

Salió de la casa cuando siquiera había alcanzado a cruzar el umbral de la puerta llevó a Matilde al taller y aunque ésta se resistió a entrar, la empujó hasta allí, para darle un vaso con agua y azúcar. No podría dejarla ir así, se notaba en shock; no lloraba, no hablaba, no reaccionaba a nada.

—Matilde cariño, dime algo, llora patalea pero reacciona pequeña, por favor.—La zarandeaba con desesperación

—Fue un gusto conocerte, Maritza, comprenderás que no puedo seguir aquí.—Contestó con la intención de salir de esa casa.

—Cálmate Matilde no te puedes ir así.—intentó detenerla pero no lo logró, y resignada la dejó ir.

Matilde tomó su mochila color naranja con una regla que sobresalía por el cierre, la acomodó en su espalda y se levantó.

—Dile a tu hijo que lo amo, pero que hoy mismo dejaré de hacerlo y que no se le pase por la mente buscarme nunca en su vida. No quiero volver a verle nunca más la cara. —Dicho aquello se marchó.

La joven caminó sin un rumbo fijo, salió de aquella casa que tanto tiempo había considerado casi suya sin siquiera mirar atrás, se sentía ridícula si lloraba, ridícula por haberse pasado las noches preocupada por él... Ridícula por quererlo tanto.

Iba en la micro como un zombi, ya se había pasado hace rato el paradero que la dejaba en su casa, pero no se podía mover, la imagen de Agustín con la puta de su profesora se repetía una y mil veces en su mente. Se bajó y se sentó en la banca de un paradero tanto rato, que las piernas se le acalambraron.

Después de un par de horas un vehículo se detuvo frente a ella, era Felipe, se bajó del auto y la tomó por los hombros. Matilde era una verdadera marioneta, la subió al asiento del copiloto y puso el auto en marcha.

—Mati... todo el mundo te está buscando. —Ella no respondió.

—¿Matilde?... Irene está con tu mamá y Maritza, oye disculpa a mi amigo...

quizás fue un mal entendido, el Agus jamás te haría daño quizás se

confundió, no lo sé... se le pasó la mano.—Dijo justificando lo injustificable

Matilde seguía en silencio, no lloraba ni se enojaba; estaba schokeada, no

había otra forma de describir su actitud y no era para menos, Agustín lo había

sido todo en su vida, más aún cuando su padre las había abandonado a ella, su

madre y su hermana.

Se aferró tanto a él, y lo único que le había pedido siempre era sinceridad y

lealtad, no importaba que dejara de quererla de un día para otro, sería

doloroso pero hubiese preferido mil veces escucharlo de su boca.

Felipe llevó a Matilde a su casa, ahí la esperaban una Josefa con ojos

llorosos, Irene y Martiza preocupadas. Ella se paró en la puerta de entrada

inhaló todo el aire que sus pulmones soportaron contó hasta cinco y exhaló.

—Perdón, se me pasó la hora... no quise preocuparte mamá...

—Mati, Maritza me contó lo que pasó y...—Matilde levantó su mano e

interrumpió a su madre.

—No digas nada mamita, lo diré solo esta vez y no quiero volver a hablar del

tema, lo he pensado toda la tarde y ya me cansé... Agustín Miller hoy mismo

ha muerto para mí, no quiero volver a verlo en mi vida, ni una sola lágrima se

merece porque yo le di siempre lo mejor de mí, y a él no le importó... de paso

hoy se termina también la Matilde que todos conocen.—Sentenció con toda

la seguridad que le quedaba.

La sala quedó en silencio, nadie la vio botar una sola lágrima, Josefa asintió

con la cabeza, mientras veía a su hija caminar rumbo a su habitación, todos se

despidieron y la dejaron en paz.

Josefa pensó en que a medida pasara el tiempo Matilde saldría del cascarón

que se había metido, cambiando su carácter dulce al de modo "*nada me*

afecta" se concentró en sus estudios saliendo de la carrera con honores, y

obviamente se cambió de universidad, en donde no pudiera volver a

encontrarse con la bendita y puta profesora, y mucho menos con el

Innombrable.

Después de un tiempo de lo ocurrido Martiza, vendió la casa y fue cuando les

perdió el rastro completamente, a pesar que su ex suegra quiso entablar una

relación de amistad con ella, Matilde cortó por lo sano y no le dio cabida en

su vida sacándola por completo, por intermedio de Irene y Felipe supo todas

las veces que él intentó pedirle perdón, lo cual fue imposible, ella nunca más permitió el mínimo acercamiento con él, por su casa desfilaron flores, chocolates, cartas, CD's de música y peluches, todo fue a parar a una pequeña hoguera que hizo en el mismo cerro donde meditaban.

Dejó de hacer yoga y meditación, en realidad se alejó de todo lo que le recordara al « *maldito traidor* » como le llamaba cuando debía referirse a él, las pocas veces que lo hizo, en realidad. Borró a Agustín de la faz de la tierra, al menos de la que a ella le rodeaba, y en cambio ahora hacía boxeo femenino, lo practicaba cada vez que podía y era bastante buena.

Irene y Felipe finalmente se unieron como pareja, Matilde jamás le contó a su amiga lo que había visto aquella tarde, por lo que no le sorprendió nada cuando está le confesó de su relación, incluso antes que pudieran graduarse nació el pequeño Manuel, una ricura de niño, lo que no impidió que Irene ejerciera de enfermera y Felipe en Diseño, al igual que ella y el idiota.

Matilde forjó un carácter de hierro, se hizo un temple como nadie y se especializó en su carrera, hizo su práctica laboral en Santiago, en una de las Agencias más reconocidas en el rubro y la enviaron a capacitarse a Alemania en la prestigiosa agencia *REDDOT*, allí estuvo por un año y ganó uno de los premios anuales que tal agencia entrega a los mejores, el famoso *Reddot Desing Award*, volviendo a Chile con un renombre de prestigio, ya no quedaba ni un rastro de la Matilde de aquel julio en donde el amor no era como ella lo había soñado.

CAPÍTULO 2 - NUEVA VIDA

10 años después...

—Matilde, a las 12 horas tienes reunión con Fabrizzio Pierattini, el gerente de esa revista papel Couché horrorosa. Ella rodó los ojos, tan solo pensar la aburrida reunión con ese vejete baboso la ponía con los pelos de punta, la campaña estaba lista hace un mes. Sin embargo, él solo inventaba pretextos para verla e invitarla a salir, si no fuera porque era uno de los mejores clientes de la agencia ya lo hubiese mandado a freír monos a otra parte. —Ojalá esta vez tenga al menos una buena excusa, al menos una idea para mejorar su campaña, no tengo tiempo de sobra como para perderlo con un tarado como ese.

—Yo creo que viene solo para tratar de invitarte a comer, me ha preguntado que flores te gustan.

—¡Ahhh no! Por muy cliente que sea, no le permito que me venga con ese tipo de cursilerías ¡Por favor!

Catalina Soto, la asistente de Matilde, era quién le llevaba su agenda y programaba reuniones, asistencia a congresos, las cenas, las citas, etc. Habían hecho un muy buen equipo desde el año y medio que llevaban trabajando ahí.

—Ah, se me olvidaba también llamo tu mamá, necesita que la llames urgente, ya sabes, tu hermana. —le comunicó con cara de circunstancia, sabía perfecto que su hermana provocaba más dolores de cabeza que satisfacciones.

—¡Esa pendeja me tiene podrida! Te apuesto a que ya quiere cambiarse de carrera, pero ya le dije, ¡si se aburrío, que se la pague ella sola! ¡Puedes creer que es la tercera en dos años!

—Sí, si lo sé, Ah... y te llamo Paolo— Seguía enumerando recados tras Matilde, mientras está caminaba con un café hasta su oficina.

—¿Qué Paolo? —Respondió Matilde entrecerrando los ojos y sonriendo

coquetamente.

—¡Mati te pasaste, qué feo!

—Ja ja ja es broma... emmm bloquéalo y esto no es broma, ya se pasó al modo románticón así que *next* ¡que latero y tan bien que me lo estaba pasando! Es una pena.—dijo con fastidio.

—Pero Matilde. — consiguió decir Catalina, hasta que su jefa la interrumpió impoluta.

—Pero Matilde nada, ya me conoces Cata, nada serio y las cosas se hacen más fáciles para todos.—argumentó segura.

—Pero no siempre será así, ya verás cuando te enamores y...

Antes de terminar la frase Catalina ya sabía que le había metido los dedos a los ojos a su jefa hasta el cerebro, la conocía lo suficiente para saber que de ese tema ella no hablaba jamás, no se cuestionaba cuando un tipo quería algo más que pasarlo bien, porque para ella no existía ese “*más*”, así de simple... hombres en su vida no le faltaban jamás, pero una pareja ¡no gracias!... era una piedra de tope en su ritmo de vida, tan independiente y libre.

—¿Enamorarme, yo?... Catalina, déjate de leer toda esa mierda de novelas que devoras, eso no existe... el amor así como lo ves, es jodidamente falso, solo existe la diversión, la química para un buen polvo y sería.—respondió a la defensiva.

Catalina la miró con un dejo de tristeza, sabía que en el fondo algo debió haberle ocurrido a Matilde para que tomase esa actitud. Desde que la conocía jamás habían hablado de ello, por lo que no sabía el dolor que alguna vez sufrió por culpa del estúpido amor, suspiró apretó los papeles a su pecho y se quedó en frente del escritorio de Matilde, en silencio elevó una oración para que el corazón de su jefa algún día fuera robado por alguien que realmente la quisiera así como era, con todo lo intensa que podía llegar a ser, y claro para un hombre no sería fácil amansar una bestia como ella.

—¡Ya pues! Deja de suspirar y prepara la sala de reuniones para atender al baboso viejo ese.—Ordenó sin más, sacando a Catalina de sus pensamientos

—¡Sí, ya corro! Ah, se me olvidaba te llamó Sebastián, quiere que entrevistes

a un amigo suyo, creo que pasará a formar parte de nuestra división, es mero protocolo el tipo ya está dentro.

—¡Dios mío, Sebita y sus pitutos! Espero que éste al menos tenga algo de talento, no como el idiota que trajo la última vez.—Escupió sin filtro, como ya era costumbre en su actitud.

—Ojalá— respondió Catalina. —ordeno la sala y te traigo los datos del nuevo “postulante”, están en mi escritorio.

—Está bien, anda dale.—contestó volviendo a sus asuntos

Sebastián Grossi. Gerente y dueño de la Compañía Publicitaria en donde Matilde era la Directora Creativa, luego de volver de Alemania tuvo miles de ofertas laborales, hasta que se decidió por « *Crearte Desing.* »

Sebastián era un tipo muy guapo, rubio avellana, sus ojos almendrados maravillosos, su cuerpo era escultural, ya que dedicaba tiempo para mantenerse en forma, era exitoso e interesante, se lo pasaba de maravilla con él, era un experto en las artes amatorias y jamás le había exigido nada, lo cual era perfecto para su estilo de vida, sabía separar el trabajo de la diversión y nunca la había hostigado en ese sentido, por lo que podían perfectamente sentarse a hablar de trabajo sin interponer los deseos personales de cada uno. Al menos hasta ese momento.

Sebastián se encontraba en su despacho hablando por celular cuando Matilde entró y tomó asiento en el sofá que daba al ventanal, desde allí se podía admirar una panorámica realmente bella de Santiago, y aunque a ella le daban vértigo las alturas, sabía bloquear todo tipo de sensaciones que la hiciera sentir vulnerable y la pusieran en evidencia frente a los demás.

—Sí, hombre, no te preocupes... El trabajo que hiciste para la inauguración de la campaña de verano quedó excelente, ¿Qué otra carta de referencia necesitas? —Decía al que estaba del otro lado de la línea.

Se le veía relajado, en realidad siempre lo estaba y se notaba en su desplante al hablar, reía y se peinaba el cabello con la mano. Matilde, sin embargo, miraba por el vidrio inmersa en sus pensamientos, odiaba que le hablaran de amor, porque aunque no quisiera, venían a su mente los recuerdos, y aunque ya no le hacían tanto daño no los había olvidado... el amargo sabor de la

traición aún lo sentía ácido en su pecho.

—Sí, claro nos vemos esta tarde, un gusto amigo. Ok, adiós. —dijo al teléfono y colgó.

—Matilde, dichosos los ojos que te ven. —musitó dándole un beso en la mejilla, y con esa mirada coqueta que solo ella podría descifrar que significaba.

—¿Qué tal tu viaje a Francia?

—Estupendo, los franceses si bien son exigentes, valen la pena, son una tremenda vitrina, Mati.—Respondió entusiasmado.

—Ya lo creo, su publicidad es de primera línea.—afirmó como conocedora de la industria.

—Así es... ¿Y tú, qué tal todo por acá? ¿Me extrañaste? —preguntó en un tono más bajo, al tiempo que le servía un café.

—No hables idioteces... las mujeres no vivimos solo de sexo, esto no es todo lo que necesitamos para vivir.—dijo, mientras pasaba por su lado y le daba un apretón en su orgullo.

—No sabía que solo me buscabas por sexo, me siento como una mercancía.

—Ja ja ja no seas idiota, ¿Para qué más sería? El dinero no me importa, el estatus menos... y eso tú lo tienes claro, ya déjate de hablar cursilerías, y cuéntame a que idiota amigo tuyo tengo que entrevistar, porque supongo que si no puede postular a un trabajo por sí mismo y debe que recurrir a sus amistades influyentes para conseguirlo... No debe ser muy brillante.—dijo con desprecio.

—No, no, al contrario... Es un tipo brillante, lo conocí en Barcelona hace un año atrás. Lo estuve siguiendo bastante tiempo para que aceptase venirse con nosotros, necesito que lo entrevistes para que se conozcan, hoy por la tarde.

—De acuerdo... lo haré.—musitó resignada.

—Gracias Mati, es importante que hagan buen equipo quiero que trabaje codo a codo contigo principalmente para la promoción que se nos viene, quiero ese reconocimiento aquí en mi oficina a fin de año.

—Todo tu lindo discurso lo acabas de teñir con tu ambición, considerando que esta agencia es una de las mejores, nadie entra aquí fácilmente, a no ser que los traiga el dueño.

—No seas tan dura Matilde, es un buen tipo, muy creativo ya verás, ahora vamos a comer.

—No puedo lindo, tengo una entretenida reunión con tu cliente favorito.—el cinismo se le notaba en la voz, pero lo disimula con la molestia por enfrentarse al italiano.

—Lastima, tenía en mente probar un poco de mi postre favorito. —Intentó seducirla con su encantadora sonrisa, al tiempo que hundió el dedo índice en medio de la blusa escotada de Matilde y se lo llevó a la boca saboreándolos.

—Lastima Sebita... a mí ese postre —Dirigiendo la vista a su abultada entrepierna. —me tiene un poco aburrída.—Sostuvo hiriendo el ego de su colega.

Caminó contorneándose hacia la puerta y salió de la oficina con esa sonrisa perversa y sarcástica, lo que acababa de decir era mentira, pero lo hacía de todas formas, jamás dejaría que alguien viera más allá de lo que ella quería proyectar. Sebastián quien la conocía bien, le daba lo mismo los comentarios ácidos de ella, al contrario, no hacían más que llamarle más aún la atención. El día pasó lento, la reunión si bien fue un éxito y consiguió sumar productos y promociones a la revista del señor Pieratinni, le agotaba la galantería barata de ese hombre, lo único que quería era irse a su departamento y entrar en la bañera, y aún le faltaba entrevistar al «apitutado».

Se encontraba en su oficina revisando los últimos retoques de la portada de la revista juvenil que más ventas les daba a nivel nacional, cuando en la radio comenzó a sonar «*Bedshaped*», cada vez que oía esa canción se le revolvía el estómago, le daban ganas de llorar y se le agolpaban todos los sentimientos de una sola vez en el pecho, le daban ganas de salir corriendo en donde fuera que se topaba con esa maldita melodía. Se levantó agresivamente, tomó su bolso y salió de la oficina, camino al ascensor pasó a llevar a un hombre que estaba entrando al piso. —Perdón— Expresó sin mirarlo, y siguió su paso firme, necesitaba salir, ya luego le daría las explicaciones del caso a Sebastián.

—No hay problema. —Respondió él, confundido por el golpe pero también siguió adelante.

El aroma de ese hombre le llamo la atención, pero no quiso darle muchas vueltas, aquel día estaba siendo especialmente odioso, sin considerar que últimamente los sueños del pasado la estaban agobiando, le ocurría cada vez que conversaba con Irene, y está le recordaba el pasado con y sin querer. Según Irene la inquisidora, ella tenía que cerrar el círculo que dejó abierto con Agustín, sino cualquier día vendría el destino y le abofetearía la cara, debía bajar los muros que se había auto impuesto para dar paso a la Matilde amorosa de antaño, cosa que obviamente ella jamás haría. Subió a su auto y se alejó, necesitaba un cariño, y que mejor que ir a la consulta de su amigo José Antonio, un muy buen y sabio amigo. Se habían conocido hace años, cuando ella viajó por vacaciones al Perú, específicamente a *Machupichu*, como siempre sola...Hablaron de la energía, la meditación, yoga, *reiki* y sanaciones, él vio en Matilde una fuente de energía inagotable, y un alma blanca pero dañada. Ella se entregó a él como lo había dejado de hacer desde aquel día, en que juró que no volvería a abrir su corazón a nadie, pero lo hizo y se entregó en amistad, le contó su dolor, e intentaron muchas sesiones para sanar esa herida, pero aunque nada resultó ellos se volvieron inseparables, con «el José» Matilde podía ser ella misma, sin tener que mostrarse tan arisca.

—Ábreme la puerta José estoy abajo. —Le dijo Matilde por el citófono.

— ¿José?, ¿Y qué pasó con Anthony querido? ¿Y tus llaves? No te voy a sacar otra copia, ya pareces mi hija—bromeaba haciéndose el enojado

—Cállate y abre luego, me duele la cabeza.—respondió molesta.

—Ok, entendí, entendí... —«Válgame dios es un día de aquellos.» —pensó—.

José Antonio la conocía como a la palma de su mano e intuía cuando el día no andaba bien, apagó los inciensos y abrió las ventanas, sabía perfectamente que eso le provocaba nauseas cuando tenía jaqueca, él era un «iluminado» un buen hombre, un Maestro, fiel creyente de las energías y la medicina alternativa. Generalmente usaba túnicas blancas y no se quitaba por nada del mundo su colgante con la imagen de *Ganesha*, uno de los dioses

más conocidos y adorados del hinduismo, ella le abría los caminos, tal como esperaba lo hiciera con su amiga.

—¿Ay, negrita qué te pasó?—preguntó recibéndola con un abrazo, de esos que se dan los verdaderos amigos, esos que hacen los trocitos rotos del corazón se unan momentáneamente.

—No lo sé, quiero llorar... Estoy cansada.—contestó con la voz ahogada.

—Pero claro que estás cansada, mírate... debe ser un esfuerzo tremendo llevar a esa gata que te crees que eres, súper *woman*, toda regia, autosuficiente y encima de mal humor.

—No me hagas reír que no quiero, ahora no—rogó cansada.

—Claro que no quieres, porque te olvidaste cómo hacerlo.—arremetió su amigo.

Matilde lo observaba con un puchero en los labios, se acurrucó en sus brazos, y dos lagrimas cayeron de sus ojos, había días en que se daba la licencia de hacerlo, como ese, cuando los recuerdos volvían para atormentarla, porque nunca había vuelto a amar a nadie ni quería hacerlo, a pesar que diez largos y pesados años habían pasado. A veces se cansaba de ser la mujer de hierro... Pero ya era demasiado tarde para volver atrás, porque la vida ya fue muy dura con ella y no volvería a permitir que ello ocurriera otra vez.

José Antonio acariciaba su cabello negro brillante y bien cuidado, al tiempo que secó sus lágrimas con el pulgar, la dejaba ser, no siempre tenía la oportunidad de ver en el fondo de sus ojos... Una vez que estuvo más tranquila le dio a beber agua diamantina, él decía que es el mejor regalo para el alma y el cuerpo.

—¿Pasó?—pregunto con ternura.

—Sí, gracias. —Respondió, con los ojos hinchados, pero mucho más calmada.

—Ay, qué bueno, porque un poco más y se me va toda la energía contigo Mati, ¡Por Dios, qué desgaste!

—No sé, he tenido sueños... Tú sabes. —Musitó un poco avergonzada.

—Claro que sé, pero tú no me quieres hacer caso, el día que cierres esta etapa en tu vida será cuando *Ganesha* abra todos tus caminos.

—¡Qué *Ganesha* ni que ocho cuartos!—gritó exasperada.

—¡Para, para, para!... Con mi *Ganesha* no te desquites, ¡ya te pusiste gata otra vez!—contestó José a la defensiva

—Jajaja... tengo hambre ¿qué tienes?—Dijo cambiando de tema

—Si no digo yo— contesto mirando al cielo a modo de petición silenciosa, por paciencia, porque ya no le quedaba mucha. La tomó por el brazo, recogieron sus cosas y bajaron al restorán japonés que estaba en el primer piso del edificio.

—Deme un segundo por favor, no sé muy bien que pasó. —Le dijo Catalina, al hombre que venía a la entrevista con Matilde, mientras en su cabeza, pensaba en dónde se podía meter ese hombre tanta feromona y belleza masculina.

—Sí, claro, no hay problema, no te preocupes por favor, yo esperaré.

Catalina se alejó un poco de la recepción y entró en la oficina de Matilde, la buscó por todas partes sin éxito y decidió llamar a su celular pero saltó inmediatamente el buzón de voz. Lo volvió a intentar pero sin resultados. Intentó con el único número de emergencia que tenía, el de José Antonio, ya que sabía que Carol, amiga de Matilde se encontraba de vuelo, lo más probable es que estuviese con él. Y le marcó.

—¿Don José Antonio? Perdona que lo moleste pero es que...

—Sí, si Catita, esta gata está conmigo, es un día de esos. —Secreteó José Antonio en dos tonos más bajos, casi susurrando.

—¡Ay, qué complicado! Matilde tenía una entrevista importante y el Señor la lleva esperando hace más de una hora.

—Pequeña mía, no me digas.... ¿Qué hacemos ahora? No puedo permitir

que regrese a la oficina así como está, si tal parece que se hubiese visto “*El diario de una Pasión*” toda la noche... ¡está imposible!

—¡Qué hago!—le pregunta Catalina, con una voz casi quebrada por el estrés.

—Fácil querida, dile que enfermó de un minuto a otro, que está en la clínica y no tienes más detalles.

—Buena idea, le diré a Sebastián lo mismo, es amigo de él.—comentó aliviada por la solución.

—Bueno, mejor aún, dile a él lo de la jaquecas.

—Don José Antonio, ¿me cuenta cualquier cosa, ya? Si necesita que la vaya a buscar o algo.

—Sí, Catita, no os preocupéis... Un beso gatita, ¡bye!

—Chao. Gracias.

Catalina colgó el teléfono y suspiró, en ese preciso momento por la puerta entró Sebastián, quien también buscaba a Matilde.

—¿Catita, viste a Matilde?

—Don Sebastián, me acaban de avisar que se encuentra en la Clínica, esas típicas crisis jaquecosas que siempre le dan.

—Matilde y sus jaquecas, está siendo hora que se trate eso, dime dónde está para ir por ella.

—¡No!, o sea... No se preocupe, está con José Antonio, él me aviso.

—Ah... si claro ese amigo medio raro que tiene... Bueno la llamaré más tarde, avísale al señor que está esperando, que pase a mi oficina

—Sí, Claro, enseguida Don Sebastián.

—Sólo Sebastián... Ya te lo he dicho... —Respondió enfocando la mirada directo a sus ojos verdes.

Catalina se sonrojaba cada vez que su jefe le pedía que lo llamara por su nombre, sin tanto formalismo, era tan buen mozo que se ponía nerviosa solo

con que le dirigiera la palabra.

Pasó más de una hora y los hombres seguían en la oficina de Sebastián, desde fuera se oían las risas y las voces de ellos, Catalina les llevó café dos veces, ya que la Asistente de Sebastián se encontraba con licencia médica, cosa que ella agradecía, era un placer para Catalina atenderlo, a pesar que la ponía sumamente nerviosa, era el hombre de sus sueños, tan guapo, inteligente, amable y buena persona... Lo admiraba, pero por sobre todo, lo adoraba en silencio, así se encontraba, en una nube cuando de pronto se abrió la puerta y los dos hombres salieron.

—Entonces, ven mañana, solo necesito que con Matilde se conozcan para que comiencen a trabajar juntos.

El hombre cambió su expresión, y se volvió hacia Sebastián con el rostro contrariado.

—¿Perdón, Matilde, dijiste?

—Si claro, qué idiota te vengo siguiendo hace más de un año, hemos hablado por dos semanas seguidas y recién ahora te digo el nombre de mi mano derecha... Matilde, Matilde Altamirano.

Catalina y Sebastián se dieron cuenta de lo pálido que se puso el tipo y corrieron al mismo tiempo en su ayuda.

—¿Señor se siente usted mal?

Catalina corrió por un vaso de agua, mientras que Sebastián acomodaba a su amigo en el sofá.

—¿Toma algún medicamento? —seguía ella con el interrogatorio, mientras él bebía el vaso de agua como si fuera el último alimento sobre la tierra.

—Responde hombre... Agustín ¿Qué te pasó?—apremió su amigo.

—Nada, nada, perdona Sebastián, debe ser la falta de sueño, he estado en un proyecto desde hace noches, no te preocupes. —Disimuló Agustín, sí era él el mismo desde hace diez años atrás, Agustín Miller.

—Okey, ten cuidado hombre, ni que hubieses visto un fantasma, nos

vemos mañana entonces.

—Si claro, Gracias... Nos vemos mañana. —respondió en un claro tono de duda.

Catalina notó la tensión en su mandíbula y espalda, ese hombre no estaba cansando, algo lo había hecho reaccionar así... Pero ¿qué?

CAPÍTULO 3 - SORPRESAS

Agustín Miller, se había convertido en un hombre hecho y derecho, después de diez años no había rastro del chico con semblante relajado y despreocupado, ahora era un hombre guapo, sin duda siempre lo fue, su estatura, el tono canela de su piel, la estructura de su espalda y el perfil perfecto de su rostro, a sus treinta y algo era un tipo realmente estupendo y muy sensual, lo mismo había pensado Catalina al verlo.

Luego de lo ocurrido con Matilde y de lo mal que lo pasó, porque claro, él también lo paso muy mal con todo, los reproches de su madre, el de sus amigos y el rechazo absoluto de Matilde, hicieron de ese año y el siguiente los peores de su vida, nunca se había arrepentido tanto de nada en su vida, como de haber tenido esa aventura. Intentó por todos los medios hablar con Matilde, pero claro, nadie le ayudó, en eso estaba solo. Terminó su carrera a duras penas, había dejado de ser el alumno brillante de su promoción, por lo demás, luego de terminar su aventura con la profesora esta lo hundió, lo exploto en trabajos, exámenes, presentaciones etcétera, no acepto nunca un no por respuesta y lo extorsionaba constantemente. Mientras que la madre de Agustín nunca le permitió cambiarse de carrera ni de universidad, que tomara de su propia medicina le decía ella cada vez que este no daba más con tanto por hacer.

Finalmente terminó como pudo y gracias a su padre, logró hacer su práctica profesional en Santiago. Este le ayudó en lo que pudo con algunos contactos, desde ese entonces él ha trabajado de manera independiente, vendiendo su trabajo a diferentes compañías y asesorándolas. El año recién pasado estuvo en Barcelona, España. Donde realizó un post grado al mismo tiempo que encabezo una de las mejores campañas publicitarias para una marca de maquillaje femenino. Allí fue que conoció a Sebastián Grossi, desde ese entonces este lo ha estado acosando, literalmente, para que trabajase en “*Crearte Desing*”

El sonido de un bocinazo lo despertó de sus pensamientos, ya iba de vuelta a

su departamento aún en *shock*, jamás se imaginó que un día volvería a reencontrarse con Matilde, y ahora sería ella quien lo entrevistaría.

—¿Y si no quiso entrevistarme y se largó? Quizás ni siquiera sabe que soy yo. —Se cuestionaba, mientras sus manos al volante no hacían más que ejercer fuerza, puso su vehículo en marcha y avanzó, a pesar que la luz verde le había dado el paso hacía ya un rato.

Antes de llegar al edificio en donde vivía, estacionó cerca de un parque, compró cigarrillos y encendió uno, a pesar que lo había dejado hacía un par de años. En general era un hombre que se tomaba las cosas con calma. Sin embargo esa tarde el destino se burló en su propia cara, y el no pudo hacer nada para evitarlo.

—«No puedo creerlo»—. Pensaba una y otra vez, mientras fumaba apoyado en una banca, tan solo a unos metros de distancia una pareja de enamorados se besaban apasionadamente, apagó el cigarrillo pisándolo con el pie y caminó hacia su vehículo, tomó su celular y marcó a Paola, su actual aventura.

—Cariño, ¿Cómo estás?, voy llegando a tu departamento, sé que la película comienza en dos horas más pero quería sorprenderte, quizás y se te ocurre como entretenernos hasta entonces— propuso seductora.

—Paola, la verdad, es que tendremos que dejarlo para otro día, perdona.—contestó con desdén.

—¿Pero por qué chanchito, te fue mal en la agencia? Yo ya voy llegando, podrías relajarte un rato y...

—Paola, por favor no estoy de ánimo, no quiero ser grosero contigo.—intentó zanjar el asunto.

—Agustín, ¡ándate a la mierda! —le gritó la chica.

—Ok... adiós. —Respondió, cuando esta ya había colgado.

Realmente no estaba de ánimo para compañía, y la de Paola en esos momentos no haría más que confirmarle que tenía que quitársela de encima. Ella era una de sus últimas conquistas, fue un capricho más que nada, y ahora la soportaba por educación, ella era una mujer superficial, pero que como

hombre satisfacía sus gustos, a cambio él le retribuía con pagar sus excéntricos y estúpidos gustos, era una relación sin proyección, aunque ella no pensara lo mismo, por lo que cada cierto tiempo le dejaba ver el vestido blanco que traía en su bolso.

Llegó al fin a su departamento, el cual, estaba en una parte de la ciudad relativamente exclusiva, a pesar de no haber terminado la carrera como el alumno brillante que su padre le exigía, este lo premió con este regalo que no habitó sino hasta ahora. Todo lo que ha obtenido ha sido gracias a su esfuerzo laboralmente hablando, menos ese inmueble. Tiró las llaves sobre la mesa de vidrio, las que hicieron un ruido estruendoso, se quitó la chaqueta gris y aflojó los botones de su camisa blanca, fue hasta la cocina y del refrigerador sacó una lata de cerveza, la cual, bebió sin parar hasta acabarla, se sostuvo en la puerta del refrigerador con la frente apoyada en ella, con la mano que sostenía la lata hizo tanta presión que la dejó hecha un puño y la lanzó con fuerza contra el lava platos, se sentía furioso y frustrado.

—Tan enorme que es este puto Santiago, y encontrarme con ella en el mejor trabajo que me han ofrecido ¡por la misma mierda! —reclamó en voz alta mientras que caminaba por entre la cocina y la sala pasándose las manos bruscamente por el cabello revuelto y rebelde que tenía, la presión que ejercía en su mandíbula hacía que sus labios formaran una línea recta, parecía un león enjaulado, no sabía qué hacer, ni como la enfrentaría al siguiente día. Era todo tan irreal, se sentó en su negro sofá en frente de su televisor *full* HD, y recordó aquel día, cuando Matilde lo descubrió, el día que la perdió irremediablemente, su celular sonó alejándolo de esos recuerdos y molesto sin mirar contestó.

—¡Te dije que no estoy de ánimo Paola, búscate a otro que te entretenga hoy!

— ¡Epa! ¡Hijo qué te pasa! Está bien, esa bruja no me cae nada bien, pero no es la forma.—contestó a la defensiva su madre.

—Mamá... perdona, yo... Este, me duele la cabeza y Paola ha estado insistiendo en salir hoy, y la verdad es que...—se excusaba avergonzado Agustín

—Ya, ya basta... A mí no me debes explicaciones de lo que haces con tu tiempo, además, no me interesan los detalles de esa *Barbie* sin gracia, te llamaba para saber cómo te había ido hoy en esa agencia que me contaste anoche cuando hablamos.

A Maritza no le gustaba esa mujer, le molestaba lo cabeza hueca que podía llegar a ser y lo cínica que fue con ella la única vez que su hijo la llevó a comer a su casa, fue una cosa de piel.

—Ah... Si eso, bien mamá, ya estoy dentro solo falta una entrevista mañana con la Directora Creativa.—respondió pensando en Matilde y se le volvió a revolver el estómago.

—¿Qué te pasa Agustín? Te conozco y sé que estás nervioso, ¿tienes algún problema?—el instinto maternal hizo acto de presencia.

Agustín cerró los ojos y sopeso la posibilidad de contarle todo a su madre, ella era una mujer muy sensata, pero cada vez que hablaban de Matilde, ella lo taladraba recordándole su error, por lo que desistió inmediatamente.

—Nada, mamá enserio, solo estoy un poco nervioso obvio, *Crearte Desing*, es la mejor oferta laboral que he recibido en Santiago, mañana tengo esa entrevista y esta jaqueca no me quiere dejar en paz.

—Ok, haré como que te creo, y óyeme, en el primer cajón a la derecha en tu cocina están los medicamentos para eso, y toma hartito líquido por favor, eso no incluye cerveza ni licor. —él sonrió con el último comentario de su madre.

—Ok, gracias mamá ahora te dejo, aprovecharé de ir un rato al gimnasio a ver si votando energías también se me pasa.

—Está bien cariño, cuídate y descansa. Hablamos.

—Sí, si claro, no te preocupes. Un beso.

Colgó y se recostó en el sofá, encendió el televisor en el canal del fútbol, pero la verdad es que no lo estaba viendo. Intentó dormir aún así no podía dejar de pensar en ella, quizás como era hoy, Sebastián le había dicho textual que «*su mano derecha era una mujer extraordinaria*», con respecto a las

negociaciones con clientes era de hierro, sin perder lo encantadora y cautivante, aunque más allá de su belleza y sensualidad los clientes la preferían para llevar sus cuentas por su inteligencia y sensibilidad a la hora de hacer proyectos publicitarios. Por cómo Sebastián hablaba de Matilde pensó que quizás tendrían algo, y si peor aún estaba casada, o con hijos. Hacía bastante que le había pedido a su viejo amigo Felipe que no le hablara ni le contará más de ella.

Cansado y molesto de darle tantas vueltas al tema se durmió, tendría que esperar al siguiente día para saber realmente de qué iba todo, de lo único que estaba seguro era que la volvería a ver y no sabía cómo reaccionaría ante ella.

—Buenos días—Musitó Matilde al llegar a la oficina.

—Mati, ¿cómo estás? ¿Cómo te sientes? —preguntó Catalina, quién había estado realmente preocupada por ella.

—Estoy mejor Cata, gracias, tan solo fue un mal día.

—Sí, me imagino, Sebastián quiere que pases por su oficina.

—¿Ahora?

—Sí, me pidió que te lo dijera en cuanto llegaras.

—Okey, me puedes llevar un tecito Catita por favor.

—Obvio, ¿quieres comer algo? Te ves un poco pálida aún.

—No gracias, no te preocupes enserio ya estoy mucho mejor. —La tranquilizó— solo espero que este día sea mejor.

—Claro, yo también lo espero... Anda que te llevo el té.

Matilde se dirigió primero a su oficina y dejó su bolso allí, luego camino hacia la oficina de Sebastián, sin tocar entró, él se encontraba como siempre recostado sobre su sofá negro con una pierna sobre la otra y hablando por celular. Matilde avanzó hasta el ventanal, mientras Catalina hacía su ingreso con el té

—Gracias Cata. —Gesticuló, para no interrumpir la conversación de Sebastián.

Recibió la taza y se fijó en él, se veía realmente guapo, su espalda alcanzaba toda la dimensión del respaldo de la silla-sofá de su escritorio y la camisa blanca impoluta que llevaba la cual se cernía al cuerpo de forma envidiable. Matilde camino hacia la puerta y giró el pestillo sin que él se percatara. Se giró sobre sus talones bebiendo de la taza de té y él le guiño un ojo mientras hablaba aún por celular.

—«Tal y como me lo recetó el doctor». —Pensó traviesa y sonrió—.

Le dio la espalda y se contorneo hasta una estantería en donde depositó la

taza, luego caminó hacia el escritorio de él y pasó por el respaldo de su sofá, deslizó un dedo por el botón entreabierto de su camisa, la cual dejaba al descubierto el vello amarillo de su pecho, él carraspeó en sorpresa, pero continuó hablando. Matilde con una sonrisa de medio lado deslizó el mismo dedo pero esta vez en forma ascendente pasándolo por el cuello y la nuca de Sebastián, lo que le produjo un escalofrío y también que su pantalón le apremiara de un momento a otro. Ella soltó una risa al verle tan incómodo y lo dejó en paz, volvió por su taza de té mientras sentía los ojos de él clavándole la espalda. El *Iphone* de Matilde sonó y ésta caminó de nuevo hacia el ventanal.

—Anthony, querido... —respondió.

—Mi gata preciosa, solo llamo para saber cómo amaneciste.

—Gracias amigo mío, amanecí maravillosamente. —Mintió—.

—Ok, esta vez te voy a creer, y me alegro mucho.

—Es cierto, no te preocupes.

—lo haré, que tengas lindo día, recuerda llamarme cualquier cosa ¿sí?

Para ese entonces Sebastián preparaba su vendetta, y se acercó a ella por la espalda, conocía algunos de sus puntos débiles y sin pensarlo la tomó por la cintura y la acercó a su cuerpo de golpe, posó su boca en su cuello e inspiró profundamente, Matilde llevaba una coleta alta por lo que facilitaba mucho los planes de Sebastián, y su plan resultó como esperaba.

—A... Anthony te llamo luego adiós. —alcanzó a decir, antes de dejar escapar un tímido gemido.

—¿Te pasa algo, cariño? —preguntó desde el otro lado de la línea su amigo, quedándose sin respuestas, Matilde le había colgado.

—Ley pareja no es dura querida—Le susurró al oído, lo que la hizo temblar.

La tensión sexual entre ellos era potente, claro, siempre y cuando querían.

—Sebastián, sabes que acá en la oficina no deberíamos...—intentó

persuadirlo.

—Claro que no deberíamos, pero tú comenzaste, ahora no me pidas que me detenga.

—Hoy en la tarde, ¿te parece?

—Me parece, aunque ahora exijo un adelanto.

La giró hacía él y tomó sus labios como si fuesen fruta fresca, a lo que ella respondió del mismo modo.

—Hoy te ves deliciosa. —Le decía mientras la guiaba hacía una de las paredes de la oficina, sin soltar ni por un minuto su cuerpo ni su boca.

—Gracias. —respondió. —la verdad que esta camisa no te queda nada mal.

Una vez la tuvo entre la pared y su cuerpo deslizó una mano por su muslo en forma ascendente acomodando las largas piernas de ella por alrededor de su cintura, no le costaba trabajo aquel esfuerzo, él era un tipo con un cuerpo forjado a ejercicio, su abdomen era cincelado a mano, cosa que a Matilde la enloquecía, abrió hábilmente el primer botón de la blusa negra de ella y así siguió con todos los demás, fundió sus labios en su cuello perfumado a *Light Blue* de *Dolce & Gabbana* y lentamente descendió. Liberó sus manos de la blusa y las amoldó a sus senos firmes y tersos, se besaron como siempre lo hacían, sin amor, erótica y sensualmente, de manera cómplice y sexual, Sebastián la hacía sentir deseada y ella a él, las manos de ambos se perdieron en el otro, solo era solo cosa de tiempo, estaban al límite, la tensión en el cuerpo de Sebastián era evidente, lo cual, la provocaba como nada.

Respiraban con dificultad, el entusiasmo se les había escapado de las manos para detenerse a esas alturas, cuando el alta voz del teléfono de escritorio de Sebastián saltó.

—Don Sebastián, acaba de llegar la persona a entrevistarse con Matilde.

Ella dio un respingo y se acabó la magia, empujó a Sebastián de encima, se acomodó la falda gris, se cerró la blusa y ajustó el cinturón, caminó hacía el alta voz y lo presionó.

—Catalina voy enseguida, gracias.

—Okey—Respondió esta.

Él se dejó caer de espalda en la pared, intentando recuperar el aliento, se peinó el cabello con sus manos, acomodó su camisa y la observó por el rabillo del ojo.

—Hoy no te escapas, Mati.

—Ni tú—. Le respondió ella, quien caminó al baño para arreglar su cabello.

Él sonrió y movió su cabeza, si bien no era amor lo que sentía por ella, esta lo volvía loco, era toda una tortura él llevaba más de un mes fuera del país y ella era su única compañera de cama, aunque Matilde no lo supiera. Mientras se acomodaba el cabello en la coleta alta como estaba anterior al lapsus casi sexual ocurrido allí afuera, se miró al espejo fijamente.

—¿Y qué? soy adulta, no me mires así—.Se dijo para sí misma, dio media vuelta y salió su «*yo interno*» le recriminaba ese tipo de actitud desde hacía años.

—Bueno iré a entrevistar a tu consentido. —Le dijo zanjando el asunto.

—Trátalo bien Mati, el tipo es bueno en lo que hace — pidió calmado.

—¿Tan Bruja me crees?—preguntó a la defensiva

—Solo digamos que te conozco.—Respondió desafiante.

—¡Ja! Te gustaría.—Contraatacó ella

—¿Matilde, te sientes mejor de tu crisis de ayer?—preguntó poniendo paños fríos a los comentarios de Matilde

—Sí, sí Gracias, no te preocupes, así como llegan se van.—contestó restándole importancia.

—Bien, éxito en la reunión.—le deseó sincero.

Matilde antes de salir por la puerta, lo observo de medio lado y sonriendo le dijo.

—Prefiero la comida Italiana.—sostuvo refiriéndose al encuentro que habían dejado pendiente.

—Lo que digas, pero el postre lo elijo yo. —Respondió el, Matilde solo sonrió y le guiño un ojo reforzando su respuesta.

Se encaminó directo a la sala de reuniones pero estaba vacía

—¿Catalina, y a la persona que debía...?

—Viene subiendo, se había estacionado mal, me acaba de llamar el conserje para verificar su ingreso, en cuando este aquí lo hago pasar.

—Perfecto, ¿Por qué en la sala de reuniones no?

—Valentino la solicitó antes, tiene unas presentaciones con su cliente.

—Okey, entiendo no hay problema, que pase en cuanto llegue, no tengo mucho tiempo hoy, con todo lo que dejé pendiente ayer, el tiempo me apremia además, hoy me iré antes.

—Sí, claro no te preocupes.

Entró en su oficina y sacó el labial rojo de su bolso a toda máquina y se retocó. Era lo único que usaba en maquillaje, y un poco de mascara de pestañas. Años atrás no se hubiese puesto nada en el rostro, lo odiaba, pero el rojo le hacía el carácter. Una vez hecho eso se instaló en su escritorio y encendió su portátil. Oyó la voz de Catalina fuera de su oficina guiando al nuevo integrante de la compañía, hasta su puerta. Se puso de pie para recibirlo cuando recordó los papeles en su escritorio y los tomó dando la espalda a la puerta de entrada, la taza de té que acababa de tomar cayó haciéndose trizas en el escritorio de vidrio templado, sintió que le habían quitado el oxígeno de una patada en la espalda, sus piernas no reaccionaban y estaba a punto de caer, ese maldito liquido polar que había conocido solo una vez en su vida, se empeñaba en apoderarse de su columna vertebral imposibilitándole la movilidad de sus extremidades, todas estas sensaciones en cosa de segundos y por un solo motivo.

Nombre: Agustín Maximiliano Miller Schuster.

Fecha de Nacimiento: 20 Septiembre 1979

—«¡Agustín! Mi Agustín»—Pensó, y se maldijo al momento por el calificativo tan personal que su cerebro había recordado. Sus pulsaciones comenzaron a aumentar pero ya era demasiado tarde, él estaba ahí, podía oír su respiración acelerada, seguramente nervioso también.

—Tome asiento por favor ¿se le ofrece un café o un té?

—Gracias, pero no, estoy muy bien así Catalina, muy amable.

—Por nada.

No había duda alguna, su voz era inconfundible, sopeso correr al baño, cerrar con llave y huir por la ventana, claro, si no fuera porque se encontraban en el piso doce... No quería voltearse ¡no podía!

—¿Matilde, qué pasó? llamaré enseguida a personal de aseo para que limpie este desastre.

—Tranquila Catalina, se me resbalo, déjalo así ya está, no puedo retrasarme más.

—¿Estás segura?

—Sí, no te preocupes—. Musitó, tan nerviosa que no reconocía su propia voz.

—«¡Piensa, piensa Matilde por la mierda contrólate! Han pasado más de diez años por favor, esto ya no te puede afectar.»—Pensó— Respiró profundamente, tragó saliva y se irguió como pudo, y así mismo se giró.

Allí se encontró de frente con esos ojos amarillos maravillosos, que tantos años la acompañaron en sueños, pesadillas, recuerdos, anhelos, pero también los recordaba en fuego, en el dolor y la traición. Ese día la miraban con prudencia, sorprendidos, dulces e incómodos, su piel seguía tal cual, ese tono era envidiable para cualquier mujer.

No quedaba nada de aquel joven, ¡No Señor! En frente de ella había un hombre, el más guapo y sexy que había visto nunca, habían veces en que lo recordaba y lo imaginaba con diez años más, pero tenerlo ahí a menos de dos metros de distancia superaba todas sus expectativas.

—«Okey aquí vamos»—se dijo, carraspeó un poco y camino hacia él,

apretó su puño para controlar la tembladera.

—Buenos días, mi nombre es Matilde Altamirano, Directora creativa de “*Crearte Desing*” Bienvenido. —Le hablaba como si no lo conociera y Agustín avanzó un paso hacia ella.

—Matilde.... —Dijo casi en un susurro, sin tener control propio de su mandíbula.

—Sí, ese es mi nombre, Matilde Altamirano—. Cortó tajante, cualquier posibilidad de que Agustín intentara siquiera volver al pasado con preguntas idiotas.

Se sostuvieron la mirada unos cuantos segundos, esto más parecía una guerra en silencio que una entrevista de trabajo, y cuando Matilde, extendió su mano para tomar la suya en saludo, la electricidad que les recorrió fue instantánea, ella retiró su mano de un golpe como si se hubiese quemado, al menos así lo sintió.

—Sebastián me comentó que se conocen de Barcelona, cuéntame de tu trabajo en España.

—Eh... Sí, bueno, trabajé en una campaña publicitaria de maquillaje femenino una marca muy reconocida en Europa, la cual fue muy reconocida, obtuvimos el primer lugar por varios meses, y la marca fue una de las más vendidas esa temporada.

Hablaba como un autómata, no se podía creer que ella fingiera que no lo conocía de nada, la miraba impresionado, estaba muy cambiada, muy guapa por lo demás, pero su actitud infantil le molestó, habían pasado diez años ¡por favor! Él iba preparado para que saliera huyendo, incluso para que lo corriera y lo insultara, pero no para que lo ignorará.

—« Ok, jugaremos su juego» —pensó.—

—Mira que bien, Felicitationes.—reaccionó por educación más que nada

—Sí gracias, mi trabajo ha sido muy bien reconocido en donde lo he puesto en marcha, a pesar que no fui un excelente alumno como puedes ver en mi hoja de vida.

—Eso no es cierto—Dijo ella, las palabras salieron de su boca sin darse cuenta, él la miró consternado, tan solo llevaba unos minutos en esa oficina y ya se estaba volviendo loco. —Perdona, pero lo que dice tu hoja de vida, no parece que hayas sido un mal alumno, prosigue cuéntame más.

—Bien, mi experiencia la he forjado de manera independiente en su mayoría, he trabajado como asesor de campañas, eso lo puedes verificar en el éxito que han obtenido cada una de las que he estado a cargo.

—Sí, así veo... Impresionante, me alegro—Le dijo, queriendo sonreír.

—¿Cómo?

—Digo, que me alegra que seas bueno en lo que haces, y que los resultados te respalden, es lo que necesitamos, por eso estás acá.

—Eso espero.

La entrevista no duró más de media hora, Matilde le explicó a grandes rasgos en qué consistía el nuevo proyecto publicitario y le indicó una lista con los clientes más grandes y las cuentas de los mismos, además de los clientes que pretendían traer a la compañía y las estrategias para hacerlo. Él la miraba fascinado siempre imaginó que sería la mejor, cuando estudiaban ella ponía el corazón en cada trabajo, siempre fue su pasión.

Lo acompañó, le mostró los departamentos y les presentó a los colaboradores a medida que se encontraban con ellos. De vuelta a la oficina se encontraron con Sebastián, quién con una gran sonrisa los detuvo.

—Hombre ¡Al fin! Bienvenido, veo que ya se conocen, qué tal te ha tratado Matilde. —Preguntó con una leve sonrisa.

—Sebastián, Gracias, si la verdad me ha tratado muy bien ha sido muy amable, como si nos conociésemos de toda la vida. —«Jaque mate»—pensó—. Matilde aunque tuvo ganas de mirarlo con odio, hizo como que no había oído, mirando sus mail en su celular.

—Has tenido suerte entonces. —Bromeó Sebastián.

—Bueno, yo los dejo. Ya he terminado mi parte con Agustín y tengo mucho trabajo pendiente, Bienvenido Agustín espero que tu estadía por

“*Crear te Desing*” sea fructífera y seas un gran aporte.

—Gracias Matilde.

—¿Matilde, te sientes bien?—Preguntó Sebastián—, estás aún muy pálida, recuerda que tan solo ayer pasaste toda la tarde en la clínica, considero que debieras descasar, tómatelo con calma ¿sí?

—No te preocupes Seba, enserio. —Agustín los observaba interesado.

—Matilde sufre de crisis jaquecosas terribles, que la dejan a veces, días internada —Le comentó a Agustín.

—No pasa nada Sebastián no exageres.

—Sí, lo recuerdo. —Respondió Agustín inmerso quizá en un recuerdo.

Matilde abrió tanto los ojos que casi no pudo volver a pestañear.

—¿Cómo? —Musitó un Sebastián sorprendido.

—Que recuerdo como son esas crisis, a una muy buena amiga años atrás, le pasaban muy seguido cuando se estresaba, me pasaba días enteros cuidándola. —Dijo sin quitarle la mirada de encima.

—Hasta luego. —Dijo Matilde, queriendo huir de ahí.

Ella giró sobre sus talones de manera nerviosa y torpe caminó hacia su oficina y al cerrar la puerta tras su espalda dejó escapar todo el aire contenido, como también la frustración, la rabia y el conjunto de emociones que finalmente se convirtieron en llanto, un llanto mudo, que solo incluyeron lágrimas, pero lagrimas que pesaban mucho... Como diez años.

Se propuso hacerle pasar un mal rato a Agustín ignorándolo, sin embargo la destrozada fue ella, ese último comentario la desarmó absolutamente. Bajó su espalda por la puerta hasta llegar al suelo y ahí se quedó sumida en los recuerdos que había guardado con llave en el último rincón de su corazón y que aquel día salieron a flote como muertos en el mar... ¿y ahora qué? Tendría que trabajar con él codo a codo, día a día. Si fingir que no lo conocía por aproximadamente cuarenta minutos la desgastó de esa manera, no quería ni imaginar lo que sería estar cerca de él a diario más de ocho horas.

Decidió no huir, lo haría por ella misma, por su propio orgullo, se levantó arregló su falda, la misma que anteriormente Sebastián había querido quitar a tirones, camino hacia su escritorio y se sentó, estiró su menudo cuerpo y se dijo para sí misma.

—«Esta es mi guerra y yo la ganaré» —Presionó el botón de alta voz directo a la recepción.

—Catalina no me agendes nada después de las 20:00 horas, y si puedes me traes un tecito de melisa por favor.

—Claro Mati, ya voy.

CAPÍTULO 4 – ENFRENTAMIENTO

Durante el resto de aquel día Matilde no pudo producir nada, intentaba concentrarse en su portátil y todo lo pendiente, pero no lo consiguió. Cansada, bajó al casino que se encontraba en el primer piso del gran edificio, entró y tomó asiento en una de las mesas que daban a la ventana, ahí la recibió un sonriente, coqueto y chispeante mesero.

—Benditos los ojos que la ven señorita Matilde.

—Que eres loco Fabián, me ves todos los días. —Respondió ella con una sonrisa, la primera del día en realidad.

—Soy un afortunado entonces, dígame que es lo que le apetece, y si no lo encuentra en la carta, no importa yo mismito se lo preparo.

Fabián era el mesero más joven de “*La mía bella fidanzata*” y cada vez que tenía oportunidad de piropear a Matilde lo hacía, además de sacarle unas sonrisas sinceras, el tipo era gracioso y nada grosero.

—Solo quiero una copa de helado de Chocolate.

—¿Helado de chocolate? Okey, pero de plato principal ¿Qué se le antoja?

—Nada Fabián, solo quiero una gran copa de helado. —Este la observó un tanto extrañado, pero no insistió.

—La copa más bella entonces será.

—Gracias Fabi. —respondió, viendo como este se alejaba y a los cinco minutos volvía con una copa gigante de su helado favorito, adornada con unas frescas frutillas y lindas hojas de menta, además de la salsa de frambuesa.

Ese era su escape, siempre lo hacía cuando se encontraba demasiado ansiosa. Se acomodó a saborear el amargo del chocolate derretirse al contacto con su lengua y paladar, bajando por su garganta, que sensación más relajante...

cerró los ojos dejándose llevar por las sensaciones de su rico postre. Mientras lo hacía a su mente llegó un recuerdo como si fuese ayer.

Un día de invierno se encontraba en la sala de la casa de Agustín, lo esperaba mientras él tomaba una ducha, y ella de pie en el ventanal miraba la bahía, las nubes estaban grises pronto se dejaría caer la lluvia y la nostalgia de la separación tan reciente de sus padres la tenía con los nervios destrozados.

—¿Porque te comes las uñas Mati? En una niña tan linda como tú, las manos se ven horribles. —Le recriminó Maritza.

—No tengo idea, es algo innato, lo hago sin siquiera darme cuenta, lo peor es que después me duelen mucho las yemas de los dedos me vuelvo torpe y todo se me cae.

—Pero claro, si mira como tienes. —Le dijo su suegra, tomándole las manos entre las suyas revisando cada dedo—. Esto debe ser el sistema nervioso, ¿por qué no pruebas con otra cosa?

—¿y cómo qué? Ni siquiera lo he pensado.

—Dame un minuto ya regreso, siéntate.

Maritza caminó decidida hacia la cocina, y desde la nevera sacó un pote grande, tomó un pocillo de porcelana y vertió un poco del contenido, lo decoró con una galletita de vainilla encima y una cuchara, la miró con una sonrisa desde la cocina, ella sabía bien lo que era sentir esa angustia, sin saber cómo expresarla más que con el cuerpo, eso solo era tristeza contenida. Durante el difícil proceso de dejar al padre de Agustín tras revelar un engaño de años por parte de él, el helado de chocolate se convirtió mejor que cualquier ansiolítico.

—¿Helado?

—Sí, helado... pero de chocolate.

—Pero si como helado tal como me como las uñas, en poco tiempo quedaré hecha una bola.

—La bolita más bella del mundo. —Intervino Agustín en la sala ya vestido y envolviéndola con ese aroma que tanto le gustaba, aroma a él recién

salido de la ducha, preparado para su cita en el cine, se sentó a su lado y hundió el dedo índice en la copa, sacando helado y llevándolos a los labios de Matilde, fue un contacto delicioso, el sabor del helado más su dedo paseando por sus labios.

—Ya saldremos de esta pequeña, ahora vamos o llegaremos cuando la película ya haya empezado.

—¡Cierto, vamos!—Acabaron el helado y salieron.

Matilde sonrió recordando ese momento, su primer contacto sensual con él, ese día se abrieron todos sus sentidos, y comenzó a experimentar, quería volver a sentir esa sensación de contracciones musculares y calor sofocante. Luego de conocer la procedencia de todas esas mariposas revoloteando en su sangre se entregó a él y los placeres que la vida le proporcionaba, eso la llevo a amarlo con su vida, a entregarle lo máspreciado como adolescente, su virginidad y su corazón para siempre, si hubiese sabido lo que el destino le tenía preparado quizás lo hubiese pensado mejor.

A veces los recuerdos llegaban a ella sin siquiera invitarlos, sin siquiera proponérselo, y eso la frustraba... ¡Cómo lo haría ahora que lo tenía tan cerca!, que lo tendría que ver a diario. Debía planear una estrategia para protegerse, las sensaciones y sentimientos que la llevarían al límite estaban a la vuelta de la esquina y eso no se lo podía permitir. Debía odiarlo recordar todo el daño y sentirlo una vez más, debía odiarlo como fuera, así todo sería mucho más fácil.

—¡Mira a quien tenemos aquí!.—Esa voz la despertó de golpe.

—¿Estás comiendo helado?, a esta hora mejor te hubieses tomado un café Mati. —Sebastián y Agustín la miraban de pie.

—El chocolate es bueno para la ansiedad, mi madre siempre dice...

Se detuvo en cuanto sintió los grandes ojos de ella taladrándolo, en ese preciso instante su celular comenzó a sonar, y si no hubiese estado en un minuto tan tenso, esa llamada hubiese quedado perdida, era la última persona con la que deseaba hablar pero la tomo como un salvavidas.

—Perdón debo tomar esta llamada. —Se excusó saliendo del lugar.

—Sí, claro hombre, tranquilo... aquí estaremos atiende ese llamado.

Sebastián había visto en la pantalla del celular de Agustín la imagen de una platinada chica nada de mal por cierto, sonrió de medio lado y tomó asiento frente a Matilde.

—Marcando tarjeta se llama eso Mati. —Y le hizo un gesto con la cabeza hacía donde estaba Agustín.

Matilde sintió como si un rayo le hubiese atravesado justo en la mitad del pecho, de hecho se llevó la mano hasta ese mismo lugar en donde descansaba su trébol de cuatro hojas de plata.

—¿Y a mí qué mierda me importa?!

—Matilde baja el tono... ¿te pasa algo? Qué carácter mujer por Dios, estás demasiado tensa tú no eres así.

—¿Qué sabes tú, como yo soy? Permiso, se me hace tarde. —Se levantó de la mesa tomó su celular y se dispuso a abandonar ese lugar.

—Adelante. hey no lo olvides, a las ocho te espero ¿está bien? Debemos terminar lo pendiente de esta mañana. —Le dijo con un gesto seductor que la joven de la mesa de al lado dio vuelta su vaso de jugo sobre la mesa.

—Cancélalo, el helado acaba de sustituir todas mis ganas de comer algo dulce y hasta me saturó, suficiente por hoy.

Dejó cinco mil pesos sobre la mesa, giró sobre sí misma y caminó hacia la salida sin mirar atrás, dejando a un Sebastián por primera vez perplejo y descompuesto, incluso se sorprendió de sí mismo por cómo le había desconcertado la actitud de Matilde. Desde un tiempo a esta parte se estaba colando en sus sueños, pero lo asociaba al largo viaje por Italia y la falta de sexo, su aroma le excitaba de sobremanera, y su temperamento salvaje lo enloquecía, por una parte le daba y por otra le quitaba cuando quería, como en ese justo momento. Sentía ganas de domarla a su antojo pero sabía que se le resistiría, y eso encendía en él la llama, una llama que solo él conocía, y que evitaría a toda costa, esto no era más que sexo, del bueno, del duro, solo eso... solo sexo. No, no se le escaparía de las manos otra vez.

Matilde caminó decidida a terminar el diseño para la campaña del Señor

Vittorio Deluce, lo cual llevaba atrasado demasiado tiempo. Se detuvo en el mini market de la esquina del restorán y se le antojó comprar cigarrillos, le apetecía demasiado aspirar un poco de humo, a pesar que hacía muchísimo tiempo que no lo hacía, una vez hubo conseguido los *Kent One* y pastillas de menta descansó para encender uno.

—¡Paola está bien! Okey hoy pasaré por ti, si a las nueve... ok, si yo también.

Oyó tras suyo esa voz que le comenzaba a erizar la piel, se giró inconscientemente y lo observó cómo pasaba sus manos por su cabello, alisándolo con fuerza, aunque hubiesen pasado los años sabía perfectamente que ese gesto era de absoluta molestia. Y una vez él se giró, su entrecejo fruncido se lo confirmaba.

Agustín le colgó a Paola de manera brusca, odiaba haberle contestado, pero era eso o que Matilde le saltará encima como una gata huraña.

De pronto fue consciente de que unos ojos claros lo atrapaban, y ella detenida en el tiempo y sostenida en el color amarillo intenso de sus ojos, esos que le provocaban en antaño y ahora más que nunca. Él no bajo la mirada al contrario, y se desató un enfrentamiento visual y psicológico delicioso, Matilde sentía que él la acariciaba con cada pestañeo, lo sentía en su blanquecina piel, el pulso de Matilde no daba tregua y la estaba llevando a toda carrera, su respiración también corría furiosa. Estaban a tan solo unos metros de distancia aun así eran capaces de oír latir sus corazones. Ya no eran los mismos adolescentes inexpertos, ella había dejado hace mucho tiempo de ser una inocente muchacha y él a su vez, ya no era el torpe y apresurado muchacho que solo pensaba en lanzarse desnudo sobre cualquier mujer mayor que él. Incluso después de unos cuantos años, cuando Matilde conoció lo que era el verdadero sexo, hubo comprendido el engaño de Agustín con su profesora, ella representaba todo lo que era una mujer experimentada, expelía sexo por los poros y él con una novia novata al lado, había sido una gran tentación, una oportunidad como ninguna para un simple joven deseoso de aprender.

Pero el hombre que la miraba desde el otro extremo de la cera no era un muchacho, y menos se veía inexperto, sus manos lo decían a gritos, eran

grandes, fuertes y saludables, sus labios entre abiertos incitaban una tentadora invitación a soñar, a alucinar a imaginar...

Un extraño escalofrío de pronto contrajo todos los músculos de sus zonas más íntimas soltando un leve suspiro, las pupilas dilatadas de Agustín se lo anunciaron.

—¿Perdona, me puedes convidar fuego para encender mi cigarrillo?
—Una simple muchacha la interrumpió, justo antes de caer en el abismo del placer mental, porque eso era casi un orgasmo visual, tan solo ese par de minutos o segundos, ni siquiera lo sabía bien, pero eso era lo que había experimentado, un pleno y absoluto placer.

—Eh... Sí, sí claro. —respondió como pudo entregándole el encendedor. Cuando levantó la mirada, Agustín venía en su dirección con paso firme pero cuidadoso. —Quédatelo no hay problema— le dijo a la muchacha mientras intentaba escabullirse, sabía que el intentaría hablarle, necesitaba huir.

—Matilde. —Solo fue un susurro, pero su nombre sobre esos labios se oía maravilloso, pero cuando el llevó su mano hasta el brazo de ella, la electricidad no se hizo esperar atravesándolos a ambos, tragó saliva con dificultad, no quería girarse y verlo de nuevo, sabía de ante mano el peligro que corría, apretó los parpados, inspiró lentamente hasta llenar sus pulmones de vida y se giró. Tenerlo a treinta centímetros ciertamente le nubló la razón pero fue capaz de sobreponerse, antes que los ojos de Agustín la envolvieran recordó todo lo que lo odiaba y juntamente a ese sentimiento dejó rebotar en su mente el nombre de «Paola» como bencina al fuego.

—Dime. —Le dijo con una mirada absolutamente distinta a la de solo un minuto atrás.

—Mati, por favor debemos hablar.

Oírle llamarla de esa forma, la descompuso, sintió como si la hubiesen abofeteado, después de tanto tiempo, que la llamara así como lo hizo hacia diez años atrás, pretendiendo como si nada hubiese pasado la enfureció.

—¿Perdón, cómo me llamaste?—Las palabras salieron de la boca de Matilde como misiles directamente a la cabeza de Agustín, y retiró el brazo de su agarre en un cerrar de ojos.

—Te dije que tenemos que hablar.

—¿Y tú qué mierda pretendes? ¡Volver después de diez años a inmiscuirte en mi vida como si nada! Y tener el descaro además de decirme «Tenemos que hablar », Te lo digo ahora y grábatelo muy bien, si de algo se te antoja hablarme límitate a que no sea otra cosa más que laboral, porque no me interesa absolutamente nada de tu vida.

No eran palabras lo que decía, eran llamadas saliendo desde el mismo volcán en su corazón, en sus ojos se retenían las lágrimas guardadas desde hacía tanto tiempo, lagrimas que jamás llegaron a ver la luz porque jamás se lo permitió, frunció sus labios de tal forma que le dolieron.

—¿Cómo puedes pretender que ignore que te conozco Matilde?

—Yo no pretendo nada porque mírame bien, tú a mi «NO ME CONOCES» tú conociste lo mejor de mí, pero la que tienes ahora mismo en frente tuyo no es ni la sombra de esa niña.

—Okey Matilde, jugaremos a ser absolutos desconocidos. —Musitó él con rabia contenida, tensó su mandíbula y sus ojos tomaron un tono café desconocido para Matilde.

—Juega a lo que quieras, que para eso eres el mejor.

—Okey Señorita Matilde, jugaremos, tú qué crees saber cómo yo juego, déjame decirte que tú tampoco me conoces de nada, y cuando juego me gusta ganar.

Las últimas tres palabras se las dijo tan cerca a su piel que si no hubiese sido porque estaba apoyada en uno de los pilares del edificio, se hubiese ido de bruces al suelo. Le sostuvo la mirada un segundo más y se fue dejándola sola, alterada, enfurecida, confundida, angustiada pero sobretodo la dejó con la palabra en la boca, lanzó lo que le quedaba de cigarrillo al suelo y subió a su oficina.

—¡Maldito hijo de la gran puta! No tiene ningún derecho, ¡Ninguno!, no tiene idea lo que será trabajar a mi lado, ¡Haré que no lo olvide jamás! Le haré tragarse hasta la última palabra que me dijo, el muy cabrón ¡Lo Juro!

Maldecía una y otra vez sin parar, parecía un león enjaulado como se movía

dentro de su oficina, estaba tan furiosa que no cabía en ella misma necesitaba gritar, ducharse con agua fría, tirarse en *bungee*, ¡lo que fuera!

—Matilde qué te pasa, desde fuera se oyen tus gritos ¿estás bien?
—preguntó una Catalina muy asustada.

—Déjame sola, Catalina por favor.— respondió conteniéndose para no explotar.

—Okey, ¿quieres un tecito?—preguntó conciliadora.

—Catalina, por favor, No quiero un té. Gracias, ya vete y que nadie me interrumpa.—dijo ya harta.

—Está bien.—respondió su asistente.

Catalina salió de la oficina de su jefa con más preguntas que respuestas y muy preocupada, desde el tiempo que llevaba trabajando en *Crearte Desing* nunca la había visto tan descompuesta, ni siquiera cuando había perdido la cuenta del diseño de la marca *Exccelence*, por culpa de una discusión idiota con la editora de la revista, la cual, en ese entonces, era la publicidad que más recaudaciones les generaba a la empresa. Decidió llamar a José Antonio, sabía que él era el bálsamo para su alma, además de su gran amiga Carol, pero ella se encontraba fuera del País. Marcó el número de José Antonio pero él no contestó.

—¡Ay, qué hago!—Se dijo para sí misma, mordiéndose las uñas.

De vuelta al restorán se dirigía Agustín, llevaba los puños tan cerrados que los músculos de los ante brazos comenzaron a contraerse, dándole pequeños calambres que pronto sintió.

—¿Qué pasa Agustín? casi muero de hambre esperándote a comer.

—Perdóname Sebastián, pero debía atender esa llamada o sería una astilla en el dedo toda la tarde.

—¿Marcando tarjeta? —Le preguntó con sorna, haciendo alusión, a que debía dar explicaciones a alguien.

—No exactamente, pero si no contestaba no dejaría de llamar.

—Una chica insistente entonces. —Se burló.

—Algo así. —Respondió Agustín con cara de hastío.

Rieron por las circunstancias, y Agustín apenas pudo probar bocado del sándwich que pidió, aunque el café se lo tomó casi de un trago, necesitaba calmar lo que fuera que el café pudiese calmar.

—¿Y qué pasó con Matilde ahí afuera?—Esa pregunta lo tomó por sorpresa.

—Eh... nada, me estuvo comentando de una publicidad que la tiene un poco complicada, creo que está con el tiempo en contra. —Inventó un poco nervioso.

—Sí, y con el tema de sus jaquecas ha perdido mucho tiempo, el tema es que ella se auto exige demasiado, y eso la hace estar al límite siempre.

—¿Y quién trabaja con ella directamente?, es decir alguien que pueda bajarle la carga laboral.

—Tú. —Agustín pareció caer de un piso 15.

—No me mires así hombre por favor que no es ningún ogro tampoco, te diré la verdad ahora que tenemos tiempo y fuera de la oficina puedo decirte más tranquilo, que en gran parte te traje por eso, siento que la forma de hacer publicidad de ustedes es muy parecida. Es por eso que estoy seguro que juntos harán un gran equipo, y bueno compartirse un poco la carga que por hoy Matilde se lleva sola, aunque claro porque quiere, ella es tan perfeccionista que si no lo hace ella misma da por hecho que esta malo, es ahí en donde espero que hagas un buen trabajo. Claro, te pido discreción, no quiero que lo sepa o es capaz de colgarme de las bolas desde la antena más alta de Santiago.

—Sí, veo que tienen mal carácter.

—Uf, no tienes ni idea, aunque eso es exactamente lo que la hace única y especial, es intensa en todo lo que hace.

Agustín supo reconocer como los ojos de Sebastián brillaron con algo más que admiración, inmediatamente lo interpretó como lo que era, el sentía algo

por Matilde que no supo ocultar. Como no tenían la confianza suficiente no dijo nada pero sintió todas las ganas de azotarlo contra la mesa sin piedad. Ese día puntualmente estaba siendo uno de los peores, como hace mucho tiempo no tenía uno.

Sebastián quedó suspendido en sus propios pensamientos, mientras Agustín tragaba un nuevo café sin importarle cuan caliente estaba.

—Okey suficiente, vamos a producir.

—Si claro a eso vinimos ¿no?—Le respondió Agustín superado por las circunstancias.

—Catalina, ven un poco por favor— Se oyó la voz de Matilde al otro lado de la línea.

—Voy enseguida— Respondió la chica, y colgó, antes de partir a su oficina sacó de su cajón dos sobrecitos negro con verde, eran chocolate con menta, sabía que eran los favoritos de su jefa y caminó dirección al infierno.

—Aquí estoy Mati, qué necesitas. —Se acercó sin decirle más y le dejó los chocolates sobre el escritorio guiñándole un ojo.

—Ay, Catita perdóname por favor, me excedí no sé qué me pasó, pero este día me superó.

—Tranquila Mati, comete un chocolatito ya verás cómo todo pasa.

—Ojala fuera tan sencillo. —Dijo suspirando y quitándole el envoltorio al delicioso chocolate. Se sentó y recostándose en el respaldo negro de cuero cerró los ojos mientras el chocolate se derretía tibio en su boca.

—¡Mmmm que cochinada más rica!—Musitó.

Catalina sonrió complacida, y un poco más tranquila, era increíble como Matilde podía cambiar los estados de ánimo de un segundo a otro.

—Cata necesito de tu ayuda, entrégale todo esto a Karina, ella sabrá que hacer, la llame pero no he podido ubicarla, de todas formas le envié un correo electrónico con las instrucciones, la volveré a llamar más tarde. Pero en cuanto llegue que se ponga en ello por favor, estoy mega atrasada con esta publicidad y la verdad, ahora mismo no tengo cabeza para sacar algo bueno,

hazle saber que dejo mi reputación de Diseñadora en sus manos, que no la cague.

Se tomó el cabello en una coleta alta, recogió todas las cosas de su escritorio tirándolas dentro de su monstruoso bolso y caminó hacia la puerta.

—¿Pero Mati, que digo si me preguntan por ti?

—Si el que pregunta es Sebastián le dices que me fui a buscar inspiración, y para todos los demás que me morí.

—¡Ay, Matilde no digas eso ni de broma!

—Estaré pendiente al celular Cata, por si necesitas algo. Gracias por todo.

—De nada, para eso me pagan.

—Por lo que te agradezco ahora no te pagan, Te quiero linda, eres un sol.
—Dicho eso, cerró la puerta dejando a una Catalina muy sorprendida.

—¡Matilde!— Le gritó Catalina, alcanzándola justo en el ascensor.

—¿Qué pasa?

—Me olvidaba, ha estado llamando Daniela para saber cómo va el tema de la publicidad para los nuevos cafés.

—Dile que está todo okey, la próxima semana es la fecha límite de entrega, y es cuando estará en sus manos todo el material. Como consejo Cata, entiéndete con Paula o Evelyn, con el asunto de su embarazo está un poco ansiosa.

—Okey, la llamaré para que esté tranquila.

—Gracias Linda.

—De nada Mati, cuídate mucho.

—Lo haré.

Un poco más tranquila y con la mente en frío, logró llegar a su departamento, tomo una ducha de agua helada, se vistió con ropa de deporte y cambiando su bolso de trabajo por el de deporte se encaminó decidida a

descargar todo en el gimnasio. Lo necesitaba más que al aire, golpear cualquier cosa, lo que fuera la haría descansar un poco de toda la mierda retenida, esto se estaba convirtiendo de apoco en un auto-boicot, sentirse así, era como si hubiese retrocedido años, no estaba controlando sus sentimientos y todo se debía a estar tan cerca de Agustín... Agustín tantos años prohibiéndose pronunciar ese nombre y en tan solo un día lo había pensado más de mil veces seguidas. Le hacía pésimo, de esto estaba completamente segura, pero su mente renegaba de su actitud, le mostraba un hombre nuevo, físicamente malditamente hecho a mano, tenía un culo cincelado el muy maldito y esos labios ¡Dios! Esos labios que tantas veces probó, hoy no los reconocía, pero la invitaban, la incitaban cada vez que los miraba, la invitaba a probar la experiencia que habían adquirido durante el tiempo que no los vio, que no tocó ni los besó... Ahí también estaban esas manos maravillosas, su piel canela, ese tono no lo perdería aunque se fuera exiliado a la misma Antártida, y luego esos ojos, los mismos que tanto amó estaban de regreso, cautivantes, envolventes, ese color miel líquida, dulce cálida y pegajosa, aunque cuando la miraban lo hacían con un toque amargo, pero sin embargo en sus instintos más primitivos aceptaría probar un poco de esa miel vertida en sus labios, en su piel... Solo un poco no le haría daño a nadie... Solo a ella. Se sintió traicionada por su propio cuerpo, por su propia mente y sus putos sentidos, no pudo evitar imaginar sus cuerpos entrelazados goteando miel por doquier... entregados al placer, al más culpable de todos, reconociéndose descubriendo sus maduros cuerpos expertos.

—¡Qué te pasa, imbécil!—Se gritó a sí misma, mirando el reflejo que le entregaba el espejo de su baño, su pecho subía y bajaba al son de una carrera de caballos. Se le pasó por la mente llamar a Sebastián para bajar un poco su ansiedad, pero luego desechó la idea. Seguro la mandaba a la mierda después de lo que había ocurrido en el restorán.

—«Mucho tiempo sin sexo, eso es, ya me está pasando la cuenta.»—Se auto convenció.

Abrió el closet de su baño buscando las vitaminas cuando encontró su juguete favorito un indefenso y rosadito anillo vibrador... lo observó indecisa y lo tomó en su mano...

—«¿y por qué no? »—Pensó— Su cuerpo reaccionó de inmediato frente

a ese tan pequeño objeto.

No le tomó demasiado tiempo para que su autosatisfacción la llevara al cielo, uno vacío pero que de momento le permitía relajar las partes más cálidas y húmedas de su cuerpo, luego de eso, los golpes que daría en el gimnasio terminarían por sacar toda la mierda. Al menos eso esperaba. Cuatro horas en el gimnasio la ayudaron a no pensar demasiado y a sacar todo lo que su pequeño pero intenso orgasmo no pudo, rindiéndose a Morfeo en un profundo y descansado sueño.

CAPÍTULO 5 – DESCANSO

Tomó su bolso blanco gigante que pesaba una tonelada, llevaba todo lo necesario para pasar unos días fuera de Santiago y dejar tanta mierda atrás... De momento. Habían pasado tres semanas horribles, con un Sebastián extrañamente hostigoso y un Agustín que no conocía en lo absoluto, intransigente, egocéntrico, petulante, arrogante, con un carácter del demonio pero sobretodo uno que la evitaba e ignoraba.

Era lo que ella había planeado hacer con él, aquel día que habían hablado reconociendo el pasado que hubo entre ellos, todo sería absolutamente laboral, y él lo estaba cumpliendo al pie de la letra, solo le dirigía la palabra para rebatirle cualquier cosa que no le pareciera respecto a los bosquejos, pero jamás para decirle cuando algo le parecía bien o brillante no, como todos en la agencia, estaba acostumbrada a que sus colegas la elogiaran por sus originales y creativas ideas, en cambio Agustín se reservaba todo tipo de comentario, a lo más asentía con la cabeza en signo de aprobación. A pesar que Matilde se empeñaba en pensar y convencerse a sí misma que la última opinión que le importaba era precisamente la de Agustín le hervía la sangre. En cambio él, solo le estaba dando en el gusto, aunque a veces la terquedad de Matilde lo llevaba al extremo, cambiando su temperamento y poniendo a prueba su paciencia, no podía negar que Matilde era brillante en lo que hacía, y claro jamás le revelaría la admiración y orgullo que sus ojos reflejaban.

Estaban cansados, habían sido intensas tres semanas en donde las discusiones habían ido de mal en peor entre ellos, eso no era una oficina, más bien parecía un campo de batalla, incluso Agustín había pensado en renunciar, pero aquello hubiese sido darle en el gusto a Matilde y quedar pésimo con Sebastián, provocando un daño colateral tremendo en su carrera, Sebastián y *Crearte Desing*, eran un gran plus en su currículo, por lo que desistió en cuanto la idea cruzó por su mente. Luego de haber presentado la publicidad al grupo directivo de la firma de Pierattini y cumpliendo así todas las expectativas de estos. Fue algo más que un respiro, un descanso y una bendición, ya que hubo una tregua de al menos cuatro días en la Agencia, en

donde Sebastián y Catalina se habían acostumbrado a los gritos y peleas de los dos grandes creativos.

Matilde conectó su *Iphone* al equipo de música de su *Jeep Renegade* Negro, tomó su melena oscura entre sus manos y la dejó colgando en una coleta alta dejando al aire libre su estilizado cuello en donde se podía apreciar el pequeño mantra tatuado en medio. Las dulces pero enérgicas notas de “*I Just a Girl*” de *No Doubt*, comenzaron a levantar la comisura de sus labios en una tímida sonrisa, algo que no hacía desde hacía exactamente tres semanas, puso el vehículo en marcha y aceleró saliendo así del estacionamiento subterráneo de su edificio directo al paraíso, se lo merecía después de tanto trabajo y desgaste, a pesar que Sebastián no estuvo de acuerdo, le concedió siete días de vacaciones.

—¡Región de Atacama, allá voy!—Se dijo, mirándose en el espejo retrovisor a la vez que se aplicaba un brillo labial, se aventuró y sonrió por completo ante su reflejo, se vio radiante y convencida que lejos de la selva de cemento, mejoraría su ánimo.

—Nada mejor que mucho sol, para después de una horrible tormenta— reflexionó. Sabía que debía volver a ver esos ojos de tigre más temprano que tarde, pero este viaje la ayudaría a renovarse, de eso estaba segura.

—¡Y nos vamos a la mierda! Canturreó al ritmo de la canción, despidiéndose por la ventana del conserje, el hombre que la conocía movió la cabeza hacia ambos lados sonriendo, y le hizo un gesto con su mano despidiéndose también. Ella subió el volumen y aceleró sin mirar atrás, tenía por delante unas doce horas al volante si no se ponía en marcha ya no llegaría en el tiempo estipulado. Consiguió la misma cabaña que había rentado hace dos años atrás con Carol. El refugio era hermoso, cómodo y práctico en Playa Virgen Región de Atacama. Allí esperaba despejarse, pero sobretodo borrar de su mente esos ojos que la estaban llevando al borde de la locura, ya casi no dormía por las noches o simplemente despertaba exaltada.

Al menos en sus sueños esos ojos no la ignoraban sino todo lo contrario. Solo esperaba recuperar su ritmo de vida, había días en que se sentía tambalear, pero no renunciaría a su vida no por un estúpido, irritante, sensual y maravilloso hombre.

Laboralmente el tipo había resultado ser un maestro, y en su inconsciente lo sabía, lo odiaba por ello, también odiaba encontrarle la razón en ocasiones, odiaba que le gustara la misma música que a ella para concentrarse en la oficina, pero lo odió un día al final de proyecto, cuando estuvo todo listo para la presentación, se acercó a ella lento pero seguro, cosa que le quitó el aire de los pulmones.

—Matilde, espera déjame felicitarte, jamás dudé en tu excelencia, siempre supe que serías una gran profesional, este trabajo que has hecho lo confirma. Es asombroso. —le dijo, poniendo una tregua entre ambos al menos por un par de segundos.

Matilde casi se desmayó por la falta de aire, y le envió una orden a su cerebro, para que este a su vez, le dijera a sistema respiratorio que volviera a funcionar.

—Gracias, pero hay todo un equipo detrás nuestro, no todos los méritos son exclusivamente míos.

—Tienes razón, pero jamás hablo por hablar, he visto con mis propios ojos lo que has hecho.

—Gracias, tú también tienes mucho talento, lo has demostrado.

Fue todo lo que pudo articular antes de salir de la oficina directamente a encerrarse a la pequeña salita que usaban para compartir un café, allí se encontraba Catalina, quien la notó extraña pero no dijo nada, esa fue la primera vez que se hablaron sin sacarse los ojos. Al contrario, tuvo que huir ya que las ganas de colgarse de su cuello y saborear sus labios le harían estallar el pecho y el miedo de que él lo sospechara la hizo arrancar como un gato. Mientras conducía oyendo una *playlist* que preparó la noche anterior inconscientemente recordó un par de días anteriores, cuando ambos preparaban la presentación de *Pierattini* que sería a primera hora del siguiente día, era tarde y ya estaban exhaustos, ella intentaba descolgar la pantalla en donde se proyectaría la reunión, según ella estaba mal instalada, como siempre Agustín la ignoraba, se encontraba en el escritorio afinando los últimos detalles en su agenda y esperando que Matilde terminara para irse, tampoco la dejaría sola cerrar la agencia, por lo que inventaba trabajo extra.

De pronto un grito lo alarmó, la silla en donde se encontraba encaramada cedió y Matilde perdió el equilibrio, como todo un superhéroe la alcanzó tomándola por la cintura, pero como no estaba preparado para recibirla se desestabilizó lo que hizo que ambos cayeran. Agustín apoyó su espalda sobre el escritorio pero Matilde, cayó sobre él, sus manos recorrieron su cuello sin pensarlo y sus bocas a solo milímetros de distancia se atraían como imanes, se quemarían si no actuaban era cosa de segundos para que la combustión se dejara caer, sus miradas eran fuego desbordante, por un minuto olvidaron la lucha continua de ser indiferentes y se vieron el alma a través de los ojos, sus respiraciones eran caballos cabalgando hacia el mismo campo, sus cuerpos se reconocieron y Matilde lo supo cuando sintió entre sus piernas la reacción de Agustín...

El momento le nubló la razón, entre abrió su boca para aspirar el aliento de Agustín y llevarlo a sus pulmones para darle vida, esa vida que había anhelado, y lo recordó...Seguía siendo intenso, su pecho casi estalló en mil pedazos cuando una mano de Agustín retiró un mechón de su cabello que colgaba haciéndole cosquillas en los ojos, lo acomodó detrás de su oreja, y de manera imperceptible sus nudillos rozaron su mejilla izquierda, sin querer los deslizó hasta el cuello, no supo cómo simplemente sus manos actuaron por iniciativa propia.

Ella creyó morir, olvidó que respirar era vital... su boca se secó en cuestión de segundos de pronto cuando vio que Agustín mordía su labio interior quiso congelarse, era un acto de excitación que ella recordó al verlo, se hundió en los ojos de Agustín, nadaría en esa espesa miel y la saborearía, se empaparía de ella si no reaccionaba a tiempo. Por Dios Santo que lo haría. De pronto el celular de Agustín mostro en primera plana, el sonriente rostro de una mujer rubia, hermosa «Paola Llamando» Eso fue el dedo que reventó la burbuja frente a sus ojos.

Se levantó de un salto y pidió perdón como pudo tropezando con todo a su paso, tomo su bolso y salió prácticamente corriendo, dejó todo desordenado a pesar que al día siguiente debía estar todo impecable. Agustín suspiro con desesperación, no hizo nada para retenerla al contrario, la habría cagado diciéndole: *«que para la próxima se fijara si quería caer al suelo o sobre él»*, inmediatamente se arrepintió, sabía de ante manos que si la tocaba iniciaría la

tercera guerra mundial, sostuvo su celular mirando en él, el rostro de Paola, por lo que lo lanzó con brutalidad contra la puerta por donde Matilde había salido, este a su vez se dividió en cuatro partes, las cuales quedaron esparcidas por el suelo de la sala. Fue por un café y se paseó por todas las salas de la agencia, salió dos horas después cuando hubo dejado todo preparado y ordenado, aunque su desconcierto lo molestaba, no podía creer que Matilde aún fuera capaz de descontrolar su cuerpo de esa manera, aunque ahora lo era mucho más, saberla lejos de su alcance y que nada podía hacer para cambiarlo lo encabronaba como nada en la vida.

Matilde detuvo el vehículo en un servicentro, no lo podía creer, llevaba casi cinco horas conduciendo rumbo al norte y en lo único que hacía era pensar en el innombrable.

«¡Qué mierda Matilde! Para, por un segundo para» —Se regañó a sí misma encarándose en el espejo retrovisor, cargó el *Jeep* con combustible para el resto del viaje. Compró un refresco, entró al servicio y metió su cabeza bajo la llave de agua fría. Para ver si así sus pensamientos se congelaban, al menos por esos días. Al salir de pronto se fijó en que los bomberos de la estación la miraban embelesados y claro, llevaba su blusa sin mangas fucsia mojada dando un lindo espectáculo, se observó el pecho y quiso enterrarse viva, pero luego recordó que estaba de vacaciones y haría de sus días los mejores. Levantó la vista y con una mirada pícaro, se quitó la blusa, quedando solo con el sostén lila copa c, que le hacía un maravilloso efecto *push-up*.

—Esto hay que secarlo. —Dijo, levantando la blusa, solo quedando con su short blanco y provocando que los muchachos comenzaran a aplaudir silbándole y regalándole un montón de piropos. Salió de ahí con unas cuantas carcajadas por su osadía, «si tan solo la viera su madre» —Pensó— y siguió su camino.

Había retomado el viaje cuando el *ringtone* de *Gayatri Mantra*, interrumpió la canción *Misery* de *Maroon five*, se carcajeó de buena gana antes de contestar, le provocaba una gracia tener aquel *ringtone* para cuando su amigo la llamaba.

—¡Anthony Querido!—Le saludó con entusiasmo.

—Así me gusta oírte mi gata bella, dime ¿Dónde estás? ¿Qué tal va todo? Hace un rato largo que no sé nada de ti.

—Adivina, me voy directo al paraíso querido, arrancando un rato de la mierda que es Santiago, tú sabes, cuando colapso huyo.

—Uf, no lo sabré yo... ¿y cuál es el destino y quién es la razón?

—El destino Playa Virgen, la razón no tengo, solo volver a respirar.

—Si claro... Como tú digas, no te conoceré yo. Para que huyas algo debe haber... Conéctate con tu interior mi Mati bella, descansa y medita, quiérete mucho, ya del resto se encargara el cosmos.

—Lo haré, lo prometo, ahora te dejo que voy conduciendo.

—Ok, me lo hubieses dicho antes *Namasté* bonita mía.

—*Namasté* amigo, te quiero un millón.

—Lo sé mi gata, un beso.

—*Bye.*

A medida que se alejaba de la selva de cemento, su semblante se relajaba, sus hombros se sentían mucho más livianos y al fin su mente comenzaba a descansar, dejando de pensar en Agustín, y en el dolor que le provocaba revivir aquellos días sin él, tan solo quería llegar y dormir, dormir tanto como pudiera, tomar el sol, cubrirse de esa arena blanca y sumergirse en las turquesas aguas de esa hermosa y despoblada playa en esta época del año.

Después de casi diez horas de viaje llegó... Ni siquiera se preocupó de estacionar bien su vehículo, tampoco de bajar el bolso y menos de entrar en la cabaña y acomodar su cosas, lo primero que hizo fue sacarse las zapatillas, tirar la blusa que llevaba puesta y correr hasta llegar a la orilla de la playa, sentir bajo sus pies la blanca arena y el agua del mar mojarlos, era la gloria... Allí estaba la Matilde que Josefa añoraba, allí estaba su niña interior sin la careta de la diseñadora súper cotizada, ni de la chica *tipo grinch*, ni la novia *de chuky* como le decían, solo era Matilde, amante de la naturaleza, y el yoga, la que adoraba meditar a las 6 a.m...Era ella, y estaba feliz.

Después de casi media hora en la que se mojó los pies se sentó en la arena y

espero que el sol se perdiera mar adentro, volvió al vehículo y se instaló en la cabaña. Esa noche habló con su madre, quien, se encontraba desbordante al oírla tan contenta, le contó detalles del lugar, incluso de la textura de la arena, Josefa se conformaba con oírla así, no era necesario verla para saber que sonreía tras la línea, esa que estaba ahí era su hija, no la de días atrás... solo esperaba que esa felicidad permaneciera con ella unos cuantos días, la inestabilidad emocional de su hija la hacía sufrir mucho. Al colgar y desearle las buenas noches, elevó una plegaria en silencio para que la paz se mantuviera con ella y de una vez por todas estabilizara su corazón.

Llevaba tres días en Playa Virgen, en donde sus principales preocupaciones habían sido dormir, salir a correr alrededor de la playa, meditar al atardecer, nadar y tomar sol, agradecía infinitamente al clima y a la temporada baja, lo cual hacía que la playa estuviese disponible casi solo para ella, por las mañanas después de correr bajaba a la playa a leer historias de suspenso y paranormales, eran las que más le gustaban, se había llevado una saga completa. Pasado el medio día le dio apetito por lo que se apresuró a llegar a la cabaña, esa tarde tenía planeado salir a visitar los alrededores, iría por un restorán o algo rico, ya no quería comer solo lechuga, al llegar, encendió su *Iphone*, para usar el GPS y se percató que tenía más de diez llamadas perdidas de Sebastián otras tantas de Catalina, pero lo que le hizo dar vuelta su pequeño mundo eran las dos llamadas perdidas de Agustín, sabía que era él, porque había registrado su número. Para que él también la hubiese llamado, el tema debía ser serio, muy serio.

No quiso amargarse la existencia antes de tiempo por lo que se dirigió a la ducha, luego se vistió con un short de mezclilla y una polera sin mangas negra en donde la lengua roja de los *Rolling Stones* brillaba ante el espejo.

En la Agencia de publicidad *Crearte Desing* Sebastián Grossi, gritaba más de lo que lo habían hecho Matilde y Agustín durante tres semanas seguidas. Por la mañana lo había llamado el representante de la firma *Pierattinni* para indicarle que cancelarían el contrato, debido a que la gigantografía instalada en el sector oriente de Santiago, no era la que habían acordado, de eso se había hecho cargo Matilde, y no era posible contactarla.

—¡Dónde mierda se metió esta pendeja!—Gritaba Sebastián desde su oficina, Catalina, Karina, inclusive Agustín habían intentado comunicarse

con ella, solo sabían que había salido fuera de Santiago pero a nadie dijo dónde.

Catalina en su desesperación llamó a su madre para preguntarle donde estaba, Josefa al percatarse de que era un problema más o menos grave, no quiso dar el paradero de su hija, haberla oído el día anterior tan contenta no quiso que esa sensación le durará tan poco. José Antonio tampoco lo hizo, por lo que solo quedaba esperar a que ella se comunicara, mientras Sebastián y Agustín intentaban revertir la situación, pero el viejo Fabrizzio quería hablar con Matilde, aprovecharía esta oportunidad para volver a intentar filtrar con ella, ahora bajo esta medida de presión.

Matilde subió al *Jeep* y mirando la bahía color turquesa pensó a quien devolverle la llamada, era extraño que todos quisieran comunicarse con ella, incluso tenía llamadas perdidas de Pepa su prima y fue cuando se asustó. Tomó el teléfono entre las manos y con los nervios se le cayó rodando por debajo de su asiento, cuando lo volvió a tomar se estaba marcando a la última llamada perdida... la de Agustín. Cerró los ojos y suspiró frustrada, ya no podía colgar o quedaría como una idiota.

—Mati...Dios mío al fin apareces. —Oyó su voz y fue como una ráfaga en su pecho.

—Sí, hola tengo varias llamadas perdidas, ¿pasó algo?

—Si pasó mucho, el viejo *Pierattini* quiere cancelar el contrato, dice que la gigantografía no fue como acordó contigo, Sebastián está hecho un energúmeno.

—¿Cómo que quiere cancelar? ¡Ese viejo es un idiota!

—No lo sé, pero amenazó que si no te comunicabas con él, mañana mismo cancelará el contrato con la Agencia y dará orden de no pago a los cheques.

—Viejo asqueroso, no se da por vencido. —Pensó en voz alta Matilde, lo que Agustín no le pasó desapercibido.

—¿En que no se da por vencido? —Preguntó.

—En nada que te importe... —vomitó de pronto—, el rodó los ojos

pensando en que ya estaba de vuelta ese pequeño pero intenso demonio.

De pronto Matilde no supo que decir, porque pedir disculpas no lo haría, «antes muerta» se dijo, y Agustín por el otro lado de la línea tampoco encontró las palabras adecuadas.

—Cariño... ¿y este modelo te gusta? —Paola le mostraba a Agustín un conjunto de lencería color perla precioso que había adquirido el día anterior, su voz fue melosa y le guiñó un ojo.

La voz de una mujer tras la línea junto a Agustín erizo todos los pelos de la piel de Matilde, sintió unas ganas incontrolables de meter su mano por el micrófono del *Iphone* y mechonear a esa rubia platinada, por lo demás tenía una voz chillona horrible, le dio la misma sensación que pasar las uñas por un pizarrón.

Agustín cerró los ojos con fuerza y empuño su mano llevándosela a la frente, sabía que Paola lo había hecho a propósito, habían pasado la noche juntos ante la insistencia de la chica y la necesidad de él... No era de salir a buscar mujeres por ahí, por lo que mejor era diablo conocido que por conocer.

—Bueno, gracias por la información me contactaré con Sebastián, sigue disfrutando de tu compañía. —No espero a que él respondiera, cuando ya había cortado la llamada. Golpeó su frente contra el volante de su vehículo.

—No puedo ser tan idiota, realmente no puedo. —Se dijo en voz alta mientras movía su cabeza de un lado a otro en señal de negación. —¡Qué me importa a mí con quien se revuelque Miller! ¡Qué te importa Matilde por la mierda!

Tomó todo el aire que pudo y recordó las palabras del viejo Fabrizzio en la segunda reunión en donde puntualizó que solo cerraría el contrato si ella accedía a cenar con él.

«Viejo asqueroso, no me voy a revolcar contigo, antes prefiero renunciar a la agencia».

Tomó el celular y marcó decidida a Sebastián para saber qué planes tenía para resolver el problema, esperó dos tonos y colgó, lo más probable es que estuviese volviéndose loco, ese vegetal traía de las cuerdas a *Crearte Desing*,

y Sebastián era su mayor marioneta. No pasó un minuto y su teléfono vibró con una llamada entrante.

—Sebastián...

—Matilde por la mierda... Cómo se te ocurre desaparecer así, estoy a punto del colapso, el viejo de mierda nos quiere cagar.

—Tranquilízate Sebastián por favor, yo hablaré con él, no sé en que no hemos cumplido, se hizo todo tal y cual lo pidió, tengo los respaldos de los mails en donde se le envió toda la información de cómo quedaría la gigantografía y el dio el okey para todo, no se puede echar pie atrás, mucho menos decir que no se ha cumplido con lo que el exigió.

—Ese viejo lo único que quiere es encamarse contigo.

—Y no le daré en el gusto Sebastián, menos por dejar bien a tu agencia, ¡yo no soy una puta!

—Yo no te he dicho eso Matilde, qué te pasa.

—Pero lo pensaste, no sé qué te pasa a ti, los últimos días has sido un plomo.

—Bueno no sé cómo lo harás ni me interesa, pero resuelve el problema o de lo contrario...

—¡O de lo contrario qué! ¿Me vas a despedir? Pues hazlo y verás quien soy realmente, sabes cómo hago mi trabajo y me duele que lo pongas en duda por unos cuantos millones, eres un maldito ambicioso.

Antes que tuviera respuesta de él sencillamente le cortó, ya su día y sus vacaciones se habían convertido en una mierda.

—Maldito viejo asqueroso. —suspiró y puso el vehículo en marcha, condujo sin rumbo fijo... ni siquiera se detuvo a comer.

Cuando hubo vuelto a la cabaña, tomo su portátil y juntó todas las pruebas en donde indicaban que el viejo cerdo ese había dado el okey a todas y cada una de las modificaciones de la gran publicidad, realizó un informe y guardó todo en una carpeta para cuando llegase a Santiago se reuniría con él para enrostrárselo.

A su vez, redactó un mail indicando toda la situación y se lo envió a *Fabrizio Pierattini* con copia a Sebastián. El viejo sabía que no podría cancelar nada, más todo lo que tenía ella como respaldo no tendría como, el único muerto de miedo era Sebastián por no poder cobrar el millonario cheque. Al final de todo este entuerto lo único que realmente quería era tener a Matilde en su cama. Al menos el otro cliente que la acosaba *Ángelo Vittorio*, no había llegado tan lejos, tan solo unas invitaciones a cenar y unas fétidas flores no habían hecho pender de un hilo a la compañía. Salió al balcón de la cabaña, a tomar aire tenía un cigarrillo de marihuana en su mano y sonrió al pensar en su amiga Carol, se lo había dejado antes de hacer su viaje al oriente, la extrañaba sí que la extrañaba.

A esa misma hora en otro balcón pero de Santiago, se encontraba Agustín con un vaso de *whisky* en la mano, las notas suaves y dulces de la canción *Let her go de Passenger*. Hacían mella en su conciencia, y la letra peor aún.

«Que pudo haber pasado con Matilde todo este tiempo». Se preguntaba aparte del engaño para que lo odiara tanto, la conocía bien, al menos a la de hace diez años y cada vez que la observaba veía el dolor en sus ojos, era algo intenso, con mezcla de odio, estaba seguro su instinto se lo gritaba... Allí en el fondo de su corazón había algo más, algo que él podía ver pero no descifrar. Había decidido dejar de ver a Paola, aunque su cuerpo se lo exigiera, no la quería seguir cagando, aunque no tenía nada con Matilde y absolutamente ninguna posibilidad con ella, se sentía traicionando sus propias convicciones. Se bebió el contenido del vaso de un golpe, y siguió oyendo la canción.

CAPÍTULO 6— JAQUE MATE

Los rayos del sol entraban por el ventanal que daba a la terraza de la cabaña, Matilde al sentir el tibio calor apenas abrió los ojos con dificultad por la luz, a pesar que estaba en su cuarto día de descanso, despertaba temprano para aprovechar al máximo las horas del día, se sentó en la orilla de la cama y estiró su cuerpo, se levantó y se puso de puntillas, levantó sus brazos lo más que pudo y haciendo la típica posición de yoga «Saludo al Sol» estiró su cuerpo por completo, era una costumbre que nunca pudo dejar de hacer, se volvió hacia sus pies alcanzándolos con sus manos y expiró todo el aire de sus pulmones. Una vez se encontró completamente vivía sonrió, tomó de la cocina una botella de agua y se vistió para su trote matutino. Tomó su *Iphone* de la mesita de noche para conectarlo a los audífonos, y vio el icono que indicaba tenía un mail, lo peor no era que tuviese uno más porque habían miles, el punto era que se lo había enviado *Pierattini*. El cual decía lo siguiente: «*Necesito verte para solucionar el tema, pasa que no es tan sencillo como tú lo inventas*»

—Ah no. ¿Qué se cree este vejete de mierda?—Todo rasgo de felicidad que hubo en su rostro hasta hacía tan solo un minuto, había desaparecido y sin siquiera pensarlo marco su número de teléfono, el cual aún no terminó el primer tono cuando él contestó.

—Querida Matilde, sabía que terminarías llamándome, ¡eres tan predecible y temperamental! —se oyó al otro lado de la línea, con ese tono burlón que la hizo enfurecer aún más.

—Que quiere Fabrizzio, pensé haberle aclarado todo vía mail. —«Respira, respira», se repetía como un mantra para no dejarse llevar por su impulsividad y ser grosera con él, ya que eso no le costaría nada.

—Sí, puede ser, quizás ante los ojos de tu joven y estúpido jefe, pero yo soy un viejo y sé cómo se tratan a las mujeres como tú, claro si tú te dejaras.

—Usted no tiene idea de cómo tratar a nadie ¿piensa que por tener un

poco de dinero más que el resto de los mortales, le debemos pleitesía? ¿O que puede comprar a todo el mundo? Déjeme decirle que está tremendamente equivocado.

—La equivocada eres tú, primero que todo, no es solo «un poco más de dinero que el resto» como tú dices, sabes que si quisieras la luna tengo suficiente para que sea tuya y me sobra, si tan solo me dejaras... Yo podría darte mucho, pero eres tan terca preciosa, yo solo muevo los dedos y tú podrías...

—¡Yo podría qué! —Le interrumpió Matilde con toda su rabia contenida—. A mí usted no me amenaza, y que sepa no me hace ningún daño que quiera cancelar el contrato con la Agencia, le hará daño a la compañía entera, quedarían muchos sin su sueldo, incluso la pérdida será tremenda por la inversión que se ha realizado en su publicidad, y su marca se desprestigiará. ¿Sabe por qué? Porque yo me haré cargo de eso personalmente, me encargaré de que todas las agencias de publicidad sepan quién es «El famoso *Fabrizzio Pierattinni*» haré que huyan en vez de llegar a acuerdos con usted, les diré que es un pésimo cliente, por lo demás su publicidad se retrasará y ambos sabemos que eso no es lo que usted busca y menos lo que le conviene, le sugiero que deje de pensar con el individuo que tiene entre las piernas y haga las cosas como corresponden. Sin prejuicio de que usted como «*Gran Empresario*», debe saber que no se puede cancelar un contrato así como así, usted no es ningún tonto *Pierattini*, es un tema legal que no creo quiera pasar por alto, menos si además todas las pruebas que tengo lo dejan como único responsable de las modificaciones que se realizaron.

—¿Te revuelcas con Sebastián, verdad?

—¡Ya usted qué mierda le importa con quien yo me encame!

—¿Cuánto te paga, Matilde? Dímelo y lo multiplicaré las veces que me lo pidas. —Le pidió descontrolado, ya no sabía por dónde tomar las cuerdas de la conversación, definitivamente se le había ido de las manos.

—Es usted un enfermo mental, ni por todo el oro del mundo me metería en su asquerosa cama, ni dejaría que pusiera uno de sus dedos sobre mí, y le digo desde ya que renuncio a su cuenta, desde este momento la cabeza a

cargo será Agustín Miller. Diríjase con él para lo que necesite.

—Eso no lo consentiré. —Gritó eufórico—.

—No le estoy pidiendo autorización *Fabrizzio*, se lo estoy informando, y no se le ocurra hacer nada que pueda perjudicar a la agencia ni a mi persona, porque esta conversación la he grabado y no dudaré ni un solo segundo en usarla en su contra, sé lo influyente que es *Pierattini* y no creo que a su círculo le guste oír todo lo ha me ha dicho y propuesto...Mucho menos a su mujer.

—¡Pendeja de mierda! —El hombre al otro lado de la línea rompía en su manos un lápiz en mil pedazos al sentirse acorralado por Matilde, acostumbrado a mover los hilos de quién fuera, por unos cuantos billetes, pensó que sería peligroso seguir hostigándola, aunque en sus sueños y fantasías Matilde seguiría siendo su sumisa y el su amo, de momento la dejaría en paz.

—Jaque Mate *Fabrizzio*. Hasta luego. —Colgó.

Matilde aspiró todo el oxígeno que pudo, para que así llegara a su cerebro, alejando de ella todo el mal rato, tomo los audífonos y los conectó al celular, se los puso y dio al *play* del reproductor, sonrió en cuanto oyó la energética melodía de *Uprising de Muse*. Dio el tema por terminado y se sintió triunfadora, de seguro con esa amenaza el vegete no molestaría más, por lo que podría seguir disfrutando de sus merecidos días de descanso «*We Will Victorious*»— cantó pensando en ella y en su amada agencia, mientras salía al trote.

Aún cuando Matilde había descansado lo suficiente durante estos días, solo pensar en que ya era hora de volver le hacía sentir un cansancio terrible, pero en su interior no podía negar que deseaba verlo... aunque fuera para discutir, él sin querer se estaba convirtiendo en un mal necesario, pero ella como siempre, ignoraba sus sentimientos a tal punto de bloquearlos. Así lo había hecho los últimos días, pasando ratos con Sebastián bajo sábanas de seda y un sexo insaciable, pero sin una pizca de sentimientos. Y sí, debía admitirlo ya le estaba resultando algo tedioso, si bien jamás se conectaba con sus sentimientos para una noche apasionada con él, lo que la estaba enfureciendo era no poder conectarse con su propio cuerpo. Sin bien las horas de sexo con

Sebastián la satisfacían, cada vez se sentía peor: vacía, demasiado superficial por lo que la decisión estaba tomada. No se volvería a involucrar con él, le resultaba difícil no pensar en Agustín cada vez que estaba con Sebastián y eso la estaba enloqueciendo.

El camino de regreso a Santiago lo acompañaba con *Best Of You* de *FooFighters*, el cual fue interrumpido por las las notas agudas del tango que asomaba la canción de *Romeo Santos*, *Propuesta Indecente*, las carcajadas de Matilde rompieron la tranquilidad del *renegade*. Era el *Ringtone* que tenía designado a su loca amiga.

—¡Hola... me llaman Romeo! Jajajajaj —Dijo, en tono de burla.

—¡Ay, Dios bendito hija, que aún no me cambia el *ringtone*!

—¡Cómo te lo voy a cambiar mi amor! ¿Cuándo llegaste amiga? ¿Dónde estás?

—En el aeropuerto acabo de llegar, estoy adobá, Santiago cada vez está peor, ¿usted donde esta?

—Casi llegando a Valparaíso, vengo de Playa Virgen, me tomé unos días en la Agencia.

—¡Bendito! Bueno, pero que buen relajó se dió cariño, ¿qué está pasando? Usted no es de esas que arranca así porque sí.

Carol Garrastegui, una boricua despampanante que cada vez que salían las dos, los hombres no eran capaz de cerrar la boca, Carol era Asistente de Vuelo en la línea Aérea *Lan Chile*, por lo que casi no pasaba en tierra, ahora mismo regresaba de Puerto Rico, en donde había tenido unos días para ver a su familia.

—¡Ay, amiga! Tengo tanto que contarte.

—Bendito, amiga, que me huele a *rebolú*, ¿cuándo se vuelve? — Preguntó intrigada.

—Algo así Carol, yo creo que mañana estoy por el departamento, quiero visitar a mi mamá.

—Ta bueno, entonces mañana mismo estoy en su departamento. Tengo

unas ganas de ir al « *Habana Vieja* » .

—Amiga eso solo lo hago por ti.

—*By the way*, no puede negar que se lo pasa chévere.

—*Okey, okey* Carol, te dejo que voy conduciendo.

—Matilde, supongo que no se me enfusó ¿o sí?

—Ya mañana te digo, te mando un beso, mi Boricua bella.

—Si claro, nos vemos mi Chilena, te quiero mi amol.

—Yo a ti, nena.

Matilde y Carol se conocieron en la agencia, Carol estuvo trabajando en promociones como modelo y desde ese entonces han sido inseparables, a pesar de ser muy distintas una de la otra. Carol era fresca, siempre con una sonrisa o una que otra palabra graciosa para hacer sonreír a su amiga, casi no se veían por el trabajo demandante de Carol, pero cuando estaba en Santiago, le encantaba llevar a Matilde a su *salsoteca* favorita a pasar el rato, y a pesar que Matilde odiaba bailar, aprendió bastante y lo hacía de maravilla. Carol es una profesional, amaba ir al “Habana Vieja” allí se sentía en su tierra, además de ver a su profesor de bachata, Joaquín Rivera, un Boricua, al que amaba en silencio. Un silencio que todos oían cuando se miraban, cuando bailan y cuando sonreían.

En las notas de la música boricua Carol olvidaba su dolor, aquel que la trajo a Chile, aquel que carga mudo e invisible ante los demás, pero a fuego en sus recuerdos y su piel. Algo que su amiga sabe, pero que no hablaban, sentirse cerca de su tierra la llenaba de energía pero que también la hacía revivir su pasado, aquel que tanto añoraba, pero que de apoco estaba dejando atrás como lo que era, solo un buen recuerdo.

Matilde había recobrado el buen humor al oír a su amiga al otro lado de la línea, Carol la llenaba de energía pura, era una mujer realmente vivaz. Siguió su camino sonriente y cambió de pista para entrar al camino internacional y dirigirse camino a la casa de su madre. Al llegar la recibió Marcela su hermana con su novio *punk*, seguía siendo tal cual, como hermana menor... un caso.

—¿Y tú? Hay mucho viento fuera parece. —Dijo Marcela, a modo de recibimiento.

—Yo también me alegro de verte Marcela, ¿Mamá dónde está?

—¿Dónde va a estar?, trabajando como siempre.

—Bueno gracias por alegrarte tanto de verme, voy a dar una vuelta a viña y regreso más tarde, voy a dejar algunas cosas en mi habitación.

—¿Tu habitación? Jajaja, eres bien patuda Matilde, no vives en esta casa hace más de ocho años y quieres habitación.

—No empecemos, Marcela, y mejor no hablemos de patuda, que no me costaría nada recordarte un par de cosas de las cuales no tienes moral para llamarme así.

—Para eso eres buena, algún día te devolveré todo.

—Ya cállate pendeja, vuelvo más tarde.

Marcela, era una de esas niñas consentidas, de esas que se creen con derecho a hacer y deshacer solo por existir, siempre sintió celos de Matilde y cada vez que Josefa le ponía a su hermana como ejemplo, le hervía la sangre, se ha empeñado en parecer todo lo contrario a lo que es Matilde. Y siempre la ha culpado por la separación de sus padres.

Matilde salió de casa y sonrió, decidió dejar el Jeep estacionado y caminó, se dirigió a casa de Irene, le llevaba unos regalos a su ahijado que había cumplido años esa misma semana, hacía mucho tiempo que no pasaba a saludarlos. Generalmente le enviaba los presentes con Josefa. Caminó por las calles de su infancia relajada, antes de llegar a casa de Irene, Matilde observó el cerro en donde acostumbraba a ejercitarse con Agustín, estaba igual, casi no había cambiado, más que una u otra casa construida a las faldas del cerro, pero en general estaba todo tal cual años atrás, incluso los árboles. Tomó asiento y aspiró todo el aire que pudo, sonrió al recordar a Irene con Felipe tras los arbustos, pero luego bajo la mirada y apretó los puños, ¿Por qué era tan doloroso recordar, si ya había pasado tanto tiempo?, ¿Por qué no había sido capaz de perdonar y seguir adelante, si tan solo eran unos niños? Incluso ahora después de diez años, de tenerlo trabajando codo a codo, el recuerdo

aún le hacía daño. ¿Cómo sanarlo? ¿Cómo olvidarlo?

De pronto unas manos tibias se apoyaron sobre sus hombros, ese aroma... cerró los ojos con fuerza, no quería mirar, no quería abrirlos, le aterraba hacerlo y volver diez años en el tiempo. Pero no puedo alargarlo más, los abrió lentamente, giró su cabeza hacia la izquierda, no había duda, esas uñas perfectamente bien cuidadas, los largos y bien formados dedos, los vellos dorados que asomaban en su muñeca a través del reloj de marca italiana, no hacían más que confirmarle que diez años de su vida, le abofeteaban la cara burlándose de ella.

—Matilde.

—Hola, yo solo... este yo vine porque... —intentó explicarse.

—Tranquila, yo solo pasaba a dejar el regalo de cumpleaños del pequeño Manuel y bueno, no pude evitar venir hasta acá, jamás imagine que te encontraría aquí, perdona por interrumpir, yo... yo mejor me voy.

—No, tranquilo yo también voy al cumpleaños, hacía muchos años que no pasaba por aquí y hoy...bueno simplemente... en fin.

—¿Matilde, alguna vez me dejarás explicarte?

—Han pasado diez años Agustín, ¿de qué serviría?

—Para que me perdones.

—Ya no vale la pena, no eres tema en mi vida, Miller.

Agustín sintió una punzada de dolor en su pecho que casi lo dejó sin aliento, se puso en cuclillas y la observó. «Realmente eres otra persona, no queda nada de la Matilde que conocí». Se dijo a sí mismo.

—Bien, nos vemos en la oficina quizás. Mi novia me espera en el auto, paso a entregar los regalos al pequeño y nos vamos a Horcón por el fin de semana.

Agustín sabía que con ese comentario se estaba enviando al mismísimo infierno y activaría la tercera guerra mundial entre él y Matilde, pero no le rogaría perdón a una persona que aunque tuviese sentimientos por ella, no conocía en lo absoluto. Matilde sintió que la habían dejado caer de un décimo

piso, pero era buena actriz, lo había aprendido en la vida, para no ponerse en evidencia ante la vulnerabilidad.

—Por lo visto te sigue gustando esa playa de hippies.

—No sé de qué hablas, mi memoria acabó cuando decidiste ignorar que me conocías. No tengo porque recordar nada, ¿sabes qué, Matilde? Qué bueno que pasaron los años y no estuve contigo, no me gusta en lo que te convertiste.

—Soy lo que soy gracias a personas como tú, ya puedes irte a la mierda y dejarme en paz.

Agustín se levantó y caminó hacia su vehículo sin mirar atrás. Entró y al encender el motor se encendió la radio tocando *Bed shepard* de *Keane*... sostuvo su cabeza entre sus bellas manos, en el asiento del copiloto solo se encontraba el regalo para el pequeño, tampoco se dirigía a Horcón, estaba como siempre, solo.

Matilde espero media hora para calmar su cuerpo, ya que este temblaba contenido por tanta rabia, necesitaba dar unos buenos golpes al saco de boxeo o se volvería loca. Se levantó y camino hacia la casa de Irene, ésta al abrirla la puerta se quedó de piedra, jamás desde que Matilde se había marchado había vuelto a pisar aquella casa.

—¡Mati. Qué sorpresa!

—Irene, disculpa por venir sin avisar, solo vengo a dejarle este regalo a Manuel, debo regresar.

—Gracias, pero pasa, aunque sea unos minutos.

—No puedo Irene, de verdad en otro momento te prometo que me quedo, dale un beso al gordito.

—Gracias Mati, llámame cuando puedas.

—Sí, claro.

Se marchó directo a la casa de su madre, estuvo con ella descansó todo lo que pudo, en solo una tarde el estrés que había dejado en playa virgen había regresado como un latigazo, le contó a Josefa lo que pasaba con Agustín, no

podía cargar más con esa información, a la vez, su madre le aconsejó que siguiera su corazón, la conocía era su hija, sabía que se estaba desmoronando por no asumir sus sentimientos. Con toda aquella experiencia Matilde regresó a Santiago, a la agencia, a Agustín y a Sebastián.

CAPÍTULO 7 – EL REGRESO

—Ahora usted tome asiento y me cuenta que le pasa. —Musitó Carol su amiga ya instalada en el departamento de Matilde.

—Bueno, la cosa es que.... ¿Recuerdas que hace algún tiempo te conté de Agustín Miller?

—Cómo olvidarlo mi vida, pero bueno... no me digas que tú... ¡Ay, madre mía, que me da algo!—Gesticuló Carol con su particular teatralidad.

—Pero como te va a dar algo Carol si aún no te digo nada.

—Ay, pero ya se tardó mami, ¡desembuche hija!

—Bueno, está trabajando conmigo en la agencia, nos vimos después de diez años, imagínate lo que fue eso, intentó hablar conmigo pero yo hice como que no lo conocía, este fin de semana me lo he vuelto a encontrar en Viña del Mar y cada vez que nos acercamos, si no nos sacamos los ojos es de milagro, pero lo que no soporto es que me pasen cosas Carol, no lo puedo evitar, y ya no sé qué hacer, sé que lo que ocurrió hace diez años atrás no lo he superado, pero siempre pensé que lo odiaba, y me enfurece no poder sentir eso, sin odiarlo no puedo avanzar amiga. Agustín me tiene atrapada, lo vieras, ya no es el jovencito de hace diez años, está hecho un cuero para que lo entiendas, la verdad es que a ti no te puedo mentir.

Carol se la quedó mirando con la boca abierta hasta el suelo, sabía perfectamente lo que significaba Agustín en la vida y los recuerdos de Matilde, y ahora saberla con sentimientos encontrados y así de complicada no se lo podía creer.

—¡Dios Bendito, mi vida! Es que no me lo creo, ¿Segura que usted no me está tomando este pelo rubio brillante que tanto me cuesta agarrarle el tono? ¿Cómo es que ese hombre después de diez años aparece en su vida como si nada? Y para peor son compañeros de trabajo. —Carol le lanzaba todas las preguntas de una sola vez a Matilde, como una metrallera.

—Carol, si yo lo supiera, no estaría ahora contándote esto, sino que buscando trabajo en otro lado.

—Caramba, mami, pero es que parece una cámara oculta.

—Verdad que sí, amiga. Pero es la vida real y hay que ponerle el hombro, y he tomado una decisión, ya no huiré, ya lo hice una vez y no me sirvió de nada, el puto destino me enfrentó con mi peor demonio de una vez y sin anestesia.

—Bueno, la verdad que sí, en fin, no le de tanta vuelta al asunto amiga, que se me va a enfermar, usted es una mujer inteligente y sabrá lo que tiene que hacer.—Carol se la quedó mirando y pensó que sería mejor cambiarle el tema. —¿Usted piensa ir, así?—Preguntó, sacando a Matilde de sus propias peleas mentales.

—¿Así, como? — Respondió.

—Y bueno, así con esa pinta mi amol, hoy vamos a gastar la suela, ¿o ya lo olvidó?

—Amiga, no tengo ganas, por favor.

—Ah, no cariño, usted a mí me acompaña, no para nada hoy me fui de spa completito.

—!Ay, por qué! Pero está bien, está bien...—Suspiró.

—Hoy, hay clases. —Gritó Carol, girando sobre sus talones y sonrojándose, hacía mucho que no iba a aquel lugar, y no sabía que le esperaba aquella noche.

—Okey, ya entendí, pero Carol si se te ocurre desaparecer con el profe, al menos envíame un *whatsapp* para volver a casa y no quedarme a echar raíces esperando a que vuelvas ¿sí?

Carol sonrió al recordar la última vez que se vieron, bajo el son de una bachata desaparecieron por entre el telón, su acompañante sin soltarla de la cintura la tomó por los aires y la metió en el camerino, luego de un par de minutos siguieron la rumba personal sin prometerse nada, bailaron al son de sus cuerpos, dejándose llevar, perdiéndose.

—¡Carol!

—Sí, sí claro, claro mami. —Respondió, despertando de golpe de aquel tan agradable recuerdo.

—Bueno, ya nos vamos ¿no?

—¡No! deja que aún no me cambio.

Luego de una hora, ambas con atuendos para la rumba de la noche, subieron al renegade negro camino al «*Habana Vieja*»

Agustín con Paola llegaron al local media hora antes del comienzo de las clases, él jamás la acompañaba pero aquel día, no hubo que insistirle tanto para que aceptara.

—Cariño ya sabes, yo doy las clases y nos vamos ¿sí? —Tranquila, ya vete.

—¿Perdón?

—Digo que vayas, no te preocupes por mí, sabes que me gusta beberme los tragos en paz.

—¡Eres un Lindo!—Respondió Paola a Agustín, abrazándolo en la barra del local del cual ella era una de las profesoras.

Agustín rodaba los ojos suplicando en silencio para que Paola se largara de una vez por todas y lo dejara tranquilo. Aún no entendía que seguía haciendo con ella, había intentado sacarla de su vida muchas veces, pero los dramas que ella hacía cada vez que él daba término a su relación eran de Hollywood.

Paola, era parte del elenco *Caribe Dance* una de las mejores academias de baile en Santiago y esa noche debía asistir a las clases que por contrato debían cumplir todos los bailarines de la academia en aquel local, pero aunque lo odiaba, debía hacerlo. Para ella ser profesora de danza era lo más bajo que su carrera le ofrecía.

A pesar que Agustín amaba y vibraba con la música, el solo hecho de pasar tanto tiempo al lado de Paola le resultaba tremendamente tedioso, pero a veces se obligaba a salir con ella. Él no era un tipo de salir a buscar mujeres

y amigos no tenía muchos, por lo demás ese lugar le gustaba mucho. Disfrutar de la música en vivo y beber mojitos desde la tranquilidad del bar le resultaba cómodo, pero lo mejor era que Paola no podría estar todo el tiempo a su lado, por lo que le era posible recrear la vista, y despejar la mente. Luego del altercado con Matilde en Valparaíso. Su cabeza era un cuarto de cachureos, Pensó en disculparse pero no daría su brazo a torcer, ya muchos malos ratos había pasado por querer ser agradable, por lo que no más, esa semana con suerte se habrían mirado un par de veces, pero fueron las necesarias para cargarse de pilas, los días que Matilde no estuvo se sentía extraño, no tener con quien discutir era aburrido ver el entrecejo de Matilde siempre tenso le provocaba y cuando la observaba sonreír desde lejos sentía un deleite único, casi voyerista, claro hasta que ella se daba cuenta.

—Nos vemos luego, —Interrumpió Paola, sacándolo de sus pensamientos con ese tono de flauta horroroso.

—Está bien, Paola.

El *renegade* negro se estacionó sin problemas en las dependencias del local, Matilde apagó el motor mientras Carol aplicaba por enésima vez brillo en sus labios.

—Carol, te vas a gastar los labios tanto que te maquillas.

—Es una inversión mami... tú sabes mi amol. —Respondió ella sonriendo — Bajaron del vehículo y caminaron directo a la entrada.

—¿Qué hubo Papi? —Saludaba Carol, al guardia del local, boricua como ella, se conocían desde que descubrió aquel lugar de entretención.

—Carol mi amol. ¿Cómo estás?

—Todo bien mi *chocolatote*, ¿y tú, todo bien?

—Sí, tranquilo, pasen preciosas, las clases ya comenzaron.

Carol se adentraba por el pasillo moviendo los hombros en cuanto la música se apoderaba de sus oídos. Matilde en cambio, rodaba los ojos y sonreía, si bien le gustaba ir con Carol al «Habana», pocas veces seguía los pasos, más bien se dedicaba a observarlo todo, eso la entretenía muchísimo más, a pesar que el baile por obligación de su amiga lo había aprendido hace algún

tiempo, generalmente no lo ponía en práctica.

Sentada en una de las mesas Matilde sonreía al ver a su amiga brillar junto a su «*querido profesor*» aquella química era innegable, el lugar estaba como tantas otras veces, lleno de vida, de música, de colores, aromas y sabores. Era perfecto, y lo que justamente le hacía falta a su vida, una mezcla de energía.

Desde la esquina del bar Agustín la observó, no se lo podía creer. Ella, la que estaba ahí, sonriendo y tan despreocupada, como la recordaba, natural, espontánea y jovial, con ese espíritu de alegría que a él le llenaba con solo tenerla cerca, esa Matilde que casi ya había olvidado. Estaba frente a sus ojos, con un mojito transpirado en sus blancas manos, sonreía y se movía lento, pero seductoramente, se quedó sin aliento, de fondo la candente melodía de «*Loco*»... La letra de esa canción más los seductores movimientos de Matilde, los hombros al descubierto y su cabello moviéndose de un lado a otro lo estaban volviendo tal cual cantaba Romeo Santos con Enrique Iglesias, *Loco*.

El mojito que tenía en la mano quedó esperando sobre la base del bar mientras él se ponía de pie, le daba lo mismo lo que ocurriera, no podía contener más los impulsos, esas ganas de tocarla, de tenerla cerca, lo haría, sí que lo haría.

—*Okey*, todo el mundo a bailar a ciegas a la cuenta de tres, las luces se apagarán, toman a la pareja que encuentren y repasarán lo aprendido. —Eran las palabras del profesor a cargo esa noche—«*si existía un Dios realmente estaba a confabulando a su favor*» sonrió de medio lado, de esa forma tan seductora que a las mujeres le provocaba girarse a verlo. Apuró su paso para quedar detrás de Matilde en cuanto apagaran las luces, no quería que nadie más frustrara su locura, pobre de aquel que se le adelantara...

—¿Preparados? ¡Vamos gastando la suela! —Animaba el profesor y a Agustín se le salía el corazón por la boca.

Posó sus manos sobre los hombros de Matilde, su perfume traspasó más que sus fosas nasales, y su pulso se fue al cielo, pero tal cual era Agustín, no se mostró indeciso, al contrario, estaba tan concentrado en su cometido que le dio lo mismo si esta le decía que no, se la llevaría consigo incluso en contra de su voluntad, qué más daba, ya no estaban en la oficina.

Matilde sintió unas manos frías sobre sus hombros e intentó sacudirse, no le apetecía bailar, ella no estaba ahí para eso, sino acompañando a su amiga, pero no podía negarlo esa canción le encantaba.

—No, gracias, no bailo. —Gritó al hombre que la tomaba entre la oscuridad. En respuesta sintió un dedo sobre sus labios y en su oído una voz que traspasó todos los sentidos.

—No digas nada, solo baila conmigo.

Una fuerza sobrenatural se hizo cargo de todos los músculos de su cuerpo, no fue capaz siquiera de responder y sus brazos por obra de magia se aferraron al cuello de Agustín y este la llevó hasta la pista.

*«Te pido de rodillas
Luna, no te vaya.
Alúmbrale la noche
A ese corazón
Desilusionado.
A veces maltratado»*

Al son de la melodía de aquella canción sus cuerpos comenzaron una danza en silencio, aquellos cuerpos se conocían, sí que se conocían y se reconocieron con cada movimiento. Sin una sola palabra de ambos, sabían cómo, dónde y cuándo, sin siquiera mirarse, Agustín se aventuró y acarició el cuello de Matilde sin previo aviso, no lo hizo con sus manos, más bien con sus labios, y eso bastó para que Matilde se paralizara, él la sostuvo con sus, para entonces, tibias manos, no la dejaría caer. Y comenzó su plan.

Matilde, no lo podía creer, si era un sueño debía despertar ahora, ¿y si no lo era? no quería ni pensarlo... ¿Qué debía hacer? Seguir el juego y caer en su trampa o dejar de ser ella misma para gritarle y dejarlo en ridículo... pero, perderse ese momento, el contacto con su piel, su aroma, sus manos... ¡Claro que no!

—Vámonos de aquí, te propongo que nos olvidemos por un rato de quienes somos, quiero seguir bailando contigo esta noche.

—Agustín yo...

—Tan solo nos quedan unos segundos para que esta canción acabe, y también terminará nuestra oportunidad... vamos Mati... ¿Qué dices?

Matilde mordió sus labios, en el fondo sabía lo que quería, pero, ¿luego qué? Levanto la mirada y aún en la oscuridad podía ver el brillo ansioso de Agustín. Tomó de su mano y lo condujo por el pasillo a la salida del local. Él sonrió, nervioso no tenía idea que le depararía el destino de aquella estrellada noche, de ella podría esperar cualquier cosa, pero esa noche, tan solo por esas pocas horas que aún quedaban de oscuridad, esperaba bailar, como fuera, de pie o sobre una cama, pero con ella.

—Vámonos.

Tan solo esa palabra provocó en Agustín la tensión más placentera que había tenido en mucho tiempo, aspiró y expiró controlando su cuerpo en tan solo unos segundos, para eso él era un experto, sin embargo, no esperaba esa respuesta de Matilde, lo cual, lo descolocó positivamente.

—No pienses nada, por favor.

—Cállate, y sácame de aquí.

Agustín obedeció la solicitud de Matilde, la tomó de la mano aún a oscuras, la llevó por el pasillo hacía la salida del local, Matilde se detuvo a medio camino y Agustín quiso morir, la acorraló entre la pared y su cuerpo y le habló al oído.

—¿Qué pasa, Mati? ¿Te arrepentiste?

Matilde mordía sus labios, sus manos estaban húmedas y su mente daba vueltas sin parar, pensando si sería buena idea o no irse con Agustín.

—Convénceme. —De pronto salió de sus labios.

Agustín la tomó por la cintura la acercó a su cuerpo hirviendo, aspiró su cuello e inundo sus sentidos con su aroma, aquel que últimamente acaparaba sus sueños y deseos, asomó su lengua y la saboreó.

—Deliciosa. —Susurró al oído de Matilde lo que provocó en ella un estallido.

—Repítelo. —Volvió a hablar, ahora en casi un gemido.

—Deliciosa, Matilde eres exquisita.

Matilde, no lo pensó más y rodeó el cuello de Agustín con sus brazos guiándolo hacia donde ambos querían, rozaron sus narices y se respiraron ambos, no había luz pero podían verse perfectamente, aquel brillo podría iluminar el local entero. Estaban tan cerca que se sentían uno dentro del otro, Matilde entreabrió sus labios y la invitación fue directa, Agustín se tomó su tiempo y repasó con su lengua sus propios labios, torturando al tiempo, estaba jugando con fuego y lo único que quería era quemarse, luego repasó los labios de Matilde, y esta mordisqueó el labio inferior de él, como una erupción volcánica, con esa furia y ese fuego comenzó ese beso, furioso, sus lenguas comenzaron una lucha sangrienta, se mordían, se enredaban, se golpeaban provocando en cada uno deseos salvajes, necesitaban salir de ese lugar. Aquel beso fue intenso, cargado de una mezcla de sentimientos, aquel beso fue el detonante para que Matilde ni siquiera se cuestionara irse con Agustín, lo deseaba como nada en la vida, y Agustín... La devoró, con ese beso la atrapó, la convenció y la llevó por el borde de la locura absoluta.

Si aquel beso había abierto el portal del deseo y la locura en ellos, lo que pasaría fuera de aquel lugar, no querían ni imaginarlo, pero eran valientes, lo enfrentarían juntos, saldrían de ahí porque sus cuerpos lo gritaban. Saldrían de ahí para hacer realidad sus sueños, aquellos que los siguieron por diez años, en los que se veían enredados, desnudos, sudorosos.

Se miraron con el alma, a pesar del deseo sexual que los envolvía, entrelazaron los dedos y caminaron seguros, Matilde le entregó las llaves del *Renegade* a Agustín y sonriendo con su voz ronca por el deseo le dijo.

—Sorpréndeme.

CAPÍTULO 8 – PIEL

El camino en el *Renegade* fue rápido, no pasaron más de quince minutos cuando Agustín redujo la velocidad e ingresó a un condominio de departamentos del oriente de la ciudad. Mientras la cabeza de Matilde daba mil vueltas, se estaba volviendo loca, pero ya no podía arrepentirse, ni tampoco quería hacerlo, quizás su mente la obligaba, sin embargo su cuerpo la mantenía atrapada en esta nueva sensación. No terminaba de creérselo, ella con Agustín... Aún sentía en sus labios el ardor de aquel beso, ese beso salvaje que le quitó el último resto de cordura y seguridad que quedaba.

—Llegamos... —Susurró Agustín acercándose a su cuello.

Matilde le permitió recorrerla, sentir su respiración sobre la piel aquello era empujarla al borde de un precipicio y no llevaba salvavidas, pero le gustaba, durante el tiempo que llevaba trabajando a su lado, lo había imaginado así mil veces, ya era hora de probar la realidad.

—Vamos. —Intentó decir sin que se le escapara ningún gemido.

Agustín sonrió y bajó del *Jeep*, dio la vuelta y abrió la puerta del copiloto, ayudó a que Matilde descendiera tomándola por la cintura y no dejando espacio entre ella y su cuerpo.

—Te imaginé tantas veces en mis brazos, desde la entrevista, pero realmente era un imposible. —le hablaba Agustín a Matilde sobre sus labios, a pesar que su respiración acelerada le hacía complicada la tarea.

—No digas nada Agustín, solo hazlo.

Tan solo con esas pocas palabras, Agustín se desesperó, la tomó de la mano y la guió hasta el ascensor, marcó el número cinco en el tablero y las puertas se cerraron, la llevó hasta el costado del pequeño cubículo entre sus brazos, asaltó su cuello, su cabello, sus labios... le pareció aterrizar en el paraíso hasta que la campanilla le avisaba que ya habían llegado. Como pudo saco las llaves del departamento y abrió la puerta, al mismo tiempo que

quitaba la blusa de Matilde, ella a su vez no pensaba con lucidez, sabía que estaba mal, en otro momento jamás se hubiese cuestionado haberse ido a la cama con un guapo como él, pero la diferencia estaba justamente ahí... Era él.

—Soñé tantas veces con tomar tu cuerpo de esta forma, no tienes idea, Mati.

—También yo... —La boca la había traicionado, había afirmado que también ella soñaba con él y se odió por ello. El deseo la había llevado a ser honesta.

Agustín sonrió sobre su piel que a esa altura podía verla en todo su esplendor, la tomó por la cintura y la levantó anclándola a sus caderas, caminó con ella hacia la habitación sin dejar de besarla, de saborearla. Matilde parecía enloquecer si no dejaba de tocarla, podrían haber pasado los años, pero esas manos las reconocería incluso si no pudiese volver a verlas. Cerró la puerta dejando un rastro de ropas a su andar, solo le impedía admirar a Matilde la ropa interior que aún permanecía sobre su cuerpo, no quería parecer un animal sacándosela a tirones, aunque eso era todo lo que quería hacer en ese preciso momento.

—Agustín... Agustín—. Incluso pronunciar su nombre le provocaba placer, intentaba aclarar su mente, para no despertar y ver que todo había sido solo un sueño más, pero sus manos no podían mentirle de esa manera, esa piel, ese cabello, ese aroma, esos labios, esos besos... No había duda alguna, quién la besaba locamente entre la puerta y su torso era Agustín Miller.

—Dime que esto no es una locura.

—Tú eres una locura Matilde, una locura deliciosa, una locura que me atormenta, que me hace perder el control, Matilde, por ti me volvería loco una y mil veces.

—Bésame Agustín, bésame como si no hubiese un mañana, bésame como si no volviéramos a vernos. Bésame por todo el tiempo que no lo hiciste...

—Mati...

—No digas nada Agustín, nada que me haga volver a mis cabales, tomar mi ropa e irme de este lugar. Solo te pido que me beses.

Agustín tomo ambas manos de Matilde todavía sosteniéndola sobre sus caderas y apoyándola en la puerta de su habitación la besó como nunca lo había hecho, con pasión, con desesperación, la falta de oxígeno en el lugar era evidente, pero nada le impediría hacerlo, se lo debía, se lo debían...

—Después de esta noche no me pidas que me aleje Matilde, después de estos besos no me quites tus labios, después de tanto tiempo he vuelto a sentir, no me quites la posibilidad de reivindicarme, Te besaré por todo lo que he perdido a lo largo de estos años.

—Entonces Bésame diez veces...

La depositó sobre la cama y recorrió su cuerpo como si hubiese sido la primera vez, lentamente comenzó su tortura quitó cualquier prenda que impidiera que pudiese llevar a cabo su cometido, tomó su cuerpo bajo su piel y se sintió en casa, la besó una vez con pasión y suavemente al oído murmuró —Uno— Matilde tembló al oírlo, y un gemido crudo provocó en Agustín esa tensión que esperaba para entrar en ella, sin embargo, no se lo permitió, le daría lo que le había pedido, diez besos...

Bajó por su cuello y lamió sin medir consecuencias hasta que llegó a su meta, saboreó y besó con locura la tímida anatomía de Matilde, —Dos— susurró. sentirla retorcerse bajo sus manos era la glorioso, continuó por el tortuoso camino de besos que estaba provocando en Matilde la locura absoluta, bajó por sus costillas, y se detuvo frente a su ombligo, con el dedo índice dibujaba círculos a su alrededor, y Matilde lo observaba casi sin aliento, se le veía salvaje con el cabello revuelto y sus labios brillosos, pero no podía observarlo por mucho tiempo, cada vez que pretendía grabar esa imagen en su mente, él la asaltaba con un nuevo beso... Lo que la estaba llevando al éxtasis. —Tres. —suspiró—¿Vamos por el cuatro?— La observó travieso y le regaló esa media sonrisa que Matilde tanto recordaba, y sabía lo que se venía, Matilde tapó su rostro con ambas manos y se carcajeó, lo que provocó en Agustín deseos que jamás había tenido antes, deseos de poseerla, de amarla como a nadie, de cuidarla, de acunarla... De pronto sintió sus manos en su cabello.

—Vamos con el cuatro, no olvides que son diez... —dijo ella, sonrió y luego le dio paso y luz verde para que hiciera con ella lo que solo él sabría hacer.

Matilde no sabía dónde se encontraba, si realmente estaba en una habitación o en el cielo, sentía tocarlo con la punta de sus dedos, estaba a punto de llegar, no podría soportarlo más.

—Agustín... detente, no lo soporto más.

—Vamos Mati, te debo diez besos, tómalos y haz con ellos lo que quieras, son todos tuyos, pero ahora no me detengas.

Tan solo esas palabras, hicieron salir la fiera en ella, casi, casi rasguño las nubes, pero no se lo permitió, quería tocarlas con él, por lo que tomó el control de la situación, y en tan solo un segundo quien se encontraba bajo el cuerpo de ella era Agustín, se aferró a su cuello y lo besó.

—Este beso corre por mi cuenta, y los seis que me debes ya te los cobraré yo, ahora déjame a mí.

Sin darle tiempo a reaccionar Matilde se deslizó sobre él, lo que provocó un gemido al unísono, y se perdieron, se enredaron, se fundieron el uno en el otro, se amaron como se lo debían, con dedicación, aquello no era a lo que Matilde estaba acostumbrada, eso no era solo sexo, no era un polvo más, y tuvo miedo. Cuando Agustín la llevó hasta el cielo, lloró, eran tantas las sensaciones que ni siquiera cabían en su pecho.

Se amaron tantas veces como la noche y sus cuerpos se lo permitieron, hasta que el cansancio los llevó por los caminos de Morfeo.

—No tienes idea de cuántas veces soñé con esto pequeña. —Murmuraba Agustín pensando que aún dormía y que esa escena solo era parte de sus sueños, observaba a Matilde a su lado dormida y no se lo podía creer— Fui un imbécil, un maldito imbécil, si me pidieras la luna para perdonarme la traería, sí que lo haría.—se acomodó a su lado y comenzó a besar sus hombros.

Matilde lo último que quería oír era todo lo relacionado a su pasado, continuó con los ojos cerrados, haría como que no había oído nada, había

pasado la mejor noche de su vida y no la arruinaría con su estúpido orgullo. De pronto sonó el celular de Agustín, él no lo tomó en cuenta y siguió el recorrido de besos a su espalda desnuda, volvió a sonar, y dos veces más pero lo ignoró, hasta que veinte minutos más tarde unos golpes en la puerta lo sobresaltaron. Matilde saltó de la cama y comenzó a recoger su ropa.

—Matilde tranquila, no hay nada de qué preocuparse.

—¿Cómo qué no? Agustín, yo no soy segundo plato de nadie.

—Y no lo eres, ni siquiera tengo un principal, no te preocupes. Quédate aquí mientras resuelvo el problema.

Matilde lo observó por un minuto y suspiró, le daría el beneficio de la duda al menos en ese minuto, era una tontería irse a su departamento después de aquella noche, si había cometido esa locura, la haría hasta el final, y aún no había terminado. Sintió gritos pero no se asomó... era una mujer de eso estaba segura, tomó su celular y lo revisó, no había ni una sola llamada de Carol, lo más probable era que no se hubiese dado cuenta de la falta de Matilde en el local, y eso solo significaba una cosa, «huida con el profe», sonrió de medio lado y dejó su bolso. Se puso la camisa de Agustín y comenzó a recorrer aquella habitación, eran casi las cinco de la madrugada, los tonos negros y grises inundaban el lugar, sonrió al ver sobre el velador un vaso de agua y pastillas para la migraña, *«hay cosas que no cambian, aún a pesar de los años»* continuó hasta el baño necesitaba usarlo.

En la sala Paola estaba descontrolada, al entrar había descubierto la ropa de Matilde desparramada junto a la de Agustín, luego de que no lo encontró en el local, comenzó a buscarlo por todas partes, lo extraño era que su vehículo seguía allí, hasta que el guardia le indicó que se había marchado en otro, pero omitió el con quien.

—¡Con quién te estás revolcando Agustín!

—Paola, eso no es de tu incumbencia, perdóname por haberte dejado sola en el local, es lo único que te puedo decir, ahora si me disculpas te pido por favor que te retires.

—¡No me iré! Eres un maldito hijo de puta.

—Paola, no me ofendas.

—¡Desgraciado, poco hombre!

—Paola, tu sabes que lo nuestro no es nada, siempre te he dejado las cosas claras, entre nosotros no hay nada, ¡somos adultos por favor! Y lo sabes bien, yo no te amo, solo nos acompañamos.

—No me puedes hacer esto Agustín, me voy a desmayar.

—No comiences Paola, ese cuento ya no me lo compro, vete a tu casa y conversamos en la semana, pero realmente, es más de lo mismo Paola, te lo he dicho en miles de oportunidades, entre nosotros no hay nada, pero tu insistes.

—¡Como que nada! Yo sé que me amas Agustín, te perdono esta aventura, pero reacciona, tú sabes que yo soy la mujer que necesitas.

A esa altura Agustín se tomaba el cabello con ambas manos y le estaba comenzando a dar jaqueca, Matilde había terminado de darse una pequeña ducha, y aunque se lo había prohibido, la curiosidad le ganó y estaba oyendo la discusión desde la puerta de la habitación, pensó que sería mejor marcharse, pero su ropa estaba en la sala, por lo que no tenía muchas opciones.

—Paola, conversemos mañana, de verdad no quiero ser grosero contigo.

—Está bien, me largo pero esto no se quedará así Agustín, me vas a buscar y lo sabes.

—Si Paola, sí. —Agustín ya le estaba siguiendo el juego para que se largara de una buena vez, esta dio media vuelta y el portazo se oyó hasta el primer piso. Agustín caminó hacia la cocina y tomo un vaso de agua, se sostuvo con ambas manos en el mesón y dio un respiro.

—¿Se te da eso que te descubran no? —Matilde le susurró desde el marco de la puerta. Agustín cerró los ojos y apretó los puños.

—No tengo cómo defenderme.

—Tranquilo, es tu vida no quiero meterme en ella y darte lecciones de moral Agustín, yo mejor me voy.

—¡No, no, cómo que te vas! Aún no amanece.

—No te preocupes por mí, he vivido toda mi vida sin guarda espaldas, no lo necesito créeme.

—Mati yo— intento persuadirla

—No digas nada, lo pasé increíble pero hay que ser realistas, y no te confundas por favor, esto es solo sexo.

—Yo no estoy tan seguro de ello—. Murmuró, acercándose a ella como un león, sigilosamente sin quitarle la mirada de encima, se veía tan sensual con aquella camisa y desnuda, debía convencerla de quedarse con él, aunque fuera un par de horas más. —podrías enseñármelo una vez más para estar seguro— a esa altura ya Matilde se había rendido, la sostenía sobre el borde de la mesa y le había desabotonado la camisa.

—Agustín... yo debo... —trató de convencerlo

—No Mati.. Yo debo, aún te debo seis besos, deja enseñarte el quinto y decides si te marchas o no.

Matilde no pudo contra las emociones y se rindió una vez más bajo las cálidas manos de aquel único hombre que le ha quitado el poder de decidir.

CAPÍTULO 9 – EL MUNDO ES UN PAÑUELO

—¿Qué usted hizo qué cosa? —Respondió Carol a Matilde, cuando esta le contó todo lo ocurrido con Agustín hace dos días atrás.

—Eso mismo Carol, y ya no me digas nada que estoy peor que antes... No sé qué hace Agustín en mí, no he dejado de pensar en él, en sus besos, en su cuerpo.

—¡Ay, mami no me siga dando detalles, que ahora mismo me voy donde el profe a que me siga enseñando esos pacitos de bachata que me trae como loca!

—¡Carol! concéntrate en lo que te estoy contando, no sé cómo voy a aparecer mañana en la oficina, ¡con qué cara lo voy a mirar!

—Mami con cualquiera, menos con la que lo veía mientras lo montaba.

—¡CAROL! —Matilde se sonrojó pero luego terminaron carcajeándose, Carol y su humor inconfundible transformaban cualquier problema en algo simple, más que mal la vida es una sola y hay que vivirla, ese era su lema.

—Amiga, yo le voy a decir una cosa, si ese es su hombre no espere a que se le vaya con esa «lame ojos», no la conoceré yo mami, si esa es una paquetera de primera. Que coincidencias de la vida, esa era la misma chula que le echaba el ojo al profe cuando comenzaron las clases. A usted aún no se le daba eso del baile, y mejor no le digo como la corrí del camino.

—Mejor que no amiga, ya me lo imagino, por cierto, lo que oí mientras discutían en la sala del departamento de Agustín, me pareció que no tenían nada serio, él le aclaró que no le había prometido nada.

—¿Ya ve, entonces qué es lo que le preocupa?

—No lo sé, son muchas cosas Carol, además esa chica se veía muy posesiva con él.

—Es una loca, nada más.

—Una loca más joven, por lo menos debe tener unos veinticinco.

—y eso, qué más da...

En ese momento el timbre del departamento de Matilde sonó.

—Sí, está bien que pase. —Respondió al conserje del edificio.

—¿A quién espera amiga?

—José Antonio, muere por saber que me pasa, lo he llamado temprano para que venga a purificarme de tanto pecado.

—Ah no, Dios mío, usted sí que se me volvió loca.

Durante aquella tarde entre Carol y José Antonio intentaron convencer a Matilde de que se diera otra oportunidad en la vida, que se la jugara al cien por ciento por lo que sentía por Agustín.

—Gatita mía, si el cosmos ha puesto a este hombre frente a ti una vez más, es por algo, no lo ignores... El destino es muy sabio.

—¡Ay, ya! ¡No me digan nada más, a este hombre en vez de estar sintiendo maripositas en el estómago, lo que debería sentir son nauseas!

—Ya bájale mami, han pasado más de diez años...

—Ojalá y fuera tan sencillo como dices amiga.

—Gata...Algo me dice que existe algo más que un simple engaño.

Matilde se quedó en silencio un buen rato, tan solo recordarlo le dolía el alma, sus manos comenzaron a temblar y José Antonio con Carol se miraron preocupados.

—Amiga si no quiere hablar nos lo dice y ya.

—Ya veo que no me equivoco Gata, eres como la caja de pandora.

—Es difícil, quizás algún día pueda contarles.

Todos se quedaron en silencio, Carol se dispuso a cocinar algo para comer, y José Antonio busco una película en *Netflix* para pasar el mal rato, no volvería a tocar el tema hasta que Matilde estuviese lista para hablar.

—Gatita, tu sabes que para avanzar con este hombre, debes saldar tus pendientes, como ese tema del que no quiere hablar.

—Lo sé Antony... lo sé.

Matilde bajo la mirada y al ver su celular, se fijó que tenía cinco llamadas perdidas de Agustín.

—Algún día. —Se dijo para sí misma.

Al siguiente día en la Agencia, Matilde llegó muy temprano, no quería toparse con Agustín, no sabía cómo lo enfrentaría, jamás en la vida le había pasado algo semejante.

—Hola Cata... ¿Agustín ya llegó?

—Mati. Hola ¿Qué tal tu fin de semana?

«*Ay Catita, si te contaré*» sonrió en silencio. —Todo bien Catalina, gracias... ¿tú todo bien?

—Sí, gracias, todo bien... Agustín no ha llegado aún, por cierto, llegará tarde me pidió que te avisará, tiene una complicación personal creo.

Matilde se alertó, sacó su celular para llamarlo, pero luego se arrepintió.

—*Okey*, cualquier cosa me avisas Cata, voy a estar en la oficina... ¿te molesto?

—Tranquila, yo te llevó el té. —Catalina sonrió.

—Gracias Catita, por eso te quiero tanto.

Se dirigió a su oficina intranquila, se sentía extraña... algo le faltaba, «*Claro, Agustín... eso me falta*».

Intentó concentrarse en el proyecto nuevo y lo hizo, cuando eran casi las dos de la tarde su barriga le avisó que era hora de comer.

—Mati te llegó este sobre. —Avisó Catalina a Matilde, quien no dio mayor importancia.

—Gracias Cata, déjalo ahí ya lo veo. —Dijo casi para sí misma, concentradísima entre sus cosas.

—El cartero dijo que era un telegrama urgente.

—¿Un telegrama? ¿Quién envía telegrama en estos tiempos? —Murmuró Matilde, en voz alta y muy extrañada.

—La verdad sí, es muy extraño.

«Matilde Altamirano - URGENTE»

Matilde se extrañó al mismo tiempo que su piel se erizó, eso no era nada bueno, su sexto sentido y la intuición se habían agudizado, sintió temor... detuvo lo que estaba haciendo y se inclinó sobre el escritorio tomando el sobre.

—Gracias Catalina.

—¿Estas bien?

—Sí, eso creo... veré de qué se trata.

—Te dejo sola, cualquier cosa me avisas.

—Sí, sí... Claro.

Catalina se retiró dándole a Matilde la privacidad necesaria, se disponía a abrir el sobre cuando su celular sonó.

«*Agustín*» se visualizó en la pantalla, no quiso dejarlo en una llamada perdida, quizás y lo que le ocurría si era importante por lo que decidió contestarle.

—Agus...

—Mati. —Su corazón casi se sale por la boca al oírlo, y a Agustín se le erizaron todos los vellos de la piel, jamás nunca lo había vuelto a llamar “Agus”.

—Perdona, Agustín... ¿estás bien?

—Yo sí, ¿tú?

—Sí, bien... Ehh gracias.

—Mati, te llame todo el fin de semana... yo...

—Agustín no es necesario...

—Sí, lo es Matilde... necesito verte.

—Agustín no lo hagas más difícil...

—Difícil va a ser alejarte de mí.

Matilde sonrió en silencio, sintió como todos los pedazos rotos de su corazón se volvieron a unir uno a uno, con cada palabra de Agustín, quizás era tonto, tan solo habían pasado una noche juntos, y a pesar que no se habían prometido nada, en el fondo de su corazón sabía que aquello era una oportunidad. Tenía miedo. Sí, claro que lo tenía, el dolor que en ella se refugiaba a veces la hacía mirar la vida fríamente, y querer olvidarlo.

—Agustín, veámonos esta noche, tienes razón debemos hablar.

—Bien, gracias Mati, ahora estoy con un problema delicado.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—Ya lo has hecho, con permitirme verte esta noche, paso por ti a las nueve ¿está bien?

—Bien.

Matilde cortó la llamada y aún con el sobre entre sus manos se sintió esperanzada, quizás y Carol con José Antonio tenían razón y podría darse una nueva oportunidad. Saliendo de sus pensamientos volvió su vista al sobre, y decidida lo abrió.

De: Andrea Carreño

Para: Matilde Altamirano

Asunto: Fallecimiento de Ángel Altamirano, velatorio Iglesia de los Sacramentinos.

Tomó asiento en su escritorio todo le parecía girar en cámara lenta, su padre... Al que había amado tanto, al que había admirado inmensamente, al que tanto extrañó, aquel al que nunca perdonó. Había fallecido.

Tomó su celular y marcó a su madre.—Mamá...—intentó decir pero su

madre le interrumpió

—Ya lo sé Matilde... lo siento mucho, me acaban de avisar.—su voz tenía una mezcla rara entre tristeza y resignación

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó, sintiéndose pequeña de pronto.

—Tranquila mi amor, iremos a acompañar a tu padre, de seguro él lo hubiese querido así. —las palabras de su madre iban cargadas de cariño y seguridad.

—Pero mamá, será incómodo para ti, allí estará... tú sabes, esa mujer.

—Mati, ver a esa mujer será un pelo de la cola en comparación con todo lo que me ha hecho, será la última vez, hazlo por tu pa...—Matilde la interrumpió bruscamente

—¡No mamá, ese señor no merece nada de mí, mucho menos de ti!—La rabia que llevaba dentro gobernó su voz

—Hija, era tu padre lo quieras o no, y contigo, mientras duró nuestro matrimonio, fue un padre excepcional eso lo sabes no puedes negarlo.

—Mamá, no sé qué hacer, no puedo llorar, tengo un nudo.—sostuvo frustrada

—Tranquila, yo voy llegando a Santiago para que vamos juntas, paso por ti a la agencia ¿sí?

—Sí, claro.

Se quedó inmóvil recordando su infancia junto a aquel hombre que años después la dejaba junto a su madre y su pequeña hermana. Solas, por una mujer mucho más joven, mucho más hermosa, pero sin nada de amor propio ni dignidad y que tanto daño les provocó. Interrumpiendo sus pensamientos Sebastián Grossi hacía ingreso en la oficina, dejando la estela deliciosa de *Hugo Boss* que tanto gustaba a Matilde, pero sin embargo, desde hacía un buen tiempo ya no movía ninguna hormona en ella.

—¿Qué pasa bonita? Hace mucho que no conversamos, ni compartimos un café. —Matilde no respondió ni se inmutó, estaba sumida en sus propios pensamientos, recorriendo una y otra vez su pasado al lado del hombre que ya no estaba en este mundo—. Matilde, ¿Estás bien?

—Falleció mi Padre. Sebastián.—Contestó categórica

—¿Pero me dijiste que había fallecido ya?—preguntó él con extrañeza

—En mi corazón, sí. Hoy dejó de existir en la faz de la tierra.

—Lo siento mucho Matilde, ¿Necesitas algo?—Cuestiona solícito

—No, estoy bien... mamá viene por mí, me ausentaré por hoy al menos y mañana.

—No te preocupes, yo me encargo, Agustín tampoco estará hoy.

—Si lo sé, Gracias.

Matilde guardó sus cosas y esperó a que su madre llegara por ella, tomó otro té y su mente seguía en blanco, hasta que Catalina le avisó que Josefa la esperaba junto a su hermana. Las tres viajaron en silencio, uno incómodo, cada una sumida en sus propios recuerdos, quizás.

—Yo ni siquiera me acuerdo de su cara, no sé porque tenemos que ir a un funeral de un desconocido. —dijo de pronto Marcela.

—Eras muy pequeña hija, obvio que casi no lo recuerdes y no hables así, te guste o no, era tu padre.

—¿Padre? ¿Llamas a eso Padre? ¿Qué en cuanto encontró una amante se desentendió también de sus hijas?

—Matilde han pasado más de quince años, no seas rencorosa por favor, el rehízo su vida, y sus errores de seguro los pagó.

—De eso no hay duda, pero me molesta tener que verle la cara a esa idiota, ese rostro jamás lo olvidé.

—Olvídalo ya hija, es la última vez en la vida que la veremos, te lo prometo.

—Con tal de que no se me acerque, no hay problema, de lo contrario ella será quien no se olvide nunca más de mí.

Josefa suspiró en silencio frente al comentario de la más herida de sus hijas con el abandono de su ex, ahora fallecido esposo. Llevaba las manos húmedas, sin quererlo después de tanto tiempo la noticia la había

sorprendido, más de quince años junto a ese hombre, y de la noche a la mañana se había dado cuenta que realmente, los años no le habían servido de nada, pues no lo conocía.

Las tres ingresaron a la iglesia en silencio, tomaron asiento al final para no causar alboroto, era de conocimiento que la actual esposa del fallecido era una mujer histérica, Matilde recorrió la iglesia con la vista, hasta que se situó en el féretro iluminado de su padre, su corazón comenzó a galopar fuerte, y el nudo que tenía en la garganta comenzaba a querer soltarse, sin embargo una espalda ancha llamó su atención, sostenía a una mujer por el brazo, esta lloraba desconsolada, era joven y rubia.... La conocía, claro que la conocía y a aquel hombre también.

«Esto no me puede estar pasando». —Se acercó a su madre en silencio y le preguntó quién era la mujer que lloraba.

—Me parece que es Paola, una de las hijas de tu padre.

Matilde sintió como la sangre se agolpaba de repente en la cabeza, sintió un zumbido agudo... lo último que pudo ver fue el rostro incrédulo de Agustín, quién corría en su ayuda.

CAPÍTULO 10- REVELACIONES

Matilde se encontraba recostada en una camilla en la mismísima enfermería de la Iglesia, Josefa a un lado le sostenía su mano mientras esta recuperaba lentamente la conciencia.

—Mamita, dime por favor que todo lo que pasó solo fue un mal sueño, dímelo por favor—rogó.

Su madre no sabía que decirle, era todo tan injusto para la vida de su hija, Agustín hacía años le había arruinado la vida, y ahora volvía para hacerlo nuevamente y de la forma más macabra.

—Que no daría yo para que todo esto solo fuera un mal sueño, pequeña, tu padre nos sigue cagando la vida aún después de muerto.

Matilde lloraba desconsolada, no era tan solo haber descubierto que la loca «*amiguita*» de Agustín era su media hermana, además estaba la muerte de su padre, y sentirse la amante, eso la hacía sentirse tan idiota. Estaba llena de rencor, ahora sí que haría las cosas bien, y no dejaría entrar en su vida ni una sola vez más a Agustín. Tocaron la puerta y Josefa pensando que era servicio paramédico abrió, allí se encontró de frente con esos ojos almendrados, de los que tantas veces oyó palabras maravillosas, de aquel joven vivaz y gracioso que había hecho tan feliz a su pequeña Matilde.

—Josefa, yo... yo no sabía se lo juro.—explicaba desesperado.

—A mí no me des explicaciones Agustín, ustedes ya son mayorcitos, deben hablar, ya no pueden seguir huyendo uno del otro, sobre todo ahora.

—¿Puedo hablar con ella?—preguntó con reserva.

—Entra, yo no me hago responsable... en cuanto llegue servicio paramédico tendrás que salir, tiene un golpe feo en la cabeza.

—Sí, claro, no te preocupes.

—Bien, Agustín...una cosa —Acotó Josefa.

—Dime Jo...— intentó responder a la interpelación de Josefa pero ella lo interrumpió de inmediato.

—No vuelvas a hacerla sufrir, ya ha pasado suficiente.—le advirtió con voz firme.

Agustín apretó sus puños, en tan solo esas pocas palabras Josefa le había transmitido demasiado, de pronto pensaba que más hubo pasado Matilde, ¿Habría sido todo lo que pasó luego de ese fatídico día, culpa suya? Sacudió su cabeza para sacar esos pensamientos y pasó a la salita.

—¿Cómo te sientes, Mati?

Matilde cerró los ojos con fuerza, tan solo su voz le hacía daño, no quería llorar delante de él, pero la situación lo ameritaba, no se podía detener.

—Agustín, por favor ándate y déjame sola.

—Mati, no seas injusta, yo no lo sabía.—intentó justificarse, Agustín.

—¿Injusta, me dijiste? No tienes una puta idea de lo que es ser injusto, no sabes lo que es, no lo sabes.

—Matilde por favor, dame una oportunidad de explicarte, créeme por favor yo no sabía que Paola era tu hermana.—respondió sin más.

—No, no lo es, jamás será mi hermana esa pendeja arribista, y por lo que veo tus gustos no han cambiado demasiado.

—Mati... ella no significa nada para mí, te lo prometo, te juro por mi madre que desde que me sacaste de tu vida jamás deje de pensar en ti, y haberte encontrado para mí no fue casualidad. Matilde por favor tienes que perdonarme, fui un imbécil, un maldito y puto imbécil, jamás fue mi intención hacerte tal daño... Por favor, perdóname, siento haberte arruinado la vida durante todo este tiempo por mi calentura adolescente.

—Agustín, no me parece el minuto ni el lugar para tu *mea culpa*, y déjame decirte una cosa... No seas egocéntrico, ¿Piensas que por tu engaño mi vida fue una mierda? No niño «yoyo» tu engaño solo fue el comienzo. Tú no sabes nada de mi vida, ahora déjame sola no quiero volver a verte, anda y se feliz con tu vida y tu novia veinteañera.

—No quiero una veinteañera, yo te quiero a ti.—contraatacó desesperado.

—Te demoraste Agustín, esta vez llegaste tarde. —sentenció Matilde.

En ese momento el servicio paramédico irrumpió en aquel lugar y Agustín debió salir de la sala, se sentía nervioso, ansioso y preocupado... No podía creer que Paola fuera media hermana de Matilde. Se tomaba el cabello entre sus manos y caminaba por el pasillo sin cesar.

—¿Y a ti que te pasa? Se supone que me estás acompañando, y a la primera me dejas sola.—le reclamó la rubia.

—Paola, ve a acompañar a tu familia y déjame en paz.— pidió Agustín controlándose.

—¿Me puedes decir quién es esa idiota y porqué te interesa tanto cuidarla?
—exigió Paola molesta.

—Paola, no empieces.

—Te apuesto a que es la puta con la que te encamaste el fin de semana, ¡Eres un cerdo! ¡Cómo se te ocurre traerla aquí!—Reclamó en grito.

—Cálmate Paola, no tienes idea de lo que dices.—murmuró, intentando controlar a la chica.

Agustín un tanto molesto y descolocado con la situación tomó a Paola por el brazo y la sacó del lugar, ésta como ya era costumbre utilizaba todo tipo de manipulación con él, como desmayarse o realizar un verdadero espectáculo, lo cual, a Agustín lo tenía podrido. Si no hubiese estado en la iglesia velando al padre de ésta y de Matilde, la historia hubiese sido otra, pero como pudo zafó, prefirió omitir que a la que llamaba «*Put*a » era su sangre. Por lo que como pudo la tranquilizó y la dejó dentro de la iglesia.

Corrió lo más rápido que pudo en dirección a la enfermería pero ya ni Matilde, ni su madre se encontraban allí, una de las personas que permanecía en el lugar le comentó que se dirigían a la clínica, Agustín sin que se diera cuenta Paola tomó sus cosas y se marchó de aquel lugar, esta vez no permitiría que Matilde huyera de su vida así como así. La llamó tantas veces a su celular sin obtener respuesta alguna, en muchas oportunidades perdió la

paciencia, la busco por todas las clínicas cercanas al lugar pero no la encontró, lo estaba pasando mal, sin querer la historia se repetía.

«No, esta vez no te dejaré ir Matilde», se repetía una y mil veces mientras conducía en su búsqueda. Luego de más de cuatro horas en su búsqueda, se dio por vencido, llegó a su departamento con más frustraciones que buenas noticias, su jaqueca había aparecido como un rayo y su humor se había vuelto de lo peor. Metió las llaves en la puerta entró y tiró su chaqueta, se dirigió directo a la cocina y buscó su medicación, tomo un vaso de agua y no descanso hasta que se lo hubo bebido todo, respiro y desabotonándose la camisa se volvió hacia el living para descansar y ahí fue cuando la vio. Dormida, en posición fetal, con una de sus camisas y el pelo revuelto, se notaba que había llorado, suspiró, no supo si de alegría o alivio pero suspiró, tomo su cabello con ambas manos y volvió a sonreír, jamás esperó encontrarla en su propio departamento... Después de haberla buscado por casi todo Santiago. Se acercó y tomó asiento en el suelo frente a ella, con sus dedos retiró cada mechón de cabello que cubría su rostro y observo esos bellos labios, tan suaves, tan maduros, no era capaz de quitar la vista ese rostro que tantas veces buscó en otros cuerpos, era ella su Matilde, sin caretas, vulnerable así tal cual.

Acarició su cuello, mejillas, y beso aquel feo golpe que tenía en la sien por culpa de aquel desmayo, fue a la cocina y preparó té con canela, trajo una manta y la cubrió, se sentó en el sofá de en frente esperando a verla abrir los ojos, no se perdería ni un minuto de ella, no esta vez. Pasaron las horas y el celular de Agustín comenzó a sonar, lo cual despertó a Matilde de un salto.

—Shhhh, no te preocupes, no pasa nada. —La tranquilizó.

—Perdóname por entrar así a tu departamento, era el único lugar en donde podría estar tranquila.

—Tranquila cielo, no sabes cómo te busque... me estaba volviendo loco, no me contestabas el teléfono.

—Si la verdad es que no quería nada, hasta que de pronto llegue a tu puerta.

—¿Y cómo entraste?

—Tu madre me permitió pasar, nos encontramos cuando ella iba saliendo y

yo te esperaba fuera, me reconoció de inmediato, conversamos mucho y me convenció para que te esperara aquí, sigue siendo un amor, a pesar de que fui una insensata al alejarla de mi vida, pero mis razones tuve.

—Siempre te ha querido, supieras todo lo que me hizo pagar por mi error, nunca me lo perdonó.

—Ya no hablemos de aquello, no quiero remover el pasado.

—Es necesario Mati, hay cosas que aún te hacen daño, sé que son mi culpa pero no me las has querido decir.

Matilde lo observó, suspiró largamente y bebió un sorbo del té que él había preparado.

—Agustín, cuando te vi en mi oficina me quise morir, jamás pensé en volver a verte y me juré a mí misma odiarte y hacerte pasar todos los malos ratos que la vida me permitiese. Sin embargo, desde aquel primer momento mi vida ha sido una montaña rusa de emociones, te he odiado tanto tiempo que no supe otra forma de enfrentarte.

Agustín tomó sus manos y las besó, se sentía tan miserable por aquel engaño, pero aun así, sabía que en el fondo debía existir algo más.

—Mati, perdóname... Nunca me cansaré de odiarme a mí mismo por esa estupidez.

—Tranquilo, éramos unos pendejos y con el tiempo lo entendí de esa manera, mi inexperiencia frente a la pornostar de esa profe no tenían punto de comparación.

—No digas eso, simplemente no tengo excusas para lo que hice, ni siquiera la edad.

—tranquilo, eso ya pasó...

—Pero hay más, Matilde aunque hayan pasado los años, conozco esa mirada, sé que hay algo más que no has querido contarme, no te voy a presionar pero si me involucra, creo que deberíamos liberarnos de todo lo que nos arrastre al pasado. Mati, yo quiero estar contigo hoy mañana y todos los días de mi vida, no quiero perder ni un segundo más sin estar contigo, y sé que tú piensas lo

mismo te conozco cariño, tu cuerpo me lo dijo aquella noche, lo sé.

Matilde se quedó en silencio, no supo qué decir frente a aquella declaración, ella sentía lo mismo, soñaba con correr a sus brazos, pero... ¿Qué había con todo lo que sufrió? ¿Si se lo contaba, le creería? Lo pensó por varios minutos, mientras Agustín acariciaba su rostro y besaba sus manos... Aspiró todo el oxígeno que pudo y con él la valentía y comenzó.

—Yo no puedo darte un mañana Agustín.

—¿De qué hablas?

—Agus, el día de mañana tu querrás proyectarte conmigo si hoy accedo a darte esperanzas, y eso no lo puedo permitir, tú tienes toda una vida por delante.

—¿De qué estás hablando Matilde? —Respondió Agustín preocupado.

—Semanas después que te descubrí, comencé a sentirme mal, muy mal, yo lo asocié a mi estado anímico y no le dije nada a mi madre, pasaron los días y todo fue empeorando hasta que un día no pude más y mi madre me llevó a la clínica, estaba con mucha fiebre y dolor abdominal, las pulsaciones a mil, cuando me ingresaron el médico pensó que podría ser apendicitis pero luego de unos exámenes —Cerró los ojos y suspiró, se había prometido jamás volver a hablar de aquello, pero ahí estaba frente a su mayor temor y dolor— Agustín, yo estuve embarazada de ti.

Agustín retrocedió dos pasos, sus ojos se dilataron y tuvo que volver a sentarse en el sofá, Matilde se levantó y fue por dos vasos de agua fría, le entregó uno a Agustín y volvió a donde se encontraba, tomó la manta y se tapó hasta el cuello, estaba temblando pero no sentía frío, eran los nervios que nuevamente le jugaban una mala pasada.

—Matilde, lo que me estás diciendo es una locura, ¿Qué pasó?

—La locura fue para mí Agustín, tuve un embarazo ectópico mientras tú te revolcabas con tu profe. —dijo con rencor mientras una lagrima caía por su mejilla.

—Matilde, merecía saberlo.

—No merecías nada y lo sabes, fueron momentos muy duros, se me vino el mundo encima Agustín, era una pendeja, estaba en la mitad de la carrera, te había descubierto engañándome y encima con un embarazo inviable por donde se le mirara.

—No sé qué decir Matilde, jamás me perdonaré por ello.

—Eso no me devolverá la oportunidad de ser madre algún día, Agustín.

—¿De qué hablas?

—Jamás podré tener hijos, para salvarme la vida, tuvieron que extirpar mi útero, igual como se sentí que extirparon mi alma... Jamás podré formar mi propia familia, jamás podré ser madre Agustín, nunca podrás tener un futuro a mi lado, por eso te dejo libre, no quiero nada de ti.

—No, no Mati, yo no te voy a dejar ir, por esa excusa.

—No es ninguna excusa Agustín, es mi realidad, puede que hayas tenido un buen sexo conmigo el fin de semana, pero eso no te da derecho a sentirte mi dueño, yo no soy propiedad de nadie, hace muchos años que hago de mi vida lo que quiero, estoy con quien quiero y no tengo compromisos, así todo es mucho más fácil.

—Yo no tuve sexo contigo Matilde, yo te hice el amor como jamás lo hice con nadie, eso me movió el piso entero, Matilde no me interesa si no podemos tener hijos, todo pasa por algo y volverte a encontrar no fue casualidad, estoy seguro.

—No Agustín, no lo hagas más difícil, llevar esta cruz no es fácil, siempre soñé con tener muchos hijos, verlos correr por el jardín, llenar un hogar con risas y manitos sucias... ¿Te das cuenta Agustín? Eso jamás podrá ser.

—Lo haremos, si es lo que sueñas yo te lo daré, no se es padre o madre solo por el hecho de engendrar, también es quién cría, enseña y da amor. Matilde, tú y yo seríamos unos padres magníficos, no te cierres a vivir tus sueños, yo iré a tu lado, jamás dejaré que vuelvas a sufrir. Estaré contigo en cada caída y nos levantaremos juntos, te sostendré y caminaremos de la mano... Mati, no me saques de tu vida, por favor, quiero ser tu compañero, tu amigo, tu amante, quiero todo pero a tu lado, sé que quieres lo mismo pero el miedo te

lo impide.

Matilde lloraba sin consuelo, lo que había soñado siempre un amor verdadero, un proyecto de familia estaba tan solo a unos centímetros de ella, quien le ofrecía el cielo no era más que el único hombre que había amado en su vida. Si se lo hubiesen dicho jamás lo hubiese creído, tapó su rostro con sus manos y limpió sus lágrimas, se sentía absolutamente vulnerable, no sabía qué hacer, pero de lo que sí estaba segura era que no quería dejar marchar a Agustín, en el fondo de su corazón era tan solo a su lado que intentaría ser feliz.

—No sé por qué, pero, te creo, debería estar odiándote. Sin embargo, no puedo, es muy pronto y odio decir esto pero sí quiero Agustín. Te esperé tanto tiempo que no puedo permitirme dejarte ir.

Agustín se puso de pie, la tomó por la cintura y la elevó sosteniéndola en su cadera.

—Te amo Matilde, no solo ahora, lo he hecho siempre... Te adoro, eres lo que siempre ha faltado en mi vida, no te prometo que seremos perfectos pero, sí intentaré que seamos felices.

Matilde no dejó que dijera ni una sola palabra más y con lágrimas en los ojos tomó su rostro entre sus manos y lo besó, lo besó como siempre lo había imaginado, sin rencores, sin dolor, se besaron ya sin máscaras. Agustín la arrastró hasta su dormitorio y ella lo invitó a reencontrarse...

—Hoy no ha sido un buen día, Agustín, solo quiero que estés a mi lado.

—Claro que no ha sido un buen día, pero me has regalado el mejor termino de miles de días, Mati perdóname por todo lo que tuviste que enfrentar sola.

—Eso ya pasó, y ya te perdoné, me perdoné a mí misma y perdoné las circunstancias, hoy necesito reconstruirme y aprender a vivir con esperanza.

—De eso me haré cargo yo, ven ahora dame una de las mejores noches de mi vida.

—No me apetece el sexo por hoy, Agustín.

—Jamás te hablé de sexo, tenerte a mi lado y oír tu respiración calma al

dormir, es lo que hará que esta noche sea una de mis favoritas.

CAPÍTULO 11 – EL VIAJE

—No me lo puedo creer mami, ¿Desde cuándo que se tenía todo este cuento de hadas guardado? —Boqueaba una y otra vez Carol sin poder comprender que Matilde, su amiga, aquella dura de alma y corazón, fuera a compartir ahora su vida con Agustín, aquel mismo hombre del que con tanto odio le habló unas cuantas veces.

—¡Ay, no! Pero es que yo necesito que alguien me pellizque bien este brazo, mi gata, mi pequeña y uraña gatita se nos va... —Lloriqueaba José Antonio, sin poder asimilar aquel tan drástico cambio de actitud de Matilde, o estaba realmente enamorada o estaba desquiciada.

—¡Pero, por favor! Qué melodramáticos... No me voy a casar ni me voy de viaje por Europa ni nada de eso, simplemente nos vamos a vivir juntos, después de estos dos meses, intensos meses, la verdad es que no encontramos sentido estar separados, no podemos la verdad. —Les explicó a sus amigos con algo de vergüenza, lo cual sus mejillas delataban con un hermoso tono rosado en su piel. —Por lo demás no tengo dieciocho años ¿Qué les pasa? ¿No querían verme feliz? Pues, aquí me tienen sonriendo como una verdadera idiota.

—Eres la idiota más hermosa que he visto en mi vida... y claro que estamos felices por ti mi gata, es tan solo que verte volar sin todas esas ataduras y miedos es algo muy emocionante.

—Antony querido, te quiero tanto...

—Sí, claro y a una que se la coman los cocodrilos¿verdad?

Matilde sonrió y con sus brazos invitó a sus dos amigos a unirse, los abrazó tanto que su corazón parecía explotar, al fin estaba siendo realmente feliz. Después de dos meses de la muerte de su padre, la relación con Agustín se afianzó, no podían separarse el uno del otro, y aunque intentaban seguir la rutina como antes de reconciliarse, como si nada hubiese pasado, les resultaba tremendamente difícil, sobretodo trabajar juntos. Tan solo una mirada y el universo explotaba, tan solo un roce y sus cuerpos temblaban por

inercia. Hasta que un día Agustín le propuso una idea para pasar más tiempo juntos, más que solo una noche de pasión. Y lo hizo de una forma muy particular, como era su estilo.

Una noche Matilde llegó al departamento de Agustín, él la había invitado para ver una película juntos, comer sushi y beber el espumante que a ambos les encantaba. Matilde llegó y antes de entrar en el departamento una serie de secuencias en papelitos llamaron su atención. Fuera del ascensor una flecha en dirección a la puerta de Agustín que decía *«Me encanta sentirte encima... soy el piso, continua por favor»* la ocurrencia de Agustín la hizo sonreír, siguió adelante y en la puerta encontró otro papelito *«Quiero que me toques siempre, atte. La puerta...»* ya en esta etapa las carcajadas de Matilde de oían hasta dentro en donde Agustín, muy ansioso la esperaba en la habitación. Matilde ingreso y todo lo que había dentro de ese departamento tenía un papelito con un mensaje para ella... absolutamente todo. *«Quiero cobijarte todos los días, el sofá» «Me encantaría sentir tus labios cada mañana, tu tazón» «Adoraría ver tus ojos cada día, este mágico espejo»* y así por donde viese, habían papelitos de diferentes colores con mensajes divertidos, hasta que ella comenzó a entender... su sonrisa se borró de su rostro y el nerviosismo se apoderó de ella, Agustín no aparecía por ninguna parte, pero en el pasillo una camita pequeña llamó su atención y patitas dibujadas hasta la habitación la cual también tenía un mensaje, ahora mucho más directo. *«Me fascina cuando duermes aquí, sentir tu respiración calma hace que este departamento no solo sea un lugar para vivir y dormir, haces que todo esto parezca un hogar...quédate»*

Se detuvo un momento y sus ojos comenzaron a aguarse, lo cierto era que Agustín hace un par de días le daba a entender todo esto, no se lo había pedido directamente, pero este gesto de él, no hacía más que llenarle el corazón, con cautela abrió la puerta y detrás de ella se encontraba él, su amor, su vida, incluso su aliento.

Agustín se encontraba de pie, descalzo y despeinado como sabía que a ella le volvía loca, en sus brazos descansaba una gatita, ronroneaba y movía la cola, en su cuello una campanita y un papelito el cual decía... *«Nos encantaría ser tu familia»* Matilde no pudo más y corrió a abrazar a Agustín y a esa gatita que habían visto en la calle un par de días atrás, en una de las

tantas adopciones de animales. «*Quisiera tanto tener una gatita, son el único animal con el que me siento cómoda*» esas fueron las palabras que convencieron a Agustín de llevar una mascota a su departamento, ni en sueños lo hubiese hecho antes, pero era para ella, para su Mati, y con eso ya era suficiente.

— ¿Estás seguro de lo que pides? Puedo ser la persona más desagradable del mundo a veces, soy un poco desordenada y odio la pasta de dientes esparcida por el lavamanos, a veces me levanto por las noche a comer manjar y...

— Interrumpió Agustín poniendo un dedo sobre sus labios

—Shhh... no me digas nada, todos esos maravillosos detalles quiero descubrirlos por mí mismo, déjame entrar en tu mundo Mati, conozcámonos otra vez, ¿Qué dices?

—Sí, pero con una condición.—advirtió Matilde

—La que quieras.—contestó exultante de alegría Agustín

—No me digas nunca esa cursilería de “*Te quieres casar conmigo*” porque te diré que no, compartamos nuestra vida juntos pero libres.

—Me encanta. —Sostuvo él.

—Bien, entonces sí acepto, mostrarte lo mejor y lo peor de mí, conste que te advertí.

—Consté que yo no he dicho nada, pero también tengo lo mío.

—dejemos que el tiempo diga, no condicionemos esto.

—Te adoro Mati, eres lo mejor que la vida me está dando.

—Y yo a ti bonito, ahora muéstrame dónde hay más papelitos.

—Luego no te arrepientas, busca y encontrarás.

Ya instalados ambos en un departamento mucho más amplio la vida les estaba dando lo mejor de cada uno, no era tan solo recuperar el tiempo perdido, sino más bien, construir, no se habían prometido nada más que atreverse y dejarse llevar, ambos lo estaban haciendo de maravilla. Sin embargo Paola insistía, no había superado la negativa rotunda de Agustín, él

sabía que ella podría ser un dolor de cabeza, pero lo que no sabía es que se convertiría en su peor pesadilla.

—Mati, Sebastián te necesita en su oficina. —Informó Catalina por el alta voz, sacándola de la tarea en la que estaba concentrada.

—Gracias Catita, voy enseguida. —Respondió.

Catalina aún intentaba desenredar el porqué del cambio de actitud de Matilde, era otra persona, una persona mucho más feliz, a ella le daba muchísimo gusto, pero también, le comía la curiosidad de saber el porqué.

—Catalina, estaré en la oficina de Sebastián, en cuanto llegue Agustín coméntale que sobre mi escritorio se encuentra la nueva solicitud de la campaña Otoño–Invierno del Retail.

—Claro Mati, no te preocupes, enseguida te llevo un tecito.

—Gracias bonita.

Matilde hacía mucho que había puesto fin a las proposiciones de Sebastián, quien no se conformaba e insistía cada vez que podía, cosa que ya la estaba fastidiando en demasía. Suspiro una vez, abotonó su blusa para no provocarle y abrió.

—Miren a quién tenemos aquí, si no te llamo ahora no vienes. —Musitó Sebastián, levantándose de su cómodo futón para recibir a Matilde.

—Supongo que sabes mejor que yo el nivel de carga que tenemos Sebastián, no me puedo permitir el lujo de venir a hacer vida social contigo.

—Un buenos días no le hace mal a nadie, ¿Cómo vas Matilde? Te veo cada día mejor, tan radiante y contenta.

—Veo que te preocupas mucho por describir mis emociones Sebastián, y sí, gracias estoy muy bien.

—¿Y... a qué debemos el honor?

—Menos pregunta Dios y perdona.

—En fin... te llamaba para comentarte que debes viajar a Alemania la próxima semana, es solo un par de días en que debemos reunirnos con

importantes marcas, solo publicidad Matilde, ya sabes...

—¿Debemos?

—Si claro, yo también voy.

—Sebastián, eso es una tontería el que siempre ha ido a ver todos esos temas eres tú, ¿quién se quedará a cargo?... estás loco.

—¿Y para qué contraté a Agustín, si no es para reemplazarte?

—Sebastián...

—Sebastián nada, los pasajes están comprados, solo te estoy informando.

—Está bien ahí estaré, pero que te quede claro, este es solo un viaje de negocios, no intentes pasarte de listo Sebastián. ¿Solo era eso? Tengo mucho que hacer.

—Sí gracias por tu atención, y no lo tomes a mal por favor «*business are business*»

—Sí, claro. —Respondió abatida.

Matilde cerró tras ella la puerta de la oficina de Sebastián y se mordió los labios, ¿cómo le diría a Agustín que pasaría una semana en Alemania y con Sebastián? Si bien se estaban llevando maravillosamente, este pequeño paréntesis provocaría sin duda molestia en Agustín, quién por cierto, ya se había percatado de las intenciones de su jefe. Después de unos cuantos días se armó de valor y le comentó a Agustín lo del viaje, no estaba preocupada por lo que pensaba Agustín, era más bien estar tanto tiempo separada, se le estaba haciendo costumbre dormir al lado de su cuerpo tibio.

—¿Alemania? Pero si Sebastián siempre ha hecho estos viajes solo... que poco delicado es para intentar algo contigo, Mati.

—Agustín por favor, no pienses cosas que no son.

—o que fueron...

Matilde cerró los ojos y apretó sus puños, lo que menos le apetecía era tener que discutir con Agustín por culpa de Sebastián, pero tampoco le aguantaría ese tipo de comentarios, por mucho que lo quisiera, el pasado era

suyo y no tenía por qué ningunearlo.

—Si fue o no fue es problema mío, Agustín yo te amo, pero eso no te da derecho a meterte en mi pasado, yo sé lo que hice y porqué lo hice, eso a ti no te incumbe. Yo jamás me he metido en tu vida antes de mí, ni siquiera he cuestionado tu horrorosa relación con Paola, pido lo mismo de tu parte, ahora estamos juntos y eso es lo que importa, yo te respeto hoy.

—Lo sé, Mati, perdona, pero no puedo evitar sentir celos de Sebastián, siempre supe que él estaba loco por ti, me lo dejó ver muchas veces.

—Ese es su problema yo no le he dado razones.

—Soy un idiota, perdóname cariño.

—Ya deja de hablar idioteces, vamos a relajarnos un rato ¿sí? Debo empacar y todo eso más tarde, ahora regálame unos minutitos.

Y así fue, por unos minutos se olvidaron de sus temores y disfrutaron una vez más de sí mismos, conversar, sonreír, tomar helado, ver televisión incluso bailar se habían convertido para ambos en unos de los pasatiempos que más añoraban una vez estaban solos. Los días pasaron y llegó el momento de viajar, aquella noche se amaron como si no se volviesen a ver, Matilde así lo sentía cada vez que debía separarse de Agustín, cosa que la preocupaba y angustiaba a la vez, no quería convertirse en la típica noviecita sobreprotectora y asfixiante, por lo que cada cierto tiempo se obligaba a pasar tiempo sola, como seguir yendo a sus clases de *kickboxing* o simplemente salía a correr por el parque cercano al departamento que compartían juntos.

—Bien Agustín, entonces el barco es todo tuyo. —Musitó Sebastián dándole un par de golpes en la espalda.

—Sí claro, no te preocupes, concéntrense en traer ese contrato a *Crearte*.

—Sabes que cuando quiero algo, lo consigo.

Aquella frase a Agustín le revolvió el estómago, Sebastián arrastraba las palabras mientras observaba a Matilde guardar las maletas en la van que los llevaría al aeropuerto.

—Me lo imagino, por algo estás dónde estás, laboralmente digo.

—jajaja... Bueno amigo mío nos vemos a la vuelta.

Se acercó y le dio un abrazo, mientras al oído le susurró.

—Ya verás cómo esta gata se deja hacer fuera del estrés de este país.

Agustín apretó sus puños para no evidenciar las ganas que sentía de romperle la cara a ese idiota, hacía tiempo le venía insinuando cosas sobre Matilde, que por petición de ella misma Agustín obviaba. Pero, últimamente estaba prefiriendo buscar otro trabajo y ponerlo en su lugar.

—No seas ingenuo Sebastián, si llevas a Matilde a este viaje solo para intentar seducirla pierdes tu tiempo.

—Ya veremos amigo, ya veremos.

Agustín se alejó de Sebastián antes de que su raciocinio lo abandonara por completo.

—Chao Mati, cuídate mucho, suerte en todo y que les vaya bien.

Matilde se acercó y abrazó a Agustín, este al oído le susurró.

—No permitas que ese idiota te ponga una mano encima.

—Ni lo sueñes cariño, cuídate mucho y no olvides que te amo.

—Ya vámonos Matilde o perderemos el vuelo, cualquier cosa pendiente lo ven vía mail. —Interrumpió Sebastián quien también sospechaba el acercamiento de estos dos últimamente.

Agustín se alejó de Matilde y la observó subirse a aquel vehículo con ese maldito hijo de puta, sabía que intentaría de todo para hacerla caer, no le quedaba más que confiar en su amor. Era la única carta que le quedaba.

Al volver a la oficina el viejo Pierattini le estaba esperando.

—Agustín llevo una hora esperando, cuál es el afán de hacerme pasar malos ratos en esta compañía.

—Fabrizzio, un gusto, dígame en que puedo ayudarle.

—En mucho Agustín, si me ayudas podrías llegar muy alto.

—Pasemos a mi oficina, allí podremos conversar mejor.

«Y ahora que se trae este viejo baboso»

—Necesito que Matilde lleve mi cuenta nuevamente, necesito a esa mujer cerca una vez más.

—Perdóneme Fabrizzio, pero no le voy a consentir que se exprese de esa forma de Matilde.

—Agustín entre nosotros, te diré algo, esa mujer es una cualquiera, se revuelca con el dueño de esta agencia y con quien sabe más, no la defiendas que te vas a quemar... Es una arpía obstinada, no te ciegues Agustín, las perras, siempre serán perras. Agustín no se pudo contener más, ni siquiera pensó en que Fabrizzio era un viejo de más de sesenta años, se le abalanzó encima y lo golpeó, lo golpeó tanto que no sentía sus nudillos.

—Eres un cerdo viejo maldito, un verdadero cerdo—. Gritaba Agustín encima Fabrizzio, lo que hizo que todos en la agencia entrasen en la oficina que compartía con Matilde, hasta que lograron quitar a Agustín de encima del viejo, que a esa altura estaba envuelto en sangre y casi no se podía poner de pie.

—No se te ocurra volver viejo maricón, tu cuenta a caducado hoy mismo en esta agencia.

—No sabes lo que dices pendejo de mierda, si me voy de esta agencia se mueren todos de hambre.

—¡No eres indispensable hijo de puta!

El personal se llevó al viejo Pierattini de la agencia, ya que este no quiso ir a una clínica a constatar lesiones el tema no paso a mayores más que unos cuantos moratones, pero Agustín sabía que eso no quedaría ahí. Se encontraba en el baño limpiando sus manos cuando su celular comenzó a sonar, en la pantalla Paola en todo su esplendor.

«Realmente hoy es un día de mierda» Lo dejó sonar y así pasó en más de cuatro ocasiones, hasta que al fin dejo de intentarlo, pero en su lugar un

mensaje de texto como última opción quedó prendado a la pantalla de inicio.

«Debo hablar contigo, es urgente, realmente es urgente por favor llámame en cuanto puedas»

Agustín se sentó en el escritorio, tenía la camisa arrugada y tintada en rojo por la sangre del viejo, su cabello estaba revuelto y su rostro contracturado lo dejaba en evidencia del puto día que estaba teniendo.

—Agustín, te traje un té, si me permites, te recomiendo que te vayas a casa a cambiarte de ropa, tienes un aspecto del terror. —Le comentó Catalina, a quien le temblaban aún las manos por los nervios

—Si Catita, perdona el espectáculo pero este viejo me sacó de todas mis casillas, no medí consecuencias... veremos que pasará ahora.

—Me imagino, para que te comportaras de esa forma.

—En fin, gracias por el té, lo tomaré para calmarme un poco y me iré a cambiar.

—Sería bueno, pero cálmate un poco estás muy alterado aún.

—Sí Cata, muchas gracias.

Agustín se tomó su tiempo y luego tomó el ascensor directo al estacionamiento para que el personal no lo viera, se subió a su automóvil y volvió a leer el mensaje de Paola, quizás si era importante lo que tenía que decirle. Por lo que decidió que antes de marchar debía llamarla.

—Paola, dime qué necesito estoy realmente ocupado

—Perdona Agustín, pero esto es importante me gustaría reunirme contigo.

—Paola si estás intentando utilizar tus típicas artimañas para verme déjame decirte que...

—Estoy embarazada Agustín, y es tuyo.

Agustín colgó.... Sintió que el pecho le explotaría, si esta era una de las cuantas cizañas de Paola por verlo se estaba pasando, era una broma pero de muy mal gusto. Se revolvió el cabello con ambas manos, casi no podía abrir

los ojos, la jaqueca lo había atacado de golpe... Prefirió quedarse ahí, en el estacionamiento en silencio, sin nadie, en oscuridad, cómo sería su vida ahora en adelante si la noticia de Paola era cierta.

CAPÍTULO 12 – DISTANCIA

Una vez Matilde hubo puesto un pie en el avión, sintió en su pecho una sensación desagradable, su sexto maldito sentido se lo gritaba, sus manos comenzaron a sudar y aquellas ganas de llorar que no tenía hace tanto, se presentaron de golpe. Sebastián, por su parte estaba radiante, intentaba complacer a Matilde en el más mínimo detalle, como por ejemplo, haber comprado boletos para primera clase.

—Matilde, cambia esa cara por favor, pareciese que fuese un suplicio viajar a mi lado.

—Sebastián, no lo tomes personal pero sinceramente me siento fatal, intenta no hablarme al menos por lo que reste de viaje.

—Eres divinamente insoportable.

Ella rodó los ojos y puso sobre ellos la tela para poder descansar un poco, no le apetecía estar diecinueve horas en ese vuelo, ya no le apetecía nada estar al lado de Sebastián, de un tiempo a esta parte él se había convertido en todo lo que jamás le llamaría la atención en un hombre, un baboso. Él pidió un trago fuerte como le gustaban y puso los audífonos sobre sus oídos para oír una de sus orquestas favoritas, era la única forma de capear los viajes largos.

Una vez llegados a Munich, Alemania. El taxi los esperaba para llevarlos al hotel, allí Matilde tomó una ducha, y realizó varios intentos para contactar a Agustín, sin embargo, no obtuvo resultados, algo le parecía extraño, niquiera tenía un *whatsapp* de él, ni un mensaje en el buzón de voz, nada de nada como si él no existiese, Matilde removió su cabeza, a veces las cosas que pensaba le ponían el vello de punta, «*Algún día terminaré infartándome solo con lo que pienso*».

Al día siguiente Agustín esperaba en las puertas de la Clínica a Paola, quería cerciorarse de que lo que esta le había confesado fuera real.

—No sé por quién me tomas, si te digo que estoy embarazada es porque

así es.

—Yo no dudo que lo estés Paola.

—¿Perdón? ¿Tú estás insinuando que...?

—Paola, hace un poco más de dos meses que no estoy contigo, ¿Qué quieres que piense?

—Eres un maldito inconsciente. —Respondió Paola con lágrimas en los ojos, que a él ya no conmovían, mal utilizó tanto aquella estrategia que Agustín no le creía nada.

—Paola, lo único que te pido es que te ahorres el *show* y vamos que se nos hace tarde.

Paola lo siguió, intentó tomar su mano pero éste la retiró de forma inmediata, no estaba de humor para idioteces, no había logrado comunicarse con Matilde y su mente era un huracán de malas películas.

—No te pases Paola, estoy aquí porque quiero saber en qué condiciones estás, y si me corresponde o no apoyarte, porque quiero que sepas que jamás he sido un inconsciente, y si he cometido errores en mi vida me he hecho cargo.

—Este será nuestro hermoso error.

—Mejor ve a hablar con la recepcionista y anuncia tu llegada, tengo cosas que hacer.

Paola caminó sonriente y radiante, su plan le había resultado a la perfección, un hijo era la única forma de tener a Agustín con ella, haberse embarazado justo tiempo antes de que él la dejara había sido una de sus mejores cartas, lo tendría de vuelta lo había conseguido. Incluso masacrando su perfecta figura, todo lo valía con tal de amarrar a Agustín a su vida.

Agustín no se lo podía creer, unos latidos a mil por hora invadían su cabeza, algo en él despertó y se sorprendió sonriendo, algo que no tenía forma pero sí un pequeño y fuerte corazón lo puso de cabeza. No vio a Paola, no tomó su mano ni mucho menos la besó, pero en su interior algo explotó y se derramó por sus venas, adrenalina quizás, no lo sabía pero ahí estaba

observando aquella pantalla que le mostraba una vida desde el mismo comienzo.

—Paola, tienes exactamente once semanas, lo cual vendría siendo un poco más de dos meses, te solicitaré varios exámenes que corresponden a los normales de rutina, pero a simple vista el pequeño se ve en óptimas condiciones, debes hacer tu vida normal y te recetaré algunas vitaminas. Y bueno felicitaciones a ambos. —El doctor muy sonriente, seguía escribiendo sobre el informe de Paola.

—Perdón, yo quisiera... Doctor, necesito un examen de ADN.

Al doctor se le borró la sonrisa de la cara cambiándola por una de incomodidad, pero como buen médico instaló la imparcialidad en su compungido rostro.

—Eh, sí claro... existe un examen que se realiza desde la semana diez de embarazo y que tarda aproximadamente diez días, siempre y cuando la madre esté de acuerdo en realizarlo.

—Obvio, yo no tengo ningún problema.

—«*Ese hijo es mío, y ella lo sabe, siempre lo supo*» —se dijo Agustín, viendo la determinación con que Paola accedió a realizarse aquel examen.

—Muy bien, entonces Paola, puedes pasar por laboratorio con esta orden, para que tomes una hora y puedas realizarte el examen que pide el señor aquí presente. —Paola sonrió y tomó todos los papeles y recetas que el médico le entregó, se despidió muy cordialmente y salió de la consulta.

—¿Aún te quedan dudas?

—Veremos que dice el examen.

—Está bien cariño, ya verás cómo este chiquitín nos une nuevamente, ¿No querrás que tu hijo se crie sin sus padres, verdad?

—No me manipules Paola, ni utilices a un bebé para eso, es lo más bajo que podrías hacer.

—Vamos Agustín, con la vieja infértil que tienes de noviecita vas a ser muy miserable, todos necesitan un niño en sus vidas.

—¿Qué te has creído Paola? No eres nadie para tratar a Matilde de esa manera, y yo no te lo voy a permitir... No porque estés embarazada podrás hacer y decir lo que quieras, ya te lo dije no intentes manipularme.

Se soltó de su agarre y camino directo a su vehículo dejándola sola en la entrada de la clínica.

—Te aviso cuando tenga el examen querido. —Le gritó cuando este pasó por su lado.

Agustín conducía sin prestar atención, se ganó unas cuantas malas palabras y bocinazos a su haber, a veces se sorprendía sonriendo al recordar esos soniditos que se acompasaban con los de él, pero pronto el cargo de conciencia lo invadía y era cuando aceleraba hasta más no dar. Su celular comenzó a sonar y se detuvo en seco frente a un estacionamiento disponible.

«Matilde... no quiero perderte, cómo te explicaré esto»

Se tomó unos minutos para contestar, ella lo conocía demasiado y notaría en tan solo su voz que algo estaba ocurriendo, por lo que solo observo su imagen en la pantalla iluminada hasta que esta desapareció. Tomó su cabello con ambas manos y dejó caer su rostro sobre el volante, se sentía atrapado, contrariado, la mayor tristeza de Matilde era precisamente no poder engendrar, y el la traicionaría de la peor forma, teniendo un hijo con otra.

«Que extraño» pensó, durante el entre tiempo de la reunión había intentado una vez más hablar con Agustín, sin tener buenos resultados, ya se estaba comenzando a inquietar, algo debió haber pasado, se repetía una y mil veces. Por lo que decidió llamar a Catalina.

—Hola Catita.

—!Mati! ¿Qué tal Munich? Ah, que sueño estar allí.

—Catalina, nada nuevo por aquí, te llamo rapidito estoy en el entre tiempo de la reunión, te quiero preguntar algo.

—¿Dime Mati, en que puedo ayudarte?

—¿Qué pasa con Agustín? Estoy intentando ubicarlo desde anoche.

—Ay Matilde, pensé que sabías.

—¿Qué sabía qué? No me asustes Cata.

—Ayer Agustín se transó a golpes con el viejo Pierattini, y casi lo mata.

—¿Qué? ¿Pero cómo? ¿Por qué?

—Pucha Matilde, no sé muy bien que pasó pero cuando llegamos a separarlos Agustín estaba sobre el viejo y no paraba de golpearlo, le destrozó el rostro.

—Ay, Catalina. Por Dios, ¿Y dónde está Agustín ahora?

—No tengo idea Mati, he estado llamándolo y no me contesta, pero ayer de aquí salió muy mal.

—Catalina hazme un favor, apenas lo veas pídele que se comunique conmigo, da lo mismo que esté en reunión yo me hago un minuto, pero me urge hablar con él.

—Si Matilde, pero no te preocupes, debe andar resolviendo el tema con el viejo.

—Espero así sea, ese viejo maldito ahora sí que nos va a hundir.

—Tranquila, Mati. Un beso.

—Gracias, Catalina.

Matilde cortó la llamada y se sostuvo apoyándose en la pared todo parecía ir de mal en peor, esa sensación aun no desaparecía de su pecho y eso la estaba asustando.

—Al parecer ya te enteraste de lo que hizo el imbécil de Agustín. —Le habló Sebastián por la espalda.

—Ese viejo es un maldito, hace tiempo que viene dando problemas a la agencia.

—Por tí, todo siempre es por ti Matilde.

—¿Qué tengo que ver yo Sebastián? ¡Por favor!

—Tú lo sabes, haces enloquecer, cometer errores, ser imprudente, convertimos en malditos idiotas por tí. —Sebastián hablaba con un dejo de

rabia, mientras pasaba sus suaves dedos por uno de los hombros de Matilde—. Con tan solo tenerte cerca la locura se instala en la mente, uno comienza a planear cualquier cosa para poder estar a tu lado, o dentro de ti.

—¡Qué te pasa imbécil! Sebastián, ambos sabíamos cómo era el tema entre nosotros, nada de sentimientos, nada de ataduras, yo me cansé y punto. Nada me obliga a estar contigo, ni con nadie.

—Agustín, él es tu nuevo juguete ¿verdad?, si lo traje a la agencia fue para quitarte un poco de carga laboral, no para que lo hicieras parte de tu *staff* para satisfacer tus necesidades.

—¿Qué estás hablando Sebastián?

—Es cosa de mirarlo, tiene esa locura instalada en sus ojos, y eso fue lo que pasó con Pierattini, los vuelves locos Matilde, y tú muy campante como si nada.

—No sabes lo que dices Sebastián, la reunión ya comenzó, no pienso quedarme aquí a seguir oyendo tus necedades.

—De mí no te escaparas Mati, eso te lo aseguro, y con respecto a Agustín... Está despedido.

—Matilde se quedó boqueando, no pudo decir nada... Entro al baño de damas acomodó su peinado y respiró hondo, no permitiría llorar, no delante de ese imbécil, mucho menos ahora, que debía entrar a esa reunión. Tomo su celular y le envió un mensaje de *Whatsapp* a Agustín:

«Mi vida, sé lo que pasó con Pierattini, no te preocupes, yo estoy contigo hasta el final, llámame cuando puedas, no me alejes de ti».

Llevó su celular hasta su pecho y cerró los ojos, fuera lo que fuera que le estaba pasando estaría con él, no permitiría que por la obsesión de Sebastián todo se fuera por la borda entre ellos, mucho menos ahora que su relación era sabida por la agencia, lo cual la hacía mucho más fuerte.

Agustín se encontraba en el sofá de su nueva casa, aquella que hace tan poco había comenzado a compartir con la mujer que más amaba en la vida, cuando su celular vibró, leyó el mensaje con una sonrisa, sin embargo, aquella no llegó hasta sus ojos. Como una película pasó el futuro por su

mente y comenzó a llorar, como solo una vez lo había hecho, sabía que cuando ella se enterará que sería padre sería el final de su relación. Y por otro lado estaba la idea de ser padre, aquella que a veces lo hacía sonreír, ¿Qué culpa tenía esa criatura? Realmente, se sentía atrapado. Acomodó sus codos en las rodillas, y con ambas manos sostuvo su cabeza y sollozó.

—¿Cariño qué te pasa?—La voz de una Maritza conmovida llenó la estancia.

Su madre venía entrando, ya que la preocupación la estaba matando, sabía por Matilde lo que había pasado y tampoco ella se había podido comunicar con él.

—Mamá, la cagué, se pudrió todo... Matilde me va a dejar, estoy seguro, no lo podrá soportar, no de nuevo.—contestó desesperado entre lágrimas

—¿De qué hablas Agustín? ¿Qué hiciste?—Indagó la madre intentando entender a su hijo.

Él le contó a su madre que sería padre, que la mujer era la media hermana de Matilde, y que por su parte el amor de su vida no podría jamás tener uno propio. Maritza, tal como Agustín supo de inmediato que Matilde desaparecía de sus vidas, tal como lo había hecho diez años atrás, acunó a su hijo como entonces, y elevó una oración en silencio por él, sabía que pronto para Agustín todo sería oscuridad, salvo por el pequeño brillo en sus ojos al contarle que sería padre. ¿Por qué para su hijo era tan difícil conseguir la felicidad?

—Mamá —musitó, un poco más calmado

—Si, cariño —Contestó, mientras acariciaba su cabello, como lo hace una madre calmando a su pequeño.

—Serás abuela—reiteró con una sonrisa triste.

—Y tú padre cariño, serás el mejor del mundo.— contestó sin dudar.

Ambos sonrieron, aunque sabían que sería difícil, quizás el reto más grande en sus vidas, pero estarían juntos para enfrentarlo.

Después de casi dos semanas Matilde volvió desde Alemania. Sabía que

algo estaba pasando, Agustín ya no era el mismo, las veces que habían hablado en la distancia se comportaba extraño, como si la evitara. La llegada a casa no fue distinta, ya que él no se encontraba, ni tampoco la había ido a encontrar al aeropuerto. Sebastián había cumplido su palabra y lo hubo despedido por el altercado con Pierattini. Sin embargo, él ya había conseguido trabajo en otra agencia.

Matilde a su vez, había pensado en renunciar, mas, debía terminar algunos proyectos por lo que le era imposible dejarlos a medias. En Alemania uno de los gerentes de una de las agencias más reconocidas la tentó con una propuesta excelente, que a pesar de pensarlo la rechazó, su vida con Agustín era mejor que cualquier cosa.

Instalada ya en su casa, le pareció extraño encontrar muchísimas colillas de cigarrillo, Agustín no fumaba... no hasta entonces, además de muchas latas de cerveza, algo le estaba pasando de eso no había dudas, pero ¿Qué? Se despojó del equipaje y de su ropa e ingresó a la ducha, era lo que tanto deseaba, sacarse de la piel la cercanía de Sebastián, el despido de Agustín, su lejanía, esa sensación de que algo estaba mal... Dejó que el agua se llevara todo, cerró los ojos y se sostuvo en la pared, de pronto unas manos recorrieron su cintura y una cálida voz le susurró al oído.—Te extrañé.

Era la voz que había deseado oír todo el tiempo, Matilde no se giró ni le habló, permaneció con los ojos cerrados, quizás pidiendo a la vida que todo volviera a ser como antes, como hace tan solo dos semanas atrás.

Agustín venía de su trote matutino que tan solo ese día había retomado, se despojó de su ropa en cuanto se dio cuenta que Matilde ya estaba en casa, y se metió a la ducha, en cuanto la vio desnuda no se contuvo y por un momento dejó la muralla que estaba construyendo, quizás sería la última vez que estaban de esa manera.

—Te extrañe, extrañé tu aroma, tu piel, tu voz, tu cuerpo tibio a mi lado todas las noches, extrañe tu risa fuerte y tu respiración calma. Te extrañé toda mi vida, no quisiera volver a sentir así, no otra vez—. Agustín recorría su cuerpo como grabándolo en su mente, cada rincón, lleno de besos cada centímetro de su piel.

—Yo también te extrañe cariño, ¿Por qué no me contaste lo de la

agencia?

—No hablemos de eso ahora, no hablemos de nada, déjame amarte, una y mil veces hoy. Solo necesito de ti.

Matilde se entregó a pesar de estar furiosa y triste por la distancia que él había puesto entre ellos las últimas dos semanas. Sin embargo, se entregó, extrañaba su calor, sus manos, su piel, sus besos, ambos convirtieron la ducha en un lugar maravilloso para el placer. Ambos se empaparon, se resbalaron y juntos llegaron al cielo. Dos semanas sin verse era sin duda todo un sacrificio.

—¿Por qué no fuiste por mí? —Reclamó Matilde una vez en la cama, donde siguieron la bienvenida.

—Lo siento, han pasado muchas cosas desde el mismo día en que te fuiste a Alemania, no quise ponerte nerviosa con lo de Pierattini, y ya ves, ya tengo trabajo en otra agencia, sabía desde un principio que Sebastián optaría por cortar el hilo por lo más delgado, o sea, despedirme.

—Debiste contármelo antes de enterarme por ese idiota.

—Da igual.

—¿Dónde vas? —Preguntó Matilde al verlo levantarse de la cama de un momento a otro.

—Por un cigarrillo.

—¿Qué te pasa Agustín? Tú no fumas, y te recuerdo que ahora vivimos juntos. No soporto el olor del cigarrillo.—advirtió ella

Agustín se quedó viéndola desde el umbral de la puerta, desnudo. Sacudió su cabello con una mano, mientras que con la otra tomó bóxer para vestirse y salió. Matilde se quedó con una sensación de vacío que le provocó una angustia horrible, y lloró. Lloró por la incertidumbre y la frialdad con que Agustín la estaba tratando, cuando debía estar ahí con ella en la cama, continuando con la bienvenida o riendo por las cosas que ella le contaría del viaje, o tal vez le gustaría saber de qué trata su nuevo trabajo, si la gente es amable o si tiene oficina para el solo. Sin embargo ahí estaba, sola, desnuda y llorando.

Aquel día fue extraño, habían momentos en que Agustín se acercaba a ella y volvía a ser el de antes, como también lo había en donde solo parecía un ente que deambulaba por la casa. Cansada de no entender nada, tomó su bolso y salió del departamento camino al de José Antonio.

Agustín fumaba en la terraza, con un vaso de *whisky* en la mano y con un nudo en la garganta se decidió por contarle a Matilde la verdad, había jurado no volver a mentirle, no volver a hacerle daño, y sin querer lo estaba haciendo, su carácter era de esa forma, no sabía cómo reaccionar, cómo esconder un problema de tal magnitud. Se levantó decidido a hablar con ella, la había sentido llorar desde el otro lado de la puerta y se sentía un miserable, *«Y esto es solo el comienzo de mi puto calvario»*.

Abrió la puerta y se dio cuenta de que ella no estaba, en el closet estaba abierto y faltaba ropa, tampoco estaba su bolso ni sus documentos, ni menos estaba la pequeña y negra gatita.

—Comenzó mi calvario. —se dijo y se sentó en el lado de la cama que ocupaba Matilde, olió su almohada y se durmió.

Matilde conducía con lágrimas en los ojos hacia el departamento de José Antonio, su fiel amigo, ya que Carol se encontraba en vuelo. Se sentía vacía, sentía que al Agustín que había dejado aquel día que tomó el vuelo a Alemania se lo habían cambiado por otro, uno que no le daba ni la más mínima importancia. José Antonio vio a Matilde desde la ventana de su sexto piso y supo de inmediato que era un día de « Aquellos », por lo que corrió a sacar los inciensos y a abrir las ventanas. Posterior a eso la esperó sonriente en la puerta del ascensor.

—¡Querida Mía!, antes que me saludes, ¿Me trajiste los encargos que te hice?

—José Antonio, no te hagas el idiota, déjame entrar.

—Pero Mati, estaba todo tan bien. ¿Qué paso? —José Antonio fue directo, no le resultó la payasada que había planeado para hacerla sonreír.

—No lo sé, solo quiero que me alojes hoy en tu casa.

—Ni que lo digas cariño, esta también es tu casa.

—Necesito que me leas las cartas.

—Ay, no cariño. Dejemos al tiempo que diga.

— ¡José Antonio! Te conozco demasiado, ¡Ya las viste!

—No claro que no, o sea... es decir... tienes que confiar Matilde.—intento explicarse José

— ¡Las viste!—recriminó Matilde.

—Bueno sí, ok, sí. Pero es que me tenías preocupado, no es normal como está actuando Agustín.—se justificó.

—¿Qué viste?—pregunta llevada por la curiosidad y la angustia.

—Pero Matilde—intentó persuadirla.

—Dímelo ahora José Antonio, es mi destino yo veo que hago con él.—ordenó molesta.

—¡Ay! Está bien, lo primero que debes saber y tener claro es que Agustín está sufriendo igual o más que tú, hay una encerrona de la cual quiere mantenerte al margen.

—Quizás es lo de la agencia.

—No, eso que hizo en la agencia fue por defenderte, pero esto es mucho más grave, es algo de lo que él debe hacerse cargo, aunque sabe que por ello puede perderte para siempre.

—No lo entiendo Antony, ¿Qué puede ser, o quién?

—Es una mujer, una mujer que no ha podido superar el rechazo de Agustín, y hará lo que sea por retenerlo de vuelta. Mati, yo te recomiendo que no lo dejes, si de verdad lo amas, lucha junto con él, se vienen tiempos duros para él como persona, se enfrentará a grandes problemas e irá en contra del mundo, pero es un buen hombre amiga, no lo pierdas.

—No sé qué decir.

José Antonio sabía que había un bebe de por medio, pero esa información haría pedazos lo que le quedaba de vida a Matilde, prefirió

omitir esa información. Sin embargo, le dio pistas para que se preparara ante tal terremoto que estaba por llegar. Posterior a eso, bebieron té de menta con jengibre, y este le hizo una sesión de *reiki* a Matilde, con lo cual consiguió dormir. Al siguiente día debía ir a la agencia, y poner la cara con el viejo Pierattini, sus días con seguridad irían de mal en peor.

Pasaron tres días y José Antonio seguía dándole alojamiento, solo había ido a la casa que compartía con Agustín por un poco de ropa y lo hacía en horario que sabía con seguridad que él no estaría ahí. Él no la había llamado ni una sola vez, pero con José Antonio no perdía contacto para preguntarle por ella, que como estaba o si necesitaba algo.

—Deben hablar Agustín, y debes decirle lo que está pasando.—sostuvo

—¿Cómo lo sabes?—quiso saber Agustín

—Yo no amigo, las cartas hablan, y tú deberías hacer lo mismo, las cosas a veces cuando son difíciles, cuesta menos solucionarlas si se habla con la verdad. —recomendó.

—Es difícil José Antonio, no quiero hacerla sufrir.—arguyó cansado.

—No sabes lo que está sufriendo, aun sin saber las verdaderas razones.—contó.

Agustín guardo silencio y suspiró, prefería que Matilde lo odiara desde ya, sin razón.

—Tú sabes que la amo, díselo cuando me esté odiando.—pidió.

—Eres un cobarde Agustín, estas juzgando su reacción antes de tiempo.—expuso molesto.

—Hasta luego José Antonio, gracias por todo.—Dicho esto colgó. Siguió conduciendo hacia la clínica, allí se reuniría con Paola, para retirar el examen de ADN.

Al llegar al laboratorio de la clínica, le informaron que Paola ya había retirado el examen hacia una hora atrás, en ese entonces recibió un mensaje de texto, el cual lo hizo tambalear... sintió náuseas, la jaqueca volvió como un huracán haciéndole perder la estabilidad, por suerte un enfermero se

percató y le ayudo a tomar asiento.

—Se acabó.—dijo al fin.

—¿Perdón? —Respondió el enfermero.

—Se acabó, todo se acabó.—señaló destrozado.

CAPÍTULO 13 – DESPERTAR

Matilde se encontraba en su escritorio, intentaba mantener la concentración en su trabajo a pesar de estar viviendo los peores días de su vida adulta, porque la sensación de vacío la remontaban a la época de adolescente, en donde el mismo Agustín fue quien la había empujado en un abismo del cual tanto le había costado salir. Así se sentía, cayendo a pesar que buscaba una rama de donde sostenerse.

—Mati, perdona que te interrumpa. —Catalina sabía que algo malo le pasaba a Matilde, la conocía y sentía lastima por ella, ¿Cuándo había dejado la sonrisa que la hacía ver tan radiante? —Hay una joven que solicita hablar contigo de forma urgente.—comentó.

—¿Una joven? ¿Quién es?—cuestionó Matilde

—No lo sé, no la había visto antes, dice llamarse Paola.—indicó Catalina.

Matilde sintió en sus piernas recorrer aquel hormigueo incómodo, viniendo de Paola nada bueno sería, y lo más probable sería que involucrara a Agustín.

—Ay, no —se dijo, al mismo tiempo que acomodaba sus codos en el escritorio y con ambas manos sostuvo su cabeza.

—¿Qué pasa Mati? Si quieres le pido que se retire inmediatamente.—afirmó Catalina preocupada.

—No, no Cata está bien. Quizás ella pueda desenredar todo este cuento.—reflexionó.

—¿De qué hablas Matilde?—preguntó la secretaria intentando entender las reacciones de su jefa.

—Nada Cata, tú tranquila, tráeme un té y luego la haces pasar.—solicitó

—¿Estás segura? — Catalina indagó en los ojos de su jefa, sabía descifrar con tan solo mirarla lo que realmente no alcanzaba a decir con las palabras.

—La verdad, no, pero anda dile que pase y luego veremos si fue buena idea o no.—expuso firme la diseñadora

—Está bien, cualquier cosa me haces sonar el citófono ¿sí?—respondió no muy convencida la joven.

—Dale.—intentó decir Matilde con una sonrisa para tranquilizarla.

Catalina salió a preparar el té, mientras observaba de soslayo a la maniquí, supo por instinto que nada bueno saldría de ese encuentro, los ojos vengativos se encontraron con los curiosos de Catalina.

—¿Y bueno, le preguntaste a tu jefa si me atenderá? ¿O prefieres que pase sin avisar?—preguntó, llevada por la altivez.

—No se preocupe, enseguida la atiende.—respondió conciliadora, Catalina.

—y se hace de rogar la chula. —Musitó Paola entre dientes.

—¿Perdón?—preguntó la secretaria.

—Nada linda, anda ve a contestar está sonando el teléfono.—señaló despectivamente.

Catalina empuñó su mano izquierda con mucha fuerza, la misma que le hubiese aplicado en pleno rostro si otro hubiese sido el escenario. Preparó el té y se dirigió hasta ella.

—Sígame por favor.—pidió educadamente.

Paola le siguió como era ella, mirándola por sobre el hombro, sintiéndose superior a todos. Llegaron a la puerta de la oficina de Matilde. Paola se le adelantó y abrió la puerta como si fuese la de su casa.

—Mati querida, al menos tienes buen gusto en la decoración. —Exclamó con ese tonito sarcástico tan típico de ella.

—Matilde perdona, se me adelantó y no pude...—Se excusó Catalina.

—Tranquila Cata, no hay problema. —Respondió Matilde, pidiéndole con la mirada que las dejara a solas. —Gracias por el té, cualquier cosa yo te aviso.—la tranquilizó.

—A mi tráeme un jugo natural por favor.—ordenó la rubia.

Catalina la observó por el rabillo del ojo, tal como ella lo había hecho anteriormente, pero quitándole el aire de superioridad que esta había utilizado con ella.

—Veré que puedo hacer por usted. —Respondió y salió de la oficina.

A Matilde le sudaban las manos, sabía lo que se avecinaba ¿Qué venía a hacer su media hermana hasta su trabajo? de hecho, Paola ni siquiera sabía del parentesco.

—Paola, como podrás ver tengo muchísimo trabajo, el tiempo me apremia y si vienes por Agustín debes saber que él ya no trabaja para esta compañía.—dijo Matilde abriendo la conversación.

—Sí, linda eso yo ya lo sabía, el tiempo que estuviste fuera de Chile nos pusimos muy al día.—comentó con malicia.

Aquel comentario mal intencionado de Paola hizo que a Matilde le cuadrará todo, ¡claro! Que estúpida había sido.

—¿Qué quieres Paola?

—Bueno, yo intentaba entablar algún tipo de conversación para no darte la noticia así de golpe, pero en fin.—continuó ella.

—Paola, no somos amigas, y tengo trabajo, no quiero ser grosera.—señaló ya harta de la rubia.

—Vengo a decirte lo que Agustín no será capaz de hacer. Seremos padres, estoy esperando un hijo de Agustín y si no me crees aquí tienes las ecografías y el examen de ADN que el mismo solicitó.—expuso, dando la estocada final.

Matilde se esperaba cualquier cosa, cualquier estupidez de Paola, una escena de celos, que la gritara y le dijera que Agustín era de ella, o cualquier tontera, pero jamás esa noticia. No se lo podía creer. Tomó entre sus manos la

ecografía y el examen de ADN los observaban sin leerlos realmente.

—Cómo podrás suponer no permitiré que mi hijo se crie sin su padre, lo cual, no creo que ocurra, vieras lo ilusionado que está Agustín; cuando fuimos a la ecografía era el hombre más feliz del mundo. Matilde, déjalo ser feliz conmigo por favor no te interpongas, tú jamás podrás darle esta felicidad.— comentó con maldad sabiendo el daño que le causaba.

Aquel último comentario la sacó del espacio inexistente en donde se había escondido, sentía su cuerpo explotar, el hormigueo en sus brazos y piernas era desagradable, y el calor en su rostro insoportable.

—Paola, ¿Cuánto tiempo tienes de embarazo? —Preguntó como si nada acabara de escuchar.

—Un poco más de dos meses. —Respondió nerviosa.

—*Okey*, entonces eso quiere decir que Agustín aún no estaba conmigo ¿Verdad?

—Yo, no lo sé, es decir no podría asegurarlo, Agustín siempre ha sido un infiel. —Dijo muy nerviosa, cambiando su actitud.

—Puedo deducir entonces que te embarazaste para amarrar a Agustín a tu vida...¿Qué pena me das Paola! Eres una bella mujer, lamentablemente no tienes valores, ¿Tanto subestimas a Agustín, para creer que puede volver contigo por el tan solo hecho de haberte embarazado? —De pronto Matilde se sintió valiente, sintió que su amor si valía la pena defenderlo, porque Agustín era su amor, era su vida, y aunque Paola fuera su media hermana, no le daba el derecho de preparar tal encerrona para atarlo de esa manera a ella.

—Te voy a decir tan solo una cosa, te respeto por la vida que llevas dentro y porque eres un ser humano, pero te lo digo ahora y en tu cara, Agustín es mi pareja, si decidimos estar juntos es por algo, no para separarnos por el capricho de una niñata como tú. Por tu hijo no te preocupes, nada le faltará, mucho menos un padre. Ahora te pido que por favor te retires, tengo mucho que hacer...Ah, y otra cosa, no te molestes en querer separar a Agustín de mi lado, ni tú ni nadie son más fuerte que el amor que sentimos el uno por el otro.

—Esto no se va a quedar así. —Respondió, casi sin aliento Paola, quien esperaba otra reacción de Matilde.

—Claro que no, subirás por lo menos 20 kilos, se te hincharan los pies y pasarás el día entero con sueño, además que tendremos un nuevo integrante, seré estéril pero no soy mala persona Paola, mientras este junto a Agustín, no te preocupes por tu hijo o hija, mi trato hacia esa criatura no tendrá nada que ver en relación por lo que siento hacia ti.

Paola no se lo podía creer, tomó su bolso con toda la rabia contenida y salió furiosa de la oficina de Matilde, camino a su vehículo tomó su celular y le envió un mensaje a Agustín: “No te preocupes por contarle a tu noviecita de tu paternidad, te he ahorrado el trabajo”.

Mientras tanto Matilde intentaba recuperar el aliento, metió la cabeza bajo el chorro de agua helada que salía de su lavabo y se sostuvo, pensó en todas las posibilidades y comprendió porque la actitud de Agustín, debía verlo, hablar con él, saber en qué momento pasó todo aquello. Y por qué no confió en ella, sino más bien, la alejó. Levantó la cabeza y se vio en el espejo, *«No te acobardes, no ahora, él es tu mundo, no se puede echar a perder así»* habiéndose dicho esto en voz alta, tomó su bolso, habló con Catalina y salió del edificio rauda al departamento de José Antonio, una vez allí tomó su maleta y guardó toda la ropa que se había llevado, como también a su querida mascota.

—Gatita ¿Qué pasó? ¿Adónde vas?—preguntó sorprendido su amigo.

—Donde nunca debí salir Antony querido.—respondió con seguridad Matilde

—Mientras vas empacando, podrías contarme un poquito más ¿no? —sugirió.

—Hoy estuvo Paola en la oficina, y comprendí por qué Agustín quiere alejarme de su vida.

—¿Ya? Me falta información para entender.—sonsacó él

—Paola está embarazada.—soltó ella sin más.

—¡La puta madre!—la sorpresa fue mayúscula y se olvidó de todo

principio budista, sobre todo de cuidar lo que se dice.

—No te hagas, eres el peor amigo que conozco, ¿Por qué no me dijiste eso cuando me viste las cartas?—Matilde lo recriminó.

—¡Yo! yo no sabía nada—mentir fue la mejor arma que se le ocurrió a José al verse acorralado.

—No te hagas, pero ya eso no me importa, debo volver al departamento con Agustín, debo enfrentarlo y decirle que no le voy a permitir que me saque de su vida porque Paola haya manejado todo y lograra embarazarse para atarlo a su vida.—afirmó con decisión Matilde.

—Madre mía, grande y adorada Ganesha, que has oído mis ruegos ¡Gracias! ¡*Namaste!*—Rezaba entre lágrimas.

—Antony no llores por favor que me pones más nerviosa de lo que estoy.—le pidió, intentando tranquilizarlo.

—Sí, mi gata, perdóname, pero es que me hace demasiada ilusión verte crecer de esta manera, estoy muy orgulloso de tí.—comentó con una sonrisa tranquilizadora.

—Gracias lindo, eres el mejor amigo que nadie podría tener jamás, te adoro por eso. Ahora me tengo que ir, no te preocupes por mí si no doy señales de vida, te aviso cómo va todo ¿sí?.

—Todo saldrá de maravilla, ya verás.—Aseguró José

Matilde salió con toda la fe del mundo camino al departamento que había dejado hace tan solo una semana, José Antonio siempre iba un paso delante y se había aferrado a sus últimas palabras. En momentos el miedo la atrapaba ¿Qué pasaría si él realmente quisiera hacer una vida con Paola y su hijo? Se detuvo en un semáforo en rojo y se obligó a dejar ir aquellos pensamientos, sabía que debía enfrentar todos los problemas con positivismo de esa manera era mucho más probable que todo saliera bien. «*Todo saldrá bien Mati, todo saldrá bien*». Recordó que en su guantera tenía un *pendriver* de mantras y lo buscó, lo introdujo en la radio del vehículo y buscó el número 6. La pantalla de la radio mostró el título: «*Gayatri Mantra*» bajó la ventana para recibir el viento en su rostro y cantó aquella melodía, aquel mantra solo podría llenarla

de energía y amor. Se aferró a aquello y lo oyó una y otra vez, hasta visualizar el portón del edificio que compartían, esperaba que Agustín se encontrara allí, ya era muy tarde. Estacionó y bajó del vehículo con maleta en mano, suspiró y avanzó, ya en el ascensor se le estaba esfumando toda guerrera que había adoptado y sus manos comenzaron a temblar. Abrió la puerta sigilosamente y ahí lo vio en el sofá, dormido con la televisión encendida y el departamento hecho un desastre. No supo muy bien qué hacer, sintió que pasaron horas antes de dar un paso, pero lo hizo y encendió la luz. Agustín pestañeó rápidamente, la observaba de forma confusa, como si aún ella fuera parte de un nuevo sueño.

—¿Matilde? —Musitó sorprendido.

—Tenemos que hablar. —Respondió, dándole un tono tan serio, que Agustín despertó de un salto y se incorporó.

—Matilde... dame un segundo. —Corrió rápidamente a lavarse el rostro, necesitaba estar despejado, estaba tan ansioso por lo que estaba ocurriendo, tenerla de vuelta era casi un milagro.

—Claro.—respondió ella mientras Agustín caminaba en dirección al baño.

Luego de casi dos minutos regresó a la sala, y al ver el rostro de Matilde su sonrisa cambió. No supo cómo interpretarla pero fue cauto. Ni siquiera se aventuró a saludarla con un beso, no se le acercó ni medio metro.

—Matilde, yo...—intentó romper el silencio explicándose pero las palabras quedaron a medio camino.

—Ya sé que vas a ser padre Agustín, no intentes explicarme nada.—lo cortó Matilde.

—Matilde, escúchame por favor si algo tengo que decir en mi defensa es que jamás te fui infiel. Te amo Mati, esto que tenemos... o que teníamos, me es suficiente, no necesito a nadie más en mi vida.—argumentó desesperado.

—¿Me amas?—preguntó ella.

—Más que nada en mi vida, pero voy a tener un hijo.—afirmó Agustín.

—Eso era todo lo que necesitaba oír. Sí, tendrás un hijo, la esterilidad es parte de mi cuerpo y que ya asumí hace mucho tiempo, lo cual no me convierte en un ser sin corazón, ya veremos cómo trabajamos en ello, tendrás todo mi apoyo de eso que no te quepa duda... Ahora...—guardó silencio.
—¿Me ayudas a desempacar? —Respondió sonriente y coqueta.

Agustín corrió hacia ella, la tomó por la cintura y la elevó en el aire, se besaron hasta que sus labios se durmieron, se desvistieron allí mismo con apremio y pasión, se necesitaban, se extrañaron tanto cada segundo del día, que aquella noche no dejaron de tocarse, de sentirse, de envolverse y amarse. Se prometieron volver este amor a prueba de fuego, ambos lucharían, sí que lo harían.

CAPÍTULO 14 – AVANZAR

—¿Estás segura cariño? —Preguntó su madre, Matilde se había ido a descansar a Viña del Mar, ya que Agustín ocuparía el fin de semana para retomar toda la carga laboral que había dejado pendiente la semana que estuvo sin Matilde.

—Ay mamita, la verdad no lo sé, pero debo intentarlo. No quiero que pasen los años y preguntarme que hubiese sido si... ¿Me entiendes?

—Claro que te entiendo mi amor, y te admiro por ello, no es fácil aceptar un niño de esa forma.

—Pero los niños no tienen la culpa de las decisiones de los adultos, sobretodo de las dediciones de una loca como Paola.

—Pues sí. ¡Qué niña más rayada! Debe parecerse a su madre, esa mujer... —De pronto una sombra en los ojos de su madre avisaron a Matilde los malos recuerdos que le venían a la mente con esa conversación, por lo que quiso cambiar el tema de inmediato.

—Pero bueno, ya no vale la pena remover el pasado, el viejo ya no está y con él se fueron todas las penas.

—La verdad es que sí, no vale nada la pena. Vamos te quiero enseñar a hacer ese *pie de limón* que tanto le gusta a Agustín.

—¡No mamá, te juro que lo amo a morir, pero no me hagas cocinarle!

—¡Matilde! ¿Qué clase de esposa serás si no sabes hacer un buen *pie*? —Matilde se quedó un minuto en blanco. ¿Esposa? Aquella palabra a la cual siempre había rehuído, incluso burlado, ahora se aparecía ante ella sonriendo.

—Matilde, te estoy hablando niña.

—Sí, mamita, ahí voy... —Respondió con una sonrisa coqueta.

—Ay, esta hija mía... conozco esa carita de traviesa.

—No pasa nada mamá, no te preocupes... he aprendido a ser más cauta.

—Gracias a Dios.

Ambas rieron y se adentraron entre los aromas a limón y vainilla que la cocina les entregaba. Mientras Matilde preparaba el merengue para terminar de preparar el *pie* pensaba en su vida con Agustín, todo lo que habían pasado y todo lo que aún debían pasar juntos.

«*Después de todo, ¿Qué podría resultar mal?*» Sonrió en silencio y metió el pastel al horno. Comenzó en su mente a preparar lo que había tramado.

Luego de un fin de semana muy regaloneado y conversado junto a su madre, Matilde partió rumbo a Santiago, habían pasado solo dos días, pero ya lo extrañaba demasiado, acompañada como siempre de buena música no se detuvo hasta que hubo llegado hasta el estacionamiento del edificio que habitaba con su amor.

Antes de bajarse tomó el pastel entre sus manos y se le ocurrió una loca idea, abrió la caja de cartón y con un plumón que sacó de la guantera escribió:

«*Prometo aprender a hacerlo más rico solo si....¿Te casas conmigo? ù »*

En cuanto cerró la caja comenzó a temblarle todo el cuerpo, no sabía dónde había quedado la Matilde de antaño, en donde la palabra matrimonio no estaba dentro de su vocabulario. Donde ella misma había puesto como cláusula de la relación no mencionar aquella palabra. Sin embargo, ahí estaba, camino a una respuesta, una que le diera vuelta su mundo aún más, una respuesta que le hiciera volar.

Salió del ascensor para abrir la puerta del departamento, con maletas, bolso y caja de pastel... todo aquello lo sostenía con una gran sonrisa, una que solo le duro unos segundos, hasta que vio a Paola sentada en el living de su departamento y a un Agustín con cara de pocos amigos.... La respuesta tendría que esperar...

—Cariño, te ayudo... tan cargada que siempre vuelves de casa de tu madre. —La recibió Agustín, con esos ojos de amor que siempre la había

observado, incluso la presencia de Paola paso a un segundo plano.

—Gracias mi amor, ya sabes cómo es mamá...—respondió, encogiéndose de hombros.

De pronto el carraspeo de Paola los hizo separar sus labios.

—Perdón. Hola Paola ¿Qué haces por acá?—Preguntó, como si la viese todos los días.

—Verte a ti, claramente no. Vine a hablar con el padre de mi hijo.
—Respondió de mala forma.

—Lamentablemente Paola, este es mi departamento y el padre de tu hijo es mi novio, de momento estoy agotadísima por lo que te dejo en libertad de charlar con Agustín lo que tengas que charlar. —Respondió educadamente.

—Cariño quédate... es solo un minuto.—pidió Agustín.

—No mi vida, entiéndete tú con ella, yo vengo demasiado cansada para... bueno tú entiendes. Te espero en la habitación. —Matilde le guiñó un ojo.

Agustín sonrió, dejó el pastel en el refrigerador y los bolsos sobre la mesita de la cocina y se dirigió hasta el baño, deseaba una buena ducha.

—Bien Paola, ha pasado más de una hora entre tus mareos, náuseas y no me has dicho a qué has venido.—exigió cansado.

—Agustín, quiero saber si te harás cargo o no de tu hijo.

—Paola, eso ya lo hemos hablado mil veces, es mi hijo, cómo no me voy a hacer cargo de él—comentó harto.

—Es decir, yo quiero saber qué nivel de compromiso tendrás con él.
—insistió.

—¿Qué quieres Paola? —Respondió un Agustín cansado de las estupideces de Paola.

—Bueno, tú sabes que yo amo lo que hago, ser bailarina para mi es lo más importante en la vida... Agustín... yo no puedo tener a este niño, menos si tú no quieres estar conmigo. —dijo al fin.

—¿Qué estás diciendo Paola! No te permitiré que le hagas daño a mi hijo.—dijo exasperado.

—No pretendo hacerle daño Agustín, pero yo.... Yo no puedo hacerme cargo de él.

—¿Qué idiotez estás hablando?—El enojo de Agustín era más que evidente.

—Yo no puedo Agustín, no sabría qué hacer con él, yo quiero viajar, quiero vivir mi vida sin ataduras, quiero conocer el mundo con mi baile y un bebé no me lo permitiría.—se justificó.

—Sabía que podrías llegar a ser cruel, pero jamás me imagine que tanto.

—No me juzgues Agustín, este bebé será mucho más feliz contigo que a mi lado, no estoy preparada para ser madre.—Una complicada Paola intentaba explicar su punto de vista temblando.

Agustín no daba crédito a todo lo que estaba oyendo de la boca de Paola, esa mujer estaba loca, aun con su hijo en el vientre no tenía aquella conexión natural entre madre e hijo. Era una absoluta egoísta.

—Está bien Paola, pero las cosas no serán a la ligera, todo será de forma legal, no quiero problemas posteriores. Y que te quede claro Paola, no quiero que atentes contra la vida de mi hijo.

—No te preocupes, cuidaré de él hasta que nazca, es mi compromiso.

—Bien, hablaré con mi abogado para saber cómo he de proceder y te contactaré.—Resolvió Agustín

—Te estaré esperando.

Agustín despidió a Paola en la puerta, y se quedó unos segundos inmóvil, no podía creer que la vida fuera tan injusta, daría todo porque Matilde pudiese engendrar un hijo en su vientre, y Paola su hermana, se lo estaba regalando porque sería un problema en su vida.

—¿Qué quería Paola? —Preguntó Matilde una vez salida de la ducha.

—Nada importante cariño. —mintió, no quería ilusionarla con la idea de

tener al bebé de Paola recién nacido, o quizás asustarla con la idea—. Ya sabes cómo es ella.

—Mmm ya veo. Entonces vino al departamento para nada importante.

—No saques conclusiones apresuradas Mati, Paola solo quiso presionarme con el nivel de compromiso para con el bebé... Tú sabes cómo es ella, ahora no me ocultes ya vi que trajiste un pastel.

—Si... este yo... yo no quiero comer ahora, vamos a dormir... —intento zafarse de lo que implicaba descubrir la sorpresa.

—Dale Mati, sabes que me encantan los pasteles de tu mamá.

—Sí, pero este lo hice yo... —Respondió dudosa.

—Con mayor razón ya quiero probarlo anda dame un trocito.

—Más tarde Agus... ahora no.

Matilde se puso nerviosa, el episodio de Paola, le había devuelto las inseguridades, le avergonzaba la propuesta de matrimonio en la tapa de la caja del pastel. No podía asegurar que la respuesta de Agustín fuese un sí. La verdad estaba aterrada.

—Dale Mati, pero ¿Qué tiene de malo? Déjame probar ese exquisito pastel, si lo hicieron tus lindas manitos debe estar de los dioses.

—Agustín... yo no... me duele el estómago...estaré en la habitación. —se excusó.

—Ve tranquila, yo tomo un trocito y te acompaño.

Agustín asoció el nerviosismo de Matilde a la visita de Paola, por lo que le dio el espacio y no insistió en que lo acompañase a comer. Se acercó al refrigerador y sacó la caja, fue por un plato, un cuchillo, servilletas y un vaso de bebida. Tomó la caja del pastel entre sus manos y la llevó a la mesa para partirlo mientras tomaba un sorbo de la bebida cola que tanto le gustaba, estaba a punto de tragar cuando se fijó en el mensaje escondido dentro del pastel, y solo en cosas de segundos no supo qué hacer con el líquido, si tragarlo o escupirlo, y tomó la segunda opción, de lo contrario estaría intentado respirar hasta el día siguiente.

«Prometo aprender a hacerlo más rico solo si.... ¿Te casas conmigo?»
ù »

Una vez pudo recomponerse de la impresión, tomó la caja entre sus manos y se abrió paso hacia la habitación donde Matilde se encontraba « escondida », entonces entendió a la perfección el porqué de su actitud.

—Mati...—llamó.

Ella no respondió, se encontraba escondida bajo las sábanas de la cama que compartían, ni siquiera un poco de cabello había dejado a la vista.

—No me interesa que aprendas a hacer pasteles más ricos nunca.
—continúo Agustín.

Matilde lentamente bajo las sabanas y dejó a la vista de Agustín solo sus dos ojos... llenos de lágrimas.

—No me importa si no aprendes a cocinar como lo hace tu mamá, solo me importa estar contigo para verte intentarlo, levantarte cuando sientas que no puedes hacerlo y ser el primero en darte una opinión, quiero estar contigo cuando se te queme la olla y cuando todo esté salado, quiero aprender contigo a cocinar, a vivir, a amarnos y a odiarnos... Mi vida, quiero estar siempre a tu lado y sí... sí quiero casarme contigo.—contestó finalmente.

Matilde saltó de la cama como impulsada por una fuerza extraña, la cual, la arrojó justo a los brazos de Agustín, ambos lloraban como niños y reían al mismo tiempo... Estaban seguros que estaban viviendo el momento más bello de su relación, sabían que no sería fácil. Menos con una loca en medio dando vueltas y un bebé en camino a punto de cambiar sus vidas, pero lo intentarían, lo harían porque se amaban, porque se lo debían y porque habían decidido ir de la mano contra lo que fuera y quien fuera. Eso era amor y aquella noche no dejaron dudas de sus sentimientos.

CAPÍTULO 15 – SÍ, ACEPTO.

—¡Ave María! No puedo creer que solo falte un día para tu gran día.—comentó emocionada su amiga.

—Carol, por favor, no me pongas más nerviosa, he estado estos cinco meses enfocada en que todo salga perfecto.—pidió

—Mami, pa' qué... ustedes son perfectos con todas sus imperfecciones.

—Sí, gatita lo que dice esta boricua es cierto.—reafirmó José.

Matilde los oía a ambos, sus amigos; Carol y José Antonio, mientras se observaba en el espejo ovalado que le mostraba su estilizada figura envuelta en un perfecto y hermoso vestido en tono coral, que caía discreto y romántico por su silueta, cada encaje resaltaba el tono canela de su piel y su hermoso cabello negro. Cuando abrió la puerta del probador hubo un silencio sepulcral.

—¡Qué! ¡No me digan que no me queda, por favor! Demoré muchísimo tiempo en decidirme por él... Lo encuentro muy mío, tan sencillo pero elegante, tan romántico pero con actitud firme. ¡Digam algo!—exigió nerviosa.

Ambos se encontraban en estado de *shock*, la belleza de Matilde era simplemente perfecta, sin maquillaje, sin accesorios, solo ella y aquel hermoso y sencillo vestido.

—Amiga, pero es que usted se ve divina... No tengo palabras para describirte mi amol.

—Carol...—reaccionó emocionada Matilde.

—Mi Gata... mi gatita... además del vestido es tu actitud, tu reconciliación con el universo se nota, estás tan radiante, tu aura es impresionantemente hermosa

—Ustedes son los mejores amigos en la vida, lo dicen porque me

quieren.—intentaba Matilde, justificar los halagos sinceros de sus amigos.

—Te adoramos pues vaya que sí mami, pero el mérito es todo suyo, ese vestido le queda como a nadie, Pobre de Agustín, cuando te vea se le vendrá el infierno encima.

—¡Carol! Jajaja...

Estaba todo listo y preparado, la ceremonia civil se realizaría en Olmué al aire libre, a los pies del cerro La Campana, así lo sentían ambos, su compromiso con la tierra, la conexión con la energía pura de aquel lugar era lo que ansiaban, volver a sus raíces conectándose desde el interior ambos uniendo sus vidas, era lo que querían, y querían compartirlo con todos sus seres queridos. Habiendo hecho la última prueba del vestido en compañía de sus amigos era lo último pendiente antes de dirigirse al « *Habana Vieja* » allí la esperaban las chicas, para celebrar su último día de « *soltera* ».

—¿Habrán bailarines exóticos?—Preguntaba Catalina a Carol, sonrojada y nerviosa.

—¡Pero usted es una *baby*! ¿Qué hace acá? —Se burló Carol, quién estaba preocupada de que todo saliera tal como lo había planeado, la mejor despedida para su amiga.

—No soy tan *baby*... además Matilde me invitó.—se justificó la joven algo molesta.

—Es una broma, no sea ñoña.—se disculpó Carol a su manera.

Catalina se encaminó hacia el rincón *vip* que habían reservado para la fiesta, mientras que Carol disimuladamente buscaba a su bailarín favorito. De pronto entre las cortinas que separaban la pista de baile de los camerinos un brazo fuerte y seguro la atrapó, y de pronto se vio envuelta en unos labios poderosos, unas manos trepadoras y un calor que no daba tregua.

—Joaquín... ya veo que me ha extrañado. —Susurró entre el juego de lenguas danzantes.

—No sabe cuánto mi amol.—respondió el sin dar tregua a su mujer.

Continuaron su fiesta en privado antes de comenzar la de Matilde,

Joaquín no se detenía y Carol estaba segura que moriría de asfixia con tanto calor en su caribeño cuerpo.

—Deténgase, soy la que debe recibir a las invitadas y ponerle a todas esto en la cabeza. —Le decía a su bailarín personal en casi un gemido, mostrándole el cotillón para la ocasión, tal como el cintillo que llevaba puesto.

—Qué le parece si yo con uno de esos real, le doy la bienvenida a usted.—propuso seductor.

Carol se quedó muda por un segundo, acto seguido le tomó de la mano y a tirones se lo llevó hasta los camerinos.

—Me parece papi, me parece...—aceptó gustosa.

En la otra esquina de la pista, Catalina se encontraba en la barra mientras se bebía un mojito viendo aparecer a sus compañeras de trabajo, la madre de su jefa, también a su hermana y otras conocidas, quienes venían todas a pasar un buen rato con Matilde.

—¿Catita, has visto a Carol? —Preguntó Matilde quien ya estaba lista para el mambo.

—Andaba por ahí, de pronto la perdí de vista...—respondió encogiéndose de hombros.

—Ya veo, no sé por qué pero me imagino donde está, no hay problema, no te preocupes.—la tranquilizó.

Aquella noche fue una de las más entretenidas de su vida, bailó hasta que sus pies no dieron abasto, fue el blanco de bromas y juegos de alto impacto, sin embargo, se encontraba a salvo, conocía a todos los bailarines del « *Habana Vieja* » por lo cual nadie se propasó, ni hubo exceso de confianza, incluso José Antonio que estaba invitado a la celebración de Agustín, pero prefirió asistir a la de Matilde, se sintió asfixiado entre tanto baile, aceite corporal, poca ropa y tanto cotillón en honor al miembro viril masculino. Sino que todo lo contrario, se lo había pasado de maravilla.

—¿Quién diría que vería al maestro de las energías bailar tanta Bachata y Reageton? —Se carcajeó Matilde con los zapatos en la mano.

—Todo por acompañarte en tu felicidad gata mía.—contestó alegre José.

—Eres un buen amigo Antony, jamás dejaré de sentirme bendecida a tu lado.

—No me hagas llorar desgraciada, que estoy sensible y encima algo borracho.—respondió emocionado su amigo.

Ambos rieron y pronto se subieron a la van que los llevaría de vuelta a casa para descansar, el día siguiente a las 15:30 Hrs. Estaba programada la ceremonia de unión.

Estaba todo preparado, listo y hermoso, todo lucía en perfecta sincronía. Un camino de flores blancas llevaría a Matilde al encuentro con Agustín, quien la esperaba a un costado del improvisado altar, entre dos árboles de eucaliptos. Dos hileras de bancas para los asistentes, de troncos de madera real, el suelo estaba cubierto de hojas secas y el sol cubría el sector que se había preparado para la ceremonia, Agustín se encontraba en el vehículo, sus manos temblorosas le recordaban que estaba a punto de cumplir uno de sus sueños, hacer de Matilde su mujer, tal como lo soñó antes de cometer el peor error de su vida. Ahí estaba inmóvil, asustado, nervioso pero feliz... de pronto alguien golpeó la ventana del vehículo.

—Cariño, ya es hora... —Su madre le recordaba que debía caminar hacia el altar.

—Claro mamita, claro que sí.—contestó Agustín absorto.

—No querrás dejar esperando a Matilde. —Respondió ella sonriente.

—Nunca mamá, nunca. —aseguró el novio.

—Bien, vamos entonces.

Al cerrar el vehículo también dejó su celular, el cual comenzó a vibrar olvidado en la guantera.

Matilde por su parte estaba que moría de la angustia, toda su vida la ansiedad le había jugado malas pasadas, pero esta vez no se lo permitiría.

—Respira profundo mi amor, y exhala lentamente... tú ya sabes de qué va todo esto. — Le repetía su madre una y mil veces al lado de José Antonio.

—Si mamita, pero nunca había estado en mi propio matrimonio.—justificó la novia.

—jajajaja claro que no Matilde, los nervios te están haciendo hablar cualquier cosa, no vayas a meter las patas ante el juez. —se burló Josefina

—Mamá.

—Tranquila cariño, ya es hora... te ves tan linda.

—Gracias mamita, gracias por todo.—dijo, abrazando a Josefina.

—Nada de gracias y no digas nada más que no quiero perder otra media hora retocando el maquillaje.—contestó, separándose de ella y tomando la cara de su hija entre sus manos.

—Ya, ¡Basta! Se acabó la sensiblería, es hora de caminar hacia él. —Dijo José Antonio orgulloso.

—Si vamos, Antony gracias por acompañarme hasta el altar, eres lo máximo.

—De nada amiga mía, para eso estamos—. José Antonio ofreció el brazo derecho a Matilde, quien lo tomó sin pensarlo y se aferró a él como si el dependieran sus pasos. La música comenzó a sonar y a cada paso que daba más fuerte se sentía en su pecho, no sabía si efectivamente eran sus latidos o la música, hasta que sus miradas se encontraron y todo quedó en silencio.

Agustín se encontraba de pie, a un costado del altar, el sol iluminaba su sonrisa orgullosa y sus ojos brillantes, Matilde se sentía caminar sobre nubes y no podía quitar la vista de aquel hombre que la esperaba feliz a tan solo cien metros de distancia.

—Tan solo véale la cara, ese hombre sería capaz de arrancar cada árbol de este lugar con sus propias manos si se lo pidieses. —susurró José Antonio.

—Es el amor de mi vida Antony, jamás he estado tan segura como hoy.—respondió.

—Shhh... tranquila, te lo mereces bonita.—la tranquilizó su amigo.

Aquella caminata fue eterna, hasta que unieron sus manos. Agustín no se cansaba de admirar la belleza de Matilde, y ella a su vez no se cansaba de vivir el momento tan perfecto.

—Eres todo lo que alguna vez soñé. —Musitó Agustín al recibir a Matilde, una vez hubo llegado al altar.

—Los sueños son para vivirlos. —Respondió emocionada.

Matilde tomó la mano de Agustín y se percató de que temblaba mucho más que ella, por lo que posó su otra mano sobre las de él, y las llevó hasta sus labios temblorosos y las besó.

—Siempre que tiembles estaré para besarte.—afirmó ella.

—Siempre supe que eras la mujer perfecta para mí.—contestó el novio.

—Buenas tardes, estamos aquí para unir en matrimonio a...—Comenzó el juez civil, lo cual los hizo salir del letargo que les ataba, tan solo mirarse a los ojos y podrían perderse en el tiempo sin importar el resto. Una vez el Juez hubo leído todos los códigos civiles que corresponden procedió a la postura de anillos, en la cual ambos estuvieron semanas planeando que decir. Agustín tomó la blanquecina mano de Matilde y comenzó con su pequeño y ensayado discurso.

—Yo, Agustín, te tomo a ti, Matilde, como esposa y prometo serte fiel, prometo amarte más allá de lo posible, prometo no volver a ser ese idiota de la adolescencia jamás, prometo verte cada día como una bendición y prometo que comeré cada pie o pastel y comida que prepares.

Matilde sonrió con lágrimas en los ojos, sabía que no era la mejor en la cocina ni lo sería jamás, pero lo intentaría cada día por él, por ellos.

—Yo Matilde, te tomo a ti Agustín como mi esposo, mi amigo, mi compañero y amante, como mi apoyo, mi vida, mi camino... Te amo cariño y prometo estar a tu lado hasta que la vida diga lo contrario. Todos saben que no puedo darte lo que cualquier familia quisiera, pero intentaré siempre hacerte feliz.

Agustín la tomó entre sus brazos y al oído susurró; «No estoy buscando que seas la madre de mis hijos, solo quiero que seas mi mujer, con eso me basta para ser eternamente feliz a tu lado».

Matilde emocionada tomó entre sus manos el rostro de Agustín y lo besó, fue un beso amoroso, un beso emocionado, un beso que supo a lágrimas y felicidad.

El juez termino de decir algunas palabras y con la firma culminó la hermosa ceremonia. Familiares, amigos y conocidos de ambos coincidían en que había sido hermosa y mágica.

—No doy más, siento que mi corazón va a reventar de tanta emoción.

—Ay papi, no se me vaya a desmayar, que yo soy grandota, pero tanta fuerza no tengo, además si me agacho este vestido explota. —Respondió Carol a José Antonio, quien tenía los ojos hinchados de tanto llanto.

Matilde y Agustín caminaban por el centro de flores blancas, el sol casi ya se escondía. Seguirían la celebración en uno de los salones que habían rentado en Olmué, algo rustico muy propio de lo que había sido la ceremonia civil.

—Mi amor, necesito hablar contigo. —Musitó la madre de Agustín con el rostro compungido, lo cual lo alarmó.

—Mamita, ¿Qué pasa? Hablemos en el salón.—le dijo Agustín tomando del brazo a su madre para dirigirse allí.

—No puedo cariño, es urgente. —contestó ella deteniéndolo.

Matilde se dio cuenta de la situación y dejó de saludar a todo el mundo para unirse a la conversación.

—¿Qué pasa?—preguntó preocupada.

—Me acaban de llamar de Santiago, Paola....—intentó decir Maritza.

—¿Qué pasa con Paola mamá?—pregunta inquieto Agustín. Asustado por su hijo, Siempre pensó que esa loca atentaría cualquier día en contra de su hijo.

—Entró en trabajo de parto, y está grave.—contestó al fin.

Ambos se miraron con horror, no se lo podían creer, si aún faltaba un mes para el nacimiento del bebe, que aún no sabían su sexo.

—¿Cómo que en trabajo de parto? Aún falta.

—No lo sé cariño, no sé los detalles, solo que está en estado crítico.—respondió la madre.

—¿Y el bebé? —dijo Matilde sin pensarlo bien, la angustia tiñó la pregunta de Agustín

—También cariño... —Respondió en un hilo de voz.

Agustín se quedó en blanco, temió lo peor y Matilde como lo estaba haciendo últimamente tomó la riendas de la situación.

—Nos vamos inmediatamente para Santiago.—ordenó sin titubeos.

—¿Pero cómo? Los invitados y todo... —Respondió preocupado.

—No son simples invitados, entenderán. —contestó ella.

Matilde sin pensarlo alzó la voz y pidió disculpas a todos los asistentes, Agustín pronto tomó la mano de su esposa, quien sin siquiera quitarse el vestido de novia tomó asiento al lado del copiloto en la *Renegade* Negra mientras Agustín conducía hacia la clínica.

—No puedo creer que incluso en este momento tan especial esa mujer siga cagándole la vida a Matilde. —Le decía Catalina a su acompañante en la ceremonia, ni más ni menos que Sebastián Grossi, quién no respondió a los dichos de la chica, sino más bien que sonrió de medio lado con disimulo.

CAPÍTULO 16 – VIDA POR VIDA

El camino a Santiago fue casi en silencio, si no fuese por sus vestimentas nadie jamás pensaría que estaban recién casados, Matilde observaba su celular, indicándole a Carol, qué debía hacer con los invitados y la fiesta ya que no podrían asistir, Agustín por su parte intentaba buscar la forma de decirle varias verdades a Matilde, que no había podido decirle antes... Antes de casarse.

—Cariño, ¿Pudiste ubicar en que clínica se encuentra Paola?—preguntó ella.

—No, aún no logro comunicarme con nadie de su familia.

—Qué extraño, no quiero imaginar que esta es una más de sus idiotas maneras por cagarme la existencia. —No lo creo Mati, no llegaría tan lejos... ¿o sí?—preguntó Agustín.

—¡Ja! Pareciera que no la conoces.

—Mmm... tienes razón.

.—Mejor no pensemos mal e intentemos calmarnos.

—Sí, esperemos que no pase nada malo, tengo ilusión por conocer a ese pequeño.— comentó Agustín sin pensarlo.

Matilde mordió sus labios y giró su rostro hacia la ventana, buscando entre el valle alguna respuesta que calmara su inquitada ansiedad. Agustín, ahora su esposo se percató de su poco tino.

—Cariño, perdóname, no lo tomes a mal... pero...—intentó explicarse.

—Tranquilo, yo entiendo.—respondió tranquilizándolo.

El ambiente se tornó tenso y denso, sabía que debía decirle la verdad a Matilde pero no sabía cómo, era ahora o nunca.

—Cariño yo.... Tengo algo que confesarte.—comentó con dificultad.

—Agustín por la mierda, no me digas algo así justamente ahora, nos acabamos de casar, no quiero saber nada que me haga arrepentirme de todas las decisiones que tomé con respecto a nosotros. Te conozco y sé que es algo que no me va a gustar.— arremetió ella molesta.

—Mati, tú eres el amor de mi vida, pero también sabes que voy a tener un hijo con Paola, tú me enseñaste a luchar por él, y es lo que hice.—aseguró.

—¿Qué hiciste Agustín?—preguntó ella con recelo.

—Matilde yo...—sus palabras se niegan a salir.

En ese momento Matilde tomó el freno de mano del vehículo y lo levantó hasta que no pudo más, provocando un chirrido monumental y un concierto de bocinazos a su haber.

—¡Matilde, por Dios! ¡Pudiste provocar un grave accidente!—le recriminó Agustín.

—Me importa una soberana mierda, el accidente lo vas a tener tú si no me dices qué está pasando.

La respiración de ambos era acelerada, entre cortada, las manos de Agustín sudaban como nunca, y Matilde ya se había sacado el velo de un tirón, tomó el vestido como pudo y abrió la puerta del copiloto.

—¡Matilde entra al vehículo, ya, estamos en medio de la carretera!.—le pidió Agustín gritando.

—Habla Agustín, hazlo antes de que haya una tragedia.—exigió Matilde.

—Ok.... —Apretó sus puños y bajó del vehículo. El atardecer se marchaba por entre los prados y el fresco le estaba pasando la cuenta.

—Cariño, escúchame bien, el día que supe que no podrías ser madre, jamás cuestione el quererte menos o más... Jamás podría quererte menos por el solo hecho de que no podremos tener una familia, como tú dices. Para mí el amarte va mucho más allá de seguir un patrón o directrices sociales. Pero tampoco puedo permitir que una persona quiera deshacerse de un ser humano por no ser correspondida.—declaró él.

—Habla claro Agustín— le pidió Matilde. Ya no tenía paciencia y estaba

haciendo acopio de todas sus fuerzas para no hacer un espectáculo en plena ruta sesenta y ocho.

—Paola, hace un par de meses atrás me ofreció quedarme con el bebé una vez naciera, ella no lo quiere, no se siente capaz de criarlo, tiene otras prioridades en su vida en las que este bebé no está incluido.—relató, sintiendo que el peso del secreto se difuminaba.

—¡Pero qué mierda estás diciendo!—gritó Matilde, escandalizada por la actitud de su hermanastra.

—Mati, yo sé que debí contarte antes y pedir tu opinión, pero era una decisión tan difícil y la verdad preferí no decirte nada hasta encontrar el momento.—se justificó.

—Claro y este es el momento perfecto para ti, cuando ni siquiera podemos disfrutar de nuestra primera noche de casados, cuando de pronto me encuentro con mi media hermana renegando de su propio hijo, solo por el puto egocentrismo de no tener al hombre que pensó sería para ella, que maldita hija de puta y tú. —le reprochó.

—Matilde, no me estás entendiendo—intentó explicarse.

—¡Qué quieres que entienda Agustín!—reclamó.

—Que una vez nacido él bebe... es nuestro. —respondió nervioso.

Matilde se quedó en blanco, no supo que decir, solo sintió sus piernas temblar y un pitido en sus oídos. Y la furia se apoderó de ella.

—¿Nuestro? ¿Me estás diciendo que por obra de magia me van a regalar un bebe para jugar a las muñecas? ¿Qué mierda te pasa Agustín? ¡Es un niño, una vida grandísimo idiota!— respondió, olvidándose de todo el control que tiene un ser pensante.

—Cariño no me hagas esto por favor... —le rogó él.

—¿Qué no te haga qué? ¿Enfrentarte a la realidad Agustín?... yo no sé cuidar un bebe, ni siquiera sé cambiar pañales, ¡maldita sea!—. El enojo de Matilde ya se podía evidenciar en su rostro, más bien la impotencia que sentía al pensar en esa criatura indefensa

Agustín sonrió de medio lado, y acarició la mejilla de su ahora esposa, sabía del pánico que tendría al saber que se haría cargo de un bebé sin siquiera haberlo parido, pero era el destino y no la dejaría sola en esto, al contrario, si ella lo aceptaba con bebé incluido sería lo mejor que les hubiese pasado en la vida.

—Mati, perdóname, no te conté ni te consulté nada porque supuse tu pánico, pero quiero que sepas que esto es mi responsabilidad, ahora si tú quieres acompañarme en esta locura, sería maravilloso.—aseguró.

Matilde solo lo observó, no dijo nada, no lloró ni sonrió, solamente se puso de pie.

—Vamos a buscar a Paola.—ordenó

—Mati pero...—intentó conciliar Agustín

—Ya veremos qué pasa Agustín, vamos a ver a tu hijo.—aclaró ella.

El camino hasta Santiago fue demasiado largo, más de lo que les hubiese gustado. Matilde daba una y mil vueltas a todo lo revelado durante el viaje y no le cabía en la cabeza que alguien no quisiera un bebe, en que cabeza cabía algo así. Mientras que Matilde viajaba dentro de su propia mente, Agustín intentaba explicarle de qué iba todo, cuándo, cómo y el porqué de las razones de Paola. Del asunto legal que Gonzalo Ramírez, un amigo suyo, era quién se había encargado de los trámites en el juzgado de familia, dejando así a Agustín con la tutela absoluta del menor una vez nacido. Matilde no se lo podía creer.

Finalmente, llegaron a la clínica en donde se encontraba Paola, consultaron en recepción y los guiaron hacia el área de maternidad, Agustín tomó la mano de Matilde y ella lo observó en respuesta. Por su mente pasaron muchas cosas, una de ellas salir corriendo por donde entró y volver a su zona de confort, pero luego recordó una de las tantas veces que decidió luchar a su lado, quedarse ahí con él para lo que fuese que estaba por pasar, recordó su lucha interna y sonrió, apretó la mano de su esposo y le dio un tirón suave, ese acto tan sencillo le transmitió aliento y apoyo. El por su parte así lo percibió y soltó un suspiro retenido desde hacía más de cuatro horas.

—Gracias...— dijo conmovido.

—Vamos, ya estamos aquí.—le indico dándole seguridad con sus manos entrelazadas.

Al final del pasillo se podía ver al médico que caminaba a su encuentro. Matilde se puso de pie y le consultó por Paola, El médico conoció a Agustín por sus encuentros anteriores, no pudo ocultar su semblante de sorpresa al verlos a ambos vestidos de recién casados. Sin embargo, se contuvo y lo saludó cordialmente, al igual que a Matilde, posteriormente los llevó hasta su consulta.

—Bien, estamos frente a un escenario complejo. No voy a mentirles, ni mucho menos disfrazar la realidad. La condición de Paola y el pequeño es grave.

—¿Pequeño? —preguntó Agustín.

—Sí, es un varón.—afirmó el médico.

Ambos se observaron, tensos, expectantes, Agustín buscó la mano de Matilde y esta se la dio sin problemas.

—¿Qué tiene doctor? ¿Qué es lo grave? —Preguntó Matilde, ya que Agustín aún no salía de su asombro.

—Incompatibilidad sanguínea. —Sentenció el especialista.

—¿Y en lenguaje simple, eso quiere decir qué? —preguntó el padre de la criatura.

—Bien, miren este es un cuadro complejo, probablemente Paola haya estado embarazada anteriormente, el bebé de aquel entonces tuvo que haber sido RH+ y ella es RH-, claramente aquel embarazo no llegó a término y se interrumpió, la verdad de eso no tengo información—. Agustín boqueaba, al menos mientras estuvieron juntos jamás supo de un embarazo no viable, a no ser que ella jamás le hubiese dicho.

—¿Qué tipo sanguíneo eres Agustín?

—Rh +

—Claro, él bebe tiene tu mismo tipo sanguíneo, lo cual, provoca incompatibilidad, como te decía, anteriormente ocurrió lo mismo. Por lo que

Paola creó un sistema inmunológico en contra del bebe, lo que le provocó una anemia grave, estamos haciendo todo lo posible, por estabilizarla. Lo lamento, pero al no conocer su historial clínico no podíamos hacer nada para evitar esta situación.

—¿Quiere decir que ella está mal?—preguntó preocupado.

—Ella está grave, con compromiso vital.—afirmó el doctor.

Ahora era Matilde quién se encontraba en *shock*, si bien Paola era una persona desagradable en niveles incalculables, tampoco era quién para alegrarse de una tragedia de esa magnitud, su hermanastra era un ser humano egoísta, egocéntrico, ambicioso y detestable, pero aun así no se lo merecía.

—El bebé... ¿Cómo está el bebé?—Preguntó Matilde.

—Increíblemente, contra todo pronóstico ha reaccionado favorablemente.—aseguró el especialista.

—¿Entonces, él ya nació?—preguntó Agustín.

—Pero claro Agustín, no podíamos darnos el gusto de mantenerlo en el vientre de su madre, hubiese sido mortal para ambos.—respondió el doctor.

—Perdón... ¿Usted es Matilde? —Consultó el médico, dejando a un lado a un atónito Agustín.

—Sí—respondió ella.

—Ella ha insistido en verla..

Matilde por inercia se levantó de la silla y confirmó con un gesto que iría, no tambaleó en la solicitud del médico, ni tampoco lo hizo cuando Agustín jaló de su mano en señal de negación.

—Lléveme donde ella. —Pidió.

Los tres se levantaron y salieron por la puerta hacía cuidados intensivos de la clínica, el médico le abrió paso a una pequeña sala, en donde le entregó todo lo necesario para ingresar hasta donde se encontraba Paola.

—Háblele ella puede oírla y con suerte responderá, trate de no agitarla por favor.—le advirtió.

—Gracias doctor. —contestó.

Al poner un pie dentro de la habitación sintió angustia, era un lugar absolutamente solitario, frío, sin una pizca de alegría y pensó en la similitud de la habitación con Paola. Cubrió su rostro y cabello como debía aunque no pudo calzarse el buzo verde debido al frondoso vestido blanco que aún llevaba puesto. Matilde reposó sobre el marco de la puerta que la llevaría hasta donde se encontraba Paola, y toda la cantidad de cosas a las cuales estaba conectada, ella supo de inmediato que alguien estaba observándola y movió una mano en señal de que se acercase. Matilde dio un suspiro intenso y al expirar dio un paso adentro de la habitación.

—Matilde... —La débil voz de Paola hizo eco en la habitación, fue algo sutil, tan fina que clavó hondo en los oídos de Matilde, quien se acercó lentamente hasta un costado de la camilla.

—No te agites Paola, el doctor lo sugirió.—le pidió Matilde.

—¿Qué más da? No tengo mucho tiempo. —Respondió con dificultad.

—No seas exagerada, es solo una complicación del parto.—comentó, tratando de aligerar la situación.

Paola mantenía sus ojos cerrados, respiraba con dificultad apoyada de una mascarilla que suministraba oxígeno, los pitidos que sonaban a son de los latidos de su corazón hacían tanto ruido que a Matilde le parecían meterse bajo su propia piel.

—No necesito tu compasión Matilde.—advirtió ella dado el gesto de la mujer.

—No te compadezco, has sido tú la que ha pedido que viniese hasta acá.

—Es cierto, solo necesito estar segura de que sepas de lo generosa que estoy siendo contigo, te deje al amor de mi vida en tus manos y ahora te estoy dando el sueño de cualquier útero seco como el tuyo.—respondió con maldad que a pesar de su condición no mermaba.

—Eres increíble Paola, estás luchando por tu vida y aun así pretendes seguir dañando, no vine para eso hasta aquí.—respondió.

—Me gustaría haber tenido más vida para seguir, pero no tengo mucho tiempo, solo quiero que sepas que mi desgracia es gracias a tu felicidad. —le enrostró Paola.

—No estoy aquí para oírte destilar tanta maldad Paola, estás grave, tu sangre está mal, puedes morir Paola... no hagas esto.—le pidió Matilde.

—Que buena oportunidad para ti ¿verdad?—ironizó.

—No voy a oírte Paola, solo espero que te recuperes y tengas una nueva oportunidad para reivindicarte.

—¿Y por qué haría yo eso?—cuestionó la rubia.

—No quiero seguir discutiendo contigo Paola, no en este momento, no te agites por favor.

—Tenía razón Papá... eres tan buena persona, que siempre sufrirás por lo idiota que puedes llegar a ser. —lanzó sin más Paola.

—¿Papá?—pregunta ella.

—Siempre supe que somos hermanas, nadie mejor para criar a mi hijo... qué suerte tienes Matilde.—usó el sarcasmo como arma a pesar de su estado.

—Paola, descansa recupérate y luego hablas, no creo que sea prudente ahora.—aconsejó Matilde.

—Cuida a mi hijo Matilde, enséñale a ser como tú, porque yo soy todo lo que no quiero que sea. Incúlcale tus creencias, tu bondad y jamás le digan que tuvo una madre como yo, solo quiero que sea feliz. —Rogó en lo que le quedaba de cordura.

Matilde se quedó de piedra, si bien Paola estaba en estado crítico, su maldad era mayor que ella misma, por momentos se mostraba lúcida, pero en otras su amargura y rencor apresaban su corazón.

—Haré lo que pueda.—acordó.

—Promételo. —Matilde la observó, por un minuto quiso tomar su mano, pero aquello era aventurarse demasiado.

—Lo prometo.—Respondió al fin.

—Gracias, puedes ponerle el nombre que más te guste... —dijo con dificultad.

—Descansa Paola... ya tendremos tiempo de hablar de aquello.

—Matilde, yo voy a morir.

—Estás loca Paola, todos los avances que existen en salud están aquí, por lo demás el médico está pendiente de ti en todo momento.

—Piensa siempre en mí como tu hermana insoportable que murió al dar a luz, aunque salga de esta no quiero volver a verlos. —declaró la rubia con apenas fuerza para articular las palabras.

—Que todo salga bien Paola, te deseo lo mejor.

—Eres tan idiota.—respondió con dificultad.

Matilde le quitó la mascarilla de su rostro y observó a Paola. No podía creer que aquella persona fuese su media hermana, ¿Tanta maldad podría haber en una persona, incluso en los últimos minutos de su vida? Se alejó dirigiéndose a la sala en la que le habían facilitado el atuendo para entrar a la unidad de pacientes críticos. Dejó todo tal como estaba y salió, afuera la esperaba Agustín, quien expectante le tomó la mano y la besó.

—No me preguntes nada. Ni siquiera puedo procesarlo todo aún.—declaró aún confusa por lo vivido.

Agustín la observó, no quiso emitir ningún comentario, al contrario, le besó la frente y de su mano la condujo por un pasillo eterno en el tercer piso de la clínica. De pronto se encontraron frente a una ventanilla, al menos cinco cunillas cuatro rosas y una azul, Matilde agudizó su vista y de pronto sus ojos se encontraron con unas pepitas grisáceas pequeñas, lo del color podía ser momentáneo no lo afirmaría sino hasta dentro de unos meses.

—Los padres del menor de la camilla cinco, pueden pasar a esperarlo en la sala.—informó la enfermera del área de neonatología.

Agustín observó a Matilde y espero su reacción, no quería apresurarla, ni asustarla.

—¿Te animas? —Preguntó un tembloroso Agustín.

Matilde lo observó, supo a qué se refería Agustín y sintió un pánico de aquellos, luego pasaron por su mente todas las cosas que anteriormente le dijo una Paola frágil, pero tan dura como siempre, y asintió, tomó la mano de Agustín y lo guio hasta la unidad. Entraron en una sala con otra temperatura, una mucho más cálida, el aroma suave a talco inundó sus fosas nasales y le oprimió el pecho.

—¿Buenas noches papitos, quién va a cargar a este hermoso bebé?
—preguntó la enfermera con voz suave.

Ambos se quedaron en silencio, no reaccionaron, se observaron y comprendieron que sería una tarea como ninguna, un camino desconocido para ambos, algo que los aterraba pero que juntos enfrentarían.

—Ella... ella es su madre. —Dijo un tembloroso Agustín.

La enfermera no lo dudó y posó sobre el pecho de Matilde un pequeño cuerpecito, tan delicado, tan blando, tan extraño pero a la vez tan puro... era un bebe realmente maravilloso, Matilde no supo cómo, pero lo acunó con tal delicadeza, como si su cuerpo supiese lo que tenía que hacer. Y efectivamente en ese preciso momento supo que esta sería uno de sus mayores desafíos... uno que jamás esperó, pero que soñó tantas veces.

—Mati... es tan pequeño... yo... no...—intentó decir Agustín.

—Tranquilo Agustín, sabremos hacerlo.—aseguró Matilde con una sonrisa tranquilizadora.

Agustín sonrió aliviado de tanto estrés, estaba seguro que Matilde aún sin poder engendrar un hijo daría su vida por proteger a aquel pequeño que a su vez sin saber si ella era o no su madre tomó uno de sus dedos con fuerza y no lo volvió a soltar.

—Mati...—la llamó Agustín

—¿Le podemos poner León? —preguntó Matilde embobada, sin siquiera poner atención a lo que Agustín le decía, ni a los consejos que le estaba entregando la enfermera. Salvo cuando llegó el doctor a informarles que Paola había muerto.

—Dios y la vida la perdonen. —Respondió Agustín.

—Lo siento mucho. —Musitó Matilde, acercando al pequeño león a su regazo, y el pequeño se acomodó como si toda la vida hubiese pertenecido a ese cómodo lugar.

Comenzarían una nueva aventura, aterrados, inexpertos, emocionados, apenados... Pero juntos, como habían prometido hacía tan solo un par de horas.

CAPÍTULO 17 –AÑOS.

—¿Pero qué pasó después?, Papá, es tanta información que ni siquiera sé por dónde comenzar a abordarla. —Comentó confundido.

—Tú me preguntaste, León, te lo advertí con anterioridad, la historia entre tu madre y yo, no fue una historia común.—reprochó Agustín.

León se quedó pensativo, con una taza de café a medias ya casi fría y un cigarrillo a medio consumir, sentado frente a su padre en el lindo jardín de su casa. El aroma de los lirios que Matilde había cuidado y querido con tanto esmero aún permanecían intactos, como si el tiempo no hubiese pasado por ellos, el sol del mediodía casi no entibiaba por lo que Agustín sobaba su manos entregándoles un poco de calor.

León, el pequeño León ya de 33 años, se había convertido en novelista por pasión y diseñador gráfico de profesión como sus padres, se enfrentaba al desafío más grande de su vida, escribir la historia de amor de sus papás, tatuar en papel su propia historia, sus comienzos, y aunque se la habían contado desde pequeño, necesitaba más detalles. Detalles que ahora no sabía cómo acomodar, se sentía perturbado, emocionado, y superado en varios pasajes de los relatos de su padre y de quienes cooperaron en la recolección de información, pero lo haría por él, por su padre, pero principalmente por ella, quien si bien no lo llevó en su vientre nueve meses, lo llevó en su corazón durante 32 años y lo amó como nadie más lo hubiese hecho, ni siquiera su madre biológica.

—Sí, tienes razón... de todas las novelas que he escrito ninguna me había costado tanto.

—Estoy seguro que será la mejor de todas.—afirmó orgulloso.

—No seas ególatra, papá, no es tu biografía.—lo reprendió León.

—Hay cosas que a pesar de los años nunca cambian jaja...—bromeó su padre.

Ambos rieron y siguieron revisando fotografías, conversando sobre la vida de los tres, de lo duro que fue cuando León llegó a sus vidas, de las dudas, los miedos y alegrías, de los conflictos por su tutela con la familia de Paola y de la linda relación que existe entre León y sus abuelas, ambas lo adoraban hasta el día de hoy.

Repasaron los primeros días de colegio y la aprehensión de Matilde por dejarlo con desconocidos, de las enfermedades que tuvo durante su infancia, los cumpleaños, las graduaciones, sus primeras novias, las fiestas, los amigos... Eran tantos recuerdos que lo unían a su madre, tantos sentimientos, tanto amor.

—Ya va a ser un año... —Recordó un nostálgico Agustín, quién era un hombre mayor, los surcos en su piel y las manchas de sus manos eran el fiel testigo de ello, pero más que los años, lo que realmente había terminado por hacerlo sentir más viejo era la tristeza y la soledad que sentía en su alma.

—No tienes idea de cómo la extraño. —aseguró nostálgico.

—Me lo imagino, papá ha sido duro para todos, yo si bien la extraño y la he llorado a rabiar, siento que está en un lugar mejor, donde el dolor ya no le hará más daño. —afirmó mirando el cielo.

—Sí, tienes razón... cada día recuerdo lo que me dijo uno de los últimos días “Prefiero partir antes de no recordar quién eres”.

—Y tenía razón, hubiese sido un costo muy alto tenerla a nuestro lado pero al mismo tiempo haber sido unos extraños, eso si hubiese sido duro. En fin, Papá... terminaremos esta historia para ella. En su nombre. —lo animó León.

Agustín lo observó en silencio, si bien aquel joven no era hijo biológico de Matilde, era igual que ella, la perseverancia y entrega que ponía en cada una de las cosas que hacía, era tal cual a su madre, ella así lo había educado.

—Iré a hablar con mi madrina, Carol, de seguro tiene muchos detalles sabrosos que contarme de mi madre. —comentó con malicia.

—Dudo que te entregue esos detalles, tu sabes cómo es Carol y lo celosa que es con los recuerdos de tu madre, yo creo que José Antonio, sin

presionarlo te podría decir bastante. —le aconsejó.

—Lo sé... pero es mi madrina y sabes que puedo convencerla con unos cuantos pasos de baile, con lo que le encanta bailar, con respecto a José Antonio ya me entregó suficiente material. —señaló.

—Eres un tramposo.—afirmó su padre con una mirada de reproche.

—No es trampa papá, es poder de convencimiento, por cierto... ¿Qué pasó con Sebastián? No me lo comentaste...—quiso saber su hijo.

Agustín suspiró y tomó sus sienes con ambas manos, en un acto de cansancio.

—Sebastián... ese hombre se enamoró profundamente de tu madre, a pesar de que ya estábamos casados y te teníamos a ti, seguía empeinado en conquistarla.—comentó trayendo los recuerdos al presente.

—Es que mi mamá era tan bella, no sé cómo se pudo enamorar de un viejo feo como tú.—bromeó.

—Recuerda que eres mi hijo, vas para el mismo lado, por lo demás somos bien parecidos y harto arrastre que tienes con las mujeres, eso te lo digo como referencia.—aseguraba su padre.

—No hables muy alto, Amanda anda por ahí... —le advirtió.

Agustín sonrió y dio dos golpecitos en su hombro derecho.

—Cuidala León, no vayas a cometer los errores de tu estúpido padre, ya sabes que dejé ir a tu madre por diez valiosos años.

—Sí, pero estoy seguro que ese tiempo que estuvieron sin verse ni saber nada el uno del otro los hicieron las personas que debían ser para volver a reunirse. —aseguró el joven.

—Sí, puede ser... —acordó Agustín

—Claro que sí... Y obvio que no cometería tremenda cagada como tú... A propósito, ¿Qué pasó con esa profesora?—indagó León.

—jajaja no preguntes huevadas, ya te estás pasando.—respondió a modo de capear la pregunta.

—Eres un cobarde viejo.—se burló.

—Un caballero no tiene memoria.—Sostuvo Agustín.

—Sí claro... Entonces dime qué pasó con Sebastián. —siguió el interrogatorio.

—Bueno, con el tiempo se emparejó con Catalina, la asistente de tu madre en la agencia, ella siempre estuvo enamorada de él, pero la verdad no estoy seguro que él la hubiese correspondido por completo, tuvieron dos hijas y estuvieron juntos unos cuantos años, después se separaron.—relató

—Mmm... Según lo que me has contado, supongo que ese hombre no era para estar en pareja demasiado tiempo, su ego era superior que su forma de amar. —dictaminó León.

—No lo podrías haber dicho mejor.

—¿Y tus amigos? Irene y...—no recordaba el nombre del amigo de su padre.

—Felipe...—continuó Agustín en su ayuda

—Ellos, ¿Qué fue de ellos? ¿Aún tienes contacto?—quiso saber.

—Sí claro, de vez en cuando recibo emails de Felipe, viven en Australia, su hijo es Arquitecto, todos están fuera de Chile. —contó

—Bueno papá, ya no te canso más... sé que hacerte volver en el tiempo es un proceso doloroso, te pido perdón por ello, pero es necesario para la novela. —se disculpó su hijo.

—No te preocupes por mi León, solo te pido que cuides esta historia, no me cabe duda que sabrás manejarla, estoy seguro que tu madre en dónde esté, está bailando de felicidad de que seas tú quien la retrate en una novela.

—La historia de es de ustedes papá, no solamente de ella. También espero eso, viejo.

León besó a su padre y le dio un abrazo que duró mucho tiempo, lo amaba como a nadie, y ahora que Matilde ya no estaba era lo único realmente valioso que tenía en su vida.

—Perdón que interrumpa, cariño debemos ir a la agencia, hay cosas que terminar. —le recordó la joven.

Amanda, novia de León, era quién lo mantenía con los pies en la tierra cuando el pobre León subía a las nubes en su tarea de escritor, lo cual, la había enamorado, pero también había que trabajar.

—Si claro, nos vemos papá.—se despidió.

—Adiós, Don Agustín, nos vemos mañana, no pase mucho tiempo al aire libre que estos días serán muy helados.—le aconsejó Amanda.

—Amanda no me trates como a un viejo decrepito, tan solo tengo sesenta y cinco años, no noventa.—le reclama a la joven.

Amanda lo miró con ternura, se acercó y lo besó en la mejilla. Recordó cuando Matilde le pidió que los cuidara.

« Amanda cariño, solo te quiero pedir una cosa, cuida de mi León, quíerelo mucho y lo más importante compréndelo y acompáñalo cuando se vuelva invisible ante tus ojos, cuando se pierda entre el tiempo y el espacio creando historias ajenas para los demás, pero tan tuyas como el amor que te tiene, apóyalo cuando se sienta perdido, cuando las palabras no lleguen a su mente y los personajes se vayan de sus dedos, no dejes de quererlo ni un solo minuto porque justamente eso es lo que lo hace único, irrepetible y humano. Y tan solo si tu corazón es tan grande como creo que lo es... cuida también de mi viejo... yo sé que él es un hombre fuerte pero le haré falta. Me faltará eternidad para agradecerte » .

Pestañeo y de sus ojos cayeron dos lágrimas, tan solo recordarla le afectaba demasiado, la extrañaba tanto... La había querido como a una madre, Matilde, había sido su apoyo y cómplice en todo. Incluso cuando a escondidas de sus padres quiso estudiar teatro.

—Agustín, no sea melodramático ya sabe que soy obediente y cumplo con mis promesas.—rebató ella.

Agustín le beso la coronilla a Amanda y los observó salir de casa, cada día recordaba a su amada Matilde, en cada rincón de casa había algo de ella, un aroma, un color, un sabor, una canción, un te amo, un para siempre. Sintió

que debía visitarla, allí donde su cuerpo descansaba, donde nunca le había gustado ir, pero ese día en especial sentía la necesidad de acompañarla, tomó las llaves del vehículo y salió. No tardó mucho más de cuarenta minutos cuando ya se encontraba sentado sobre el hermoso césped que disimulaba la tristeza de todos quienes llegaban ahí. Tomo asiento, pasó su mano por la lápida de mármol que decía su nombre y repaso su fotografía con el índice de su mano derecha.

—Hola mi amor... Hoy estuve con León y Amanda, se ven cada día más felices, yo creo que siempre tuviste razón en pensar que Amanda sería la mujer en la vida de León, solo espero que pronto me den un nieto, ¡ya ya ya! ¡No dije nada!, estoy seguro que me regañarías por ese comentario. Sé que no te gustará que te diga esto pero cada día se me hace más difícil no tenerte conmigo, te extraño tanto, extraño el hombre que era a tu lado, extraño la pareja que fuimos... y ciertamente prefiero que no estés a que sufieras más dolor del que tuviste, o que llegara el día que tal vez no me reconocieras más. La verdad que no sé si en mi egoísmo hubiese preferido lo último con tal de que siguieras durmiendo a mi lado cada noche. Son tantas las interrogantes que tengo, pienso tantas cosas, me he enojado con quien sea que esté allá arriba y te reclamara antes que a mí, quisiera dormir y no despertar más si no es a tu lado. Pero luego pienso en el regaño que me darías si dejara a nuestro León solo en este mundo y no me queda más remedio que seguir extrañándote. Quizás nunca te lo dije pero siempre tuve miedo de que te fueras antes que yo, pensaba que no soportaría el dolor, y cuando el médico nos dio tu diagnostico pensé cobardemente en el suicidio, no podía imaginar siquiera no tomar tu mano cada tarde. Matilde...mi amor... te extrañaré hasta que Dios me llame a tu encuentro y no volveré a este sitio a no ser que sea para hacerte compañía.

Dicho aquello Agustín se levantó, besó con su mano la lápida de Matilde y caminó observando todo a su alrededor, la tarde aún no terminaba y el cielo estaba celeste, alguna que otra nube pasaba sin prisa ante sus gastados ojos. Dio un último suspiro y limpió sus lágrimas con un pañuelo que guardó en su bolsillo derecho, a la vez que sacó las llaves del vehículo para volver a casa.

Cuatro meses después llegó el día, era el primer aniversario de su muerte, aquel día se reunieron todos en la playa, Matilde, había pedido que

no la visitaran en el cementerio, lo encontraba tan frío visitar un cuerpo sin vida que su hijo León y Agustín pensaron que la esencia de Matilde estaba en el mar, en el atardecer, en su jardín lleno de lirios, en la sonrisa de cada uno de ellos.

Eran pasadas las seis de la tarde y las olas del mar creaban un sonido hipnótico, la arena tibia bajo los pies relajaba a todos quienes estaban acostumbrados a los ruidos de ciudad. Ahí frente a ellos y de espaldas al mar estaba León, precediendo un pequeño discurso en nombre de su madre y el primer aniversario sin ella.

—Quiero agradecer a cada uno de ustedes por estar aquí, sé que todos quienes nos acompañan hoy amaban a mi madre como mi padre y yo, sé que todos ustedes fueron importantes en su vida y por eso están aquí con nosotros. Quiero agradecer a la vida por haberme puesto en su camino, porque me eligió como hijo, y me dio todo el amor que su corazón pudo, sé que todos la extrañamos pero con la ayuda de mi padre, y con los recuerdos que cada uno de ustedes me regaló, tengo en mis manos este libro. Su novela. s una novela romántica, que cuenta la historia de dos jóvenes conociendo el amor y el desamor, de un reencuentro, de errores y aciertos, una historia que habla de oportunidades y de guerras ganadas, una historia que muestra una mujer aguerrida que luchó por el amor de su vida a como fuera lugar, una mujer que sin llevarme en su vientre me acunó en su vida por 32 años hasta su último suspiro.

Esta novela es para ti mamá, sé que donde quieras que estés, estás sonriendo como siempre lo hacías cuando me escuchabas mis historias, con ese amor inigualable.

—¿Papá?—lo interpeló León.

Agustín lo observó con lágrimas en los ojos, las que ocultaba bajo anteojos oscuros.

—Ven aquí papá—le pidió.

Agustín caminó a hasta llegar a su lado, en sus manos llevaba diez lirios, los favoritos de Matilde.

—¿Ustedes saben que mis padres estuvieron separados, y que diez años

después se volvieron a encontrar verdad?

Comentó León a todos quienes estaban allí, José Antonio en primera fila, quien no podía contener el llanto, Carol acompañada de su esposo, Catalina y sus hijas, Josefa su madre y su hermana, Maritza, incluso a una distancia prudente estaba Sebastián.

—Cómo olvidarlo hijo, mi peor error. —Respondió Agustín a la pregunta de León.

—Bueno, sé por buena fuente que mi madre le pidió a mi padre un beso por cada año que estuvieron separados.

Agustín sonrió y recordó aquella noche, recordó cada uno de esos besos con sabor a perdón.

—Esta novela lleva por nombre “Bésame Diez Veces”.

Agustín la recibió y abrazó a su hijo, quién le susurró al oído una sorpresa más.

—Gracias por todos los recuerdos papá, gracias por darme la mejor madre del mundo, ahora yo quiero darte un regalo a ti. —Agustín se separó un poco y lo observó sorprendido. —Amanda y yo queremos regalarte un nieto... vas a ser abuelo. —reveló León.

Agustín no se lo podía creer, lloraba lo abrazaba, observaba el libro y miraba hacia el cielo. Todos los presentes se abrazaban, celebraron el primer aniversario de Matilde en donde quisiera que estuviera, celebraron al nuevo integrante de la familia y celebraron la novela de León en nombre de su madre.

Agustín se acercó a la orilla del mar, se quitó los zapatos y dejó que el agua lo tocara. “Mi vida donde quiera que estés gracias por haberme dado la oportunidad de amarte, y ya estoy contando los años que estaré sin ti para cobrártelos en besos cuando nos reunamos.

Lanzó un beso al cielo, dejó los lirios en el agua y volvió con toda esa linda familia que lo esperaba en la arena.

Fin.

AGRADECIMIENTOS

Primero que todo, agradecer a ti lect@r que me das la oportunidad de entrar en tu vida y regalarme valiosos minutos de tú tiempo.

A mis lindas lectoras que me siguieron con esta historia a pesar que me demoré un montón en subir cada capítulo, pero ahí estaban al pié del cañón.

A mi querida Ninoshka Godoy por su apoyo y ayuda incondicional en la corrección de esta historia. Te quiero cariño.

A Nicole Contreras por obligarme siempre a publicar y conseguir que lo haga, a Textualmente Activ@s por la difusión y apoyo constante.

A Pamela Díaz Rivera y su Editorial Romance & Letras por cobijar mis letras una vez más, ¡Gracias sita!

Y como siempre agradecer a mis amigas del alma, a la inspiración, la lectura, la música, el amor y la vida que da para tantas historias, a mi hijo y mi familia por el tiempo robado, los amo con locura.

Gracias.